

El espíritu de los hielos

Maite Carranza



Lectulandia

Una aventura mágica en el corazón de la zona

Todo empieza en Groenlandia, el país del frío. Una joven inglesa, un capitán de barco, un esquimal y un espíritu de los hielos se encuentran en una noche mágica. El azar les empuja a emprender un viaje fascinante mientras huyen de un antropólogo obsesionado por capturar seres míticos para convertirlos en piezas de museo.

Otilia, el joven Anarfiq y D. J. se embarcan sin saberlo en una aventura peligrosa, romántica, y a veces humorística, que les llevará más allá del Ártico, hasta la Amazonia...

Lectulandia

Maite Carranza

El espíritu de los hielos

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2017

Título original: *La nit dels arutams*

Maite Carranza, 1992

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EDICIÓN CONMEMORATIVA




epublico

A mi padre

ADVERTENCIA

Esta historia comienza en Groenlandia, el país del frío, en una fecha muy especial: el solsticio de verano.

El día más largo del año es, en las tierras de los hielos eternos, una noche blanca. El sol, en el horizonte, no se pone jamás y sus rayos nocturnos saludan al alba.

Las noches blancas son noches mágicas en las que puede suceder cualquier cosa, por increíble que parezca.

Todo confirma que el alba es el momento más indicado para que comiencen ciertas historias sorprendentes, y ése fue el momento en que se encontraron Anarfiq, el pequeño esquimal, y Youq, el espíritu de los hielos.

Fue un encuentro casual. Sin embargo, no fue ésa la única coincidencia. Otilia, la periodista soñadora, se decidió a dar un paseo y se refugió en el barco verde. D. J., el capitán bebedor, no acabó su ronda de aquavit de la noche y volvió a su mercante antes de lo que estaba previsto. El yate de Peddeckoe puso rumbo a Nuuk esa misma madrugada.

Una muchacha inglesa, un marinero ebrio, un esquimal y un espíritu se encuentran en una noche mágica. Si no hubiera sido así, tal vez jamás se habría forjado esta historia y nadie podría haber escrito este libro.

El encargado del viaje

EN el puerto de Nuuk, la pequeña capital de Groenlandia, los barcos reposaban inactivos sobre las frías aguas. El sol no se había puesto todavía. En aquella época del año, una luz tenue, pero molesta, se prolongaba hasta más allá de la medianoche. Era el largo día polar del solsticio de verano.

El viejo puerto natural, como cualquier otro centro mercante de las costas árticas, acusaba la intensa actividad humana. Sin embargo, en aquellas horas del atardecer, el silencio se adueñaba de las inmensas grúas y nada estorbaba a las ratas que se deslizaban entre los contenedores para alcanzar los silos de grano.

Cuando las sirenas de las fábricas anunciaron el final del segundo turno y enmudecieron las perforadoras que trabajaban en las obras de ampliación del puerto, las calles se llenaron de una multitud variopinta que colapso las calzadas con sus bicicletas. Unos se perdieron por las avenidas cuadrículadas, entre las fincas danesas, pequeñas y coquetonas, como casas de muñecas, con la ropa de colores secándose en sus ventanas; otros emprendieron la subida hacia las callejuelas estrechas y empinadas de los barrios de barracas de madera y latón.

Poco a poco, el Nuuk laborioso cedió su lugar al Nuuk nocturno. Los alrededores del puerto, cubiertos por una niebla fría y pegajosa que calaba hasta los huesos, se llenaron de canciones desafinadas y botellas rotas. Los trabajadores mestizos abandonaron las barracas para ir a celebrar el final de la jornada refrescándose el gaznate con aquavit, una bebida áspera que venía a ser el *whisky* nacional. Se les añadieron los estibadores y las tripulaciones de paso. Japoneses, daneses, canadienses..., todos fumaban, bebían, gritaban y llenaban la noche de peleas y ruidos.

Una luz soñolienta arropaba Nuuk. Tímidamente se encendieron las farolas junto a los muelles y las bombillas chillonas de las tabernas. Los vapores del alcohol se fundían con la humedad y apelmazaban la niebla alrededor del puerto. En la penumbra tan sólo destacaban los vestidos de las muchachas que esperaban, con los cigarrillos encendidos, frente a los locales de mala reputación, y el relampagueo instantáneo de una botella antes de estrellarse contra el asfalto.

Nuuk recibía el domingo a tientas, entre sorbos de aquavit y besos fríos. Era un sábado por la noche.

No muy lejos, entre las cajas de tabaco vacías esparcidas por las dársenas del muelle, Anarfiq desentumecía el cuerpo tras un largo sueño. Se estiró perezosamente, como un felino, y, sin apenas hacer ruido, se puso en pie. Vivía en el puerto, entre las cajas de los almacenes y los cargamentos de los mercantes, y trabajaba de noche, cuando todos dormían.

Anarfiq olfateó el aire: percibía un olor extraño. Algunas ratas pasaron junto a él,

rozándole, pero no se inmutó: eran sus amigas y las imitaba. De ellas había aprendido a zafarse de los vigilantes y a ser cauto y sigiloso.

Anarfiq no era demasiado alto para sus once años. Como casi todos los mestizos, había heredado los ojos oblicuos, los cabellos negros y lisos y las piernas cortas de sus parientes maternos. La sangre danesa de su padre se había desvanecido sin dejar rastro. El intenso color azulado de su pupila era, quizá, el único rasgo de una vaga ascendencia escandinava. Por lo demás, Anarfiq no era diferente de los pequeños esquimales del norte, allá en Thule, ni de los gamberrillos que buscaban brega por las calles de Nuuk. Tal vez tuvo antepasados cazadores de focas. Sin embargo, su vida estaba muy lejos de las estepas de hielo. Su mundo se reducía al puerto. Había crecido y se había espabilado entre las estibas de pescado fresco, las cargas de grano y los bidones de gasóleo. Conocía todos los rincones y escondrijos del muelle como la palma de su mano y controlaba las llegadas y salidas de los barcos. Tenía amigos, marineros y estibadores, que distraían a los vigilantes cuando se agenciaba de un par de botellas de *bourbon* y las vendía a los turistas.

Aquella noche estaba de buen humor. Había avistado una carga de rubio americano recién llegada. Era una mercancía fácil: sólo tenía que esperar los ronquidos de Sorrag, el vigilante nocturno, para actuar.

Cambió de posición con cautela, controlando cada movimiento, y, rápido como una comadreja, se fundió entre las sombras. Avanzaba agazapado junto al muro, procurando evitar la luz mortecina de poniente. En pocos minutos ganó el espacio que lo separaba de los silos y las cámaras de bacalao. Ya estaba cerca cuando, unos pasos más allá, una sensación extraña lo obligó a detenerse. Había algo. Percibía algo vivo inclasificable, sin precedentes en su corta experiencia. Se escondió tras un bidón y, como un animalillo acorralado, estiró el cuello tratando de penetrar la oscuridad con los ojos, de oír el silencio, de olfatear todos los olores. No veía nada ni oía nada, pero le inquietaba esa presencia vaga. No muy lejos, una sombra imperceptible se confundía con la silueta metálica de la grúa.

DESDE el hotel, situado privilegiadamente sobre la bahía a guisa de mirador natural, las tabernas del puerto destacaban como una procesión de luciérnagas perdidas en la niebla.

En una ventana del primer piso, Otilia acercaba su rostro a los cristales con el ceño fruncido. Estaba contrariada. Había dejado volar la imaginación demasiado tiempo por aquellos muelles vagamente iluminados y repletos de vida, de noticias, de realidades que sólo esperaban ser recogidas por una futura periodista como ella. Había emprendido ese viaje con la certeza de que los reportajes acudirían a su mano, naturalmente y, gracias a ello, podría convencer a su padre de su verdadera vocación. Los temas que se le ocurrieron le parecieron geniales, dignos de ser publicados en portada de, como mínimo, tres de las revistas más prestigiosas de la universidad: las lamentables condiciones de vida de los inuits en las ciudades, la extinción del oso polar y la implacable desaparición de los hielos árticos. Tres reportajes cañeros, atrevidos y bien documentados que habrían puesto punto y final a la permanente disputa con su padre, empeñado en obligarla a estudiar derecho. Eso había pensado y con esa intención se había enrolado en lo que creyó que sería el viaje de su vida y que había acabado resultando ser una completa estafa.

Suspiró asqueada contemplando las aguas heladas y oscuras del puerto de Nuuk. A medida que retornaba a la realidad, se le endurecía el semblante y su expresión delataba el hastío y el aburrimiento que, nuevamente, volvían a invadirla.

La habitación era pequeña, vulgar, amueblada sin gusto, pero eso no le molestaba tanto como la actitud de su compañera, que, ignorante de todo, continuaba tendida en la cama leyendo una novela policíaca y vaciando una inmensa bolsa de altramuces. Para no verla, Otilia se volvió de nuevo hacia la bahía. No podía soportar su apatía y su evidente mal gusto.

No debería haber hecho ese viaje. Cada día que pasaba, se arrepentía de haber aceptado sin más el consejo de su tío, caballero Victoriano y viajero infatigable, que fue el encargado de escoger la agencia, la ruta y la compañía. Todo había resultado decepcionante. Era ni más ni menos que un viaje amañado para estudiantes ingleses pijos que apenas distinguían las frías aguas del Ártico de un escenario refrigerado diseñado por Walt Disney. Estaba hasta la coronilla del místico, de su paraguas, de los horarios rígidos, de las normas estúpidas, de la barrera que impedían cruzar a los nativos para que se acercaran, de los altramuces de su compañera de habitación, de los horrorosos museos que visitaban y de la vergüenza que sentía al pasear en formación con veintitrés ingleses bobos, disfrazados de exploradores.

No había tornado ni una sola fotografía porque había preferido relegar al olvido absoluto esas imágenes.

Observó de reojo a su compañera. Probablemente, al pasar la página, bostezaría y le rogaría que apagase la luz. Repetía la misma escena todas las noches.

Otilia abrió la ventana de par en par y llenó sus pulmones del aire húmedo del Ártico. Aquella noche no podría dormir, lo intuía.

—¡Otilia, cierra la ventana! ¡Hace un frío que pela!

Se oyó un bostezo y el ruido de los altramuces al caer sobre la alfombra.

—Por favor, la luz.

Otilia apagó el interruptor y volvió a tuestas hasta el alféizar del ventanal.

La noche blanca, tentadora, la atraía más que el lecho. En la bahía divisó barcos fondeados de todos los tamaños. Intentó fijar la vista entrecerrando los ojos y haciendo visera con la mano, pero no era capaz de distinguir la amalgama de banderas que decoraban los mástiles. Se entretuvo contándolos en silencio: uno, dos, tres... Una pequeña flota de barcos del mundo entero, acostumbrados a vencer las tempestades y el frío y a surcar los océanos de los cinco continentes.

Le habría gustado viajar como aquellos marineros sin patria. Pisar tierra firme tras una larga travesía y, al llegar a puerto, vagar sin rumbo por ciudades de callejones laberínticos, entrevistar a unos y otros, llenarse los oídos de historias, los pulmones de salitre y los ojos de mar. Era una romántica impenitente y una periodista en crisis.

Se estaba poniendo nerviosa. Cuando recordaba que estaba perdiendo miserablemente su tiempo y malgastando el dinero de sus padres en aquel viaje de pacotilla, perdía los estribos. Cambió de postura, y entonces se le ocurrió la idea: bastaría coger el anorak y la bolsa, abrir la puerta con suavidad, saludar al portero del hotel con cortesía y perderse por Nuuk. Ilusionada, contempló la ciudad con la respiración alterada y los ojos brillantes, pero sólo tenía diecisiete años y si el míster se enteraba tendría problemas. Estaba prohibido salir por las noches.

Las luces distantes titilaban como estrellas mágicas. Otilia intentó convencerse de que su idea era una locura, pero sabía que sería incapaz de resistirse. En silencio, tomó su ropa de abrigo y en su bolsa metió su dinero, su pasaporte y la cámara. Los ronquidos pausados de su compañera resonaban en la pequeña habitación.

Poco después, una figura oscura se escabullía por la verja entreabierto del hotel y se perdía en la niebla, camino del puerto.

ANARFIQ permaneció inmóvil durante unos segundos que le parecieron una eternidad.

Se había olvidado por completo del tabaco y de todo lo que no fuera aquella extraña presencia tan próxima. Se sentía misteriosamente atraído por ella quizá porque, aunque se concentrara con sus cinco sentidos, no conseguía adivinar su naturaleza. Él distinguía sin problemas el olor de los animales, la fragancia de las mujeres y el hedor de las mercancías en mal estado.

Un escalofrío le recorrió la médula. Sabía que estaba muy cerca, al alcance de la mano. Curiosamente, esta convicción le excitaba y le asustaba a la vez. Un sudor gélido le empapaba el cuerpo y, sin embargo, iba avanzando hacia ese *algo*. Las ratas habían huido, pero él se dejaba arrastrar por una fuerza más poderosa que la voluntad. Sintió la llamada insistente de ese ser invitándolo, susurrándole sin palabras que deseaba su compañía. La sombra se había desplazado lentamente más allá de la grúa y se había refugiado detrás de unas cajas vacías. Anarfiq se acercó —le temblaban ligeramente las manos—, dudó, retrocedió unos pasos sin apartar la mirada del escondrijo y tomó aire. ¿Desde cuándo se dejaba intimidar por lo desconocido? Movi6 la cabeza como queriendo alejar sus temores y se acerc6 de nuevo. Acarici6 las cajas, que apestaban a pescado; ya no se volvería atrás. Las movió poco a poco, con precaución. La sombra se mantuvo inmóvil: lo esperaba. A través de la rendija, tenuemente iluminada por la noche blanca, se perfil6 una extraña visión. Allí mismo, al alcance de la mano, había una figura vagamente humana, inestable y translúcida, un cuerpo neblinoso que se agitaba emitiendo una vibración inaudible.

Anarfiq qued6 paralizado. ¡No era posible! La forma se componía y recomponía vertiginosamente alrededor de unos ojos penetrantes que perforaban la noche.

Tal vez un niño occidental hubiese creído que se hallaba en presencia de un fantasma, pero Anarfiq podía identificar perfectamente aquella figura con un personaje familiar de las viejas leyendas esquimales que había oído contar tantas y tantas veces. Era un Youq, un hombre de las islas.

Ambos permanecieron silenciosos, con las pupilas clavadas el uno en el otro. Youq, el mágico Hombre de las Islas, protagonista de tantas historias, se protegía en un ademán de indefensión ante el pequeño Anarfiq. Tenía los ojos tristes. No hablaba, pero vibraba cada vez con más frecuencia e intensidad.

Anarfiq se amedrent6. No conocía a nadie que hubiese estado cara a cara con un Youq. Ningún hombre, ni vivo ni muerto, había visto ni tocado a un Hombre de las Islas. Las leyendas explicaban que los Youqs huían de los humanos. Era un espíritu, y los espíritus habitan en los hielos, en compañía de los osos y los zorros azules.

Anarfiq no pudo reflexionar más. Experiment6 una sensación indefinida que se

apoderó de su voluntad. Era un temor insistente que le subía por las piernas y le aceleraba el pulso. Sentía cómo el miedo lo invadía y lo anulaba, pero no era su propio miedo, era de él. Un miedo nítido que procedía de la forma nebulosa y que penetraba por todos los poros de su piel.

El Youq lo había atrapado.

Intentó defenderse sin éxito. Fue una batalla perdida. Su sensibilidad y la del Youq eran una sola, pero no tuvo tiempo de analizar el fenómeno. Se acercaba el vigilante, y aquel escondrijo no era seguro. El Hombre de las Islas había percibido su presencia mucho antes de que Anarfiq pudiera siquiera intuirlo y manifestaba su excitación. Transformado en una niebla etérea, se movía como las olas, con movimientos sinuosos a derecha e izquierda. El terror del Youq se hizo tan insistente que Anarfiq, tras una rápida ojeada, decidió refugiarse en un pequeño barco de mercancías destartado y recién pintado de un verde chillón. Aunque la pasarela estaba bajada, todo parecía tranquilo. Podía ser un lugar adecuado.

Con pasos decididos, subió la pasarela, obligó al Youq a seguirlo y, una vez a salvo, lo convenció para que se acurrucara en cubierta tras unos fardos, mientras el viejo Sorrag pasaba de largo.

El Hombre de las Islas fue recuperando progresivamente la forma, bajo la mirada estupefacta de Anarfiq. El esquimal movió la cabeza con un gesto de sorpresa.

¿Qué hacía un Youq escondido en el puerto de Nuuk?

OTILIA bajaba decidida hacia los muelles. Se sentía pictórica, llena de vida, como cuando afrontaba un reto y salía adelante. Llevaba demasiados días maldiciendo su suerte tras los ventanales de los hoteles. Ahora, en cambio, taloneaba por los callejones de Nuuk a altas horas de la noche, como en un sueño.

Avanzaba entre las cabañas de madera cubiertas con planchas de latón, ocupadas por las mujeres y las criaturas de los trabajadores que se divertían unos metros más abajo.

Al llegar a la zona portuaria, se mezcló con la multitud. Caminaba sin rumbo fijo, dejándose arrastrar por la marea humana. Paladeaba su libertad a cada paso mientras cavilaba sobre el artículo que por fin podría escribir. «Nuuk y su noche», podría titularlo. O, mejor aún, «Noches blancas en Nuuk». Sería un artículo sobre la miseria y las difíciles condiciones de trabajo de la marinería. Para ello tendría que entrevistarse con tripulaciones y sonsacarles información sobre sus tribulaciones y sus vivencias. Su entusiasmo la condujo ante una puerta iluminada. Se detuvo y sacó la cámara, el cuaderno de notas y un bolígrafo. Empujó la puerta y entró decidida.

Qué mejor lugar para charlar distendidamente que una taberna.

Era un local de mala muerte, escasamente iluminado y enrarecido por el humo. Un par de borrachos daban cabezadas apoyados en una mesa, mientras que un grupo de marineros, sucios y sudorosos, bebían *whisky* en la barra y desafinaban por encima del sonido estridente de una pianola. Otilia tuvo un escalofrío. No era exactamente lo que esperaba encontrar. Además, estaba demasiado oscuro para sacar fotografías. Guardó la cámara de nuevo, se sobrepuso al contratiempo y pidió un refresco de limón al tabernero, que la miró con escepticismo. De hecho, nadie parecía reparar en su presencia.

—Perdón, desearía entrevistar a algún marinero. ¿Me podría ayudar?

Sus palabras ridículas quedaron suspendidas en el aire. El tabernero se había dado media vuelta y nadie la escuchaba. Al mirar a su alrededor buscando una mirada cómplice, se sintió aturdida. Ojos turbios, mejillas a medio afeitarse, manos grasientas y risas de beodo. El ambiente le resultó desagradable.

Poco a poco, los marineros la descubrían y la señalaban. Se sintió observada por mil ojos y los cuchicheos fueron convirtiéndose en risotadas claramente obscenas. Seguramente se había equivocado de lugar. Se bebió la limonada de un trago, pagó y se escabulló silenciosamente.

Pero ya nada era como antes. Estaba alterada. La ofendían las caras de los hombres que se volvían para mirarla, y sus comentarios, y sus expresiones. Hasta aquel momento no se había percatado de que en la calle sólo había hombres. Hombres de todas las medidas, de todas las razas, que hablaban todas las lenguas y

que reían groseramente. Sintió cómo le flaqueaban las piernas. Tenía miedo. Quizá el míster tenía razón al decirles que Nuuk era un lugar peligroso. De pronto, el contacto de unas manos le hizo lanzar un grito. Volvió la cabeza, acobardada, y se vio cercada por un grupo de marineros orientales de ademanes bruscos. El círculo se fue estrechando a su alrededor hasta que uno de ellos le sujetó el anorak y tironeó intentando retenerla. Otilia, acorralada, movió la cabeza con desespero para esquivar su aliento de borracho y el mismo pánico la hizo reaccionar. Sin pensarlo dos veces, se deshizo de un manotazo del hombre que la agarraba y se lanzó a una loca carrera calle abajo abriéndose paso a codazos y patadas. Los marineros reaccionaron inmediatamente al ver cómo su presa escapaba y pronto la calle se convirtió en una algarabía de gritos y consignas.

Otilia, horrorizada, se percató de que era seguida muy cerca por un grupo cada vez más numeroso de borrachos que proferían gritos en lenguas extrañas. Los hombres parecían surgir de debajo las piedras, se añadían desde todas las esquinas, salían de los bares, de los portales, de los *dancings*. La persecución atraía a los desvagados de la noche. Otilia corrió y corrió, en una huida desesperada, siempre pendiente abajo, temiendo resbalar o tropezar. Cualquier caída podría ser fatal. Cada vez los oía más cerca y las manos rozaban ya su anorak. Sudaba, apenas sentía las piernas, pero no desfalleció y sacó fuerzas de donde ya no le quedaban hasta quedar frente al mar. El muelle, a su derecha, era la única salida. De pronto, un foco de luz la deslumbró. El policía, vigilante o lo que fuese la increpó, pero Otilia, sin detenerse, se zafó de la linterna y continuó corriendo hacia donde las negras siluetas de los barcos poblaban el paseo de sombras fantasmagóricas. Tras ella, el vigilante se encaró con los borrachos y se desató una pelea. Otilia tampoco se detuvo ni un instante. A pesar del miedo que le helaba las entrañas, tenía la cabeza clara. Afortunadamente, en los momentos de gran dificultad gozaba de una sangre fría envidiable. Por ello, al ver la pasarela echada de un pequeño mercante verde, solitario y tranquilo, se encaramó a bordo de un salto, se agachó tras unos fardos amparada por la oscuridad más absoluta y estuvo inmóvil y temblorosa unos instantes que le parecieron eternos. Al cabo de un rato, al oír que los gritos pasaban de largo y se perdían en la noche, respiró aliviada.

Creyó que estaba salvada porque difícilmente habría podido prever lo que le iba a suceder más tarde.

D. J. siguió con la mirada a la jovencita que abandonaba la taberna. Lucía melena castaña, era delgada y alta e iba embutida en un anorak de marca. Una chica bonita y sola, a aquellas horas, ofrecía una imagen insólita.

Bostezó. Agradecía cualquier tipo de distracción con tal de no tener que escuchar las incongruencias de aquel capitán danés que le soltaba, por enésima vez, el relato de sus encontronazos con los guardacostas islandeses.

Se recostó contra la barra y procuró entretenerse con cualquier estupidez. Estaba hecho polvo. Aunque era joven y fuerte, se sentía acabado. Hacía dos días que pintaba su barco, y le dolían todas las articulaciones. La tripulación lo había abandonado de nuevo, como tres meses antes. Y, para colmo, hacía más de una hora que estaba en aquella incomodísima postura, sin atisbos de huida.

Había entrado en la taberna, duchado y afeitado, para refrescarse el gáznate con cerveza negra y comenzar así la primera ronda de la noche; pero aquel energúmeno vikingo lo había atenazado con sus manazas y lo había acorralado contra la barra. Escapar con alguna excusa hubiera sido motivo más que suficiente para enzarzarse en una pelea. Poco podía hacer excepto emborracharlo a conciencia, esperando verlo caer de un momento a otro bajo el peso del alcohol. Sin embargo, como todos los navegantes de su envergadura, tenía la resistencia de un oso polar y aguantó sin pestañear hasta la segunda botella de *whisky*. No dejó de hablar ni un segundo y, al acabar la botella, sin mediar ni una palabra más, puso los ojos en blanco, dejó resbalar la pipa que sostenía entre los dientes, se tambaleó unos instantes y, finalmente, se desplomó como un saco de patatas. D. J. lo miró satisfecho. Le había salido caro el pirata bravucón, pero no era imbatible, y eso siempre es un consuelo.

Con la dulce sensación de la libertad recuperada, se lamió los restos de espuma de los labios. Encendió un cigarrillo y lo saboreó en silencio, sin prisas. Luego, paseó unos instantes la mirada a su alrededor, pagó su consumición y se dirigió hacia la puerta mientras se ajustaba el cuello de su cazadora de piel. En aquel local sólo había tomado cerveza. Ahora era el turno de las bebidas de verdad.

Caminaba con elegancia, y su aire distinguido destacaba entre la vulgaridad de la marinería. Era alto, bastante más alto que los navegantes autóctonos y los japoneses. Tenía la talla de los daneses y los canadienses, pero su piel curtida y sus cabellos negros lo distinguían de los nórdicos de ojos húmedos. D. J., que acababa de cumplir los treinta, era diferente en muchos aspectos. Provenía de latitudes más cálidas y de una familia acomodada que le pagó las universidades en media Europa hasta que tuvo problemas con la política. D. J. se metió en líos, acumuló deudas y alguien le habló de enjuagarlas con un negocio fácil, aunque peligroso. Y de un día para otro cambió la vida plácida de universitario por la del contrabando y se esfumó de tierra firme. La

familia removi6 cielo y tierra busc6ndolo infructuosamente hasta que se rindi6 a la evidencia: su hijo haba desaparecido.

Ocho a6os despu6s, convertido en patr6n de su propio mercante, traficante bajo bandera liberiana y conocido en todos los ambientes portuarios del Atl6ntico Norte, D. J. se senta definitivamente unido al mar, al alcohol y a la incertidumbre.

Pero aquella noche no queria pensar en sus miserias pasadas. Arrastraba demasiados meses sin descansar ni tocar tierra y deseaba apurar el presente. Habia viajado desde Terranova rodeando el Labrador, recalando en todo el litoral este de Groenlandia, hasta el norte, en Thule, justo en el c6rculo polar. Ahora, una vez colocadas las pieles de zorro azul, podia permitirse unas vacaciones.

Cada vez que conseguia vender la carga en Nuuk, lo celebraba bebiendo hasta que se le enturbiaba la vista y la lengua, pesada y rasposa, le entorpecia las palabras. Comenzaba con bebidas suaves para luego, a medida que avanzaba la noche, sustituirlas por licores cada vez m6s fuertes. Solia terminar la fiesta en el lecho de alguna bailarina de los *dancings* del puerto o durmiendo la borrachera en su mercante. A veces le parecia del todo inexplicable c6mo conseguia llegar hasta all6.

Se par6 ante un *pub* conocido, empuj6 la puerta y entr6. Aquella temporada habia hecho un negocio redondo con las pieles, pero se habia aprovechado de su escasez como un vulgar especulador. La voz de su conciencia no le atormentaba en absoluto cuando efectuaba el tr6fico ilegal de tabaco americano con la isla de Disko; en cambio, aprovecharse de la extinci6n de una especie protegida para llenarse los bolsillos le provocaba un remordimiento fastidioso. Todo era soportable, hasta el peso de la conciencia, pensaba mientras vaciaba el vaso de *whisky*. Una mujer de ojos oblicuos se le acerc6 moviendo pesadamente las caderas.

El *whisky* era 6spero, de 6nfima calidad, como todo lo que se distribuia en aquellas latitudes. Ya casi habia apurado una botella, y lo sentia bajar como una bola de fuego que le asaeteaba el est6mago sin piedad. Se llen6 de nuevo el vaso y abri6 el segundo paquete de cigarrillos de la noche. Se percat6 de que ella estaba all6, apestando a sudor y aquavit, cuando, sol6cita, le acerc6 la llama de un encendedor, gentileza de alg6n turista generoso. D. J. hacia esfuerzos para ponerse de buen humor. Al fin y al cabo, era un hombre rico; habia vendido todas las pieles. La muchacha se le aferraba a la camisa y le restregaba sus cabellos aceitosos en la cara. Sintió mareo. La apart6 con firmeza y la invit6 a una copa. Ella se distrajo enseguida. Sonri6 con amabilidad mostr6ndole sus dientes amarillentos y, como cortesía, le se6al6 la constelaci6n de manchitas verdes que salpicaban su cuello. D. J. se rasc6 la cabeza confuso. ¿Valia la pena explicarle que hacia dos d6as que pintaba su barco? Seguro que no. Era demasiado complicado, sobre todo teniendo en cuenta que cada vez se encontraba peor. La cabeza le pesaba como el plomo y, a intervalos regulares, sentia una quemaz6n en el est6mago. Evidentemente, el *whisky* le sentaba fatal y decidi6 que ya tenia suficiente, aunque le faltara la ronda de aquavit, la m6s dura de todas.

Cuando sali6 del *dancing*, el d6a comenzaba a despuntar t6midamente. Caminaba

dando tumbos, apoyándose en las paredes para no caer y procurando no tropezar con las cajas de pescado desparramadas aquí y allá. El camino se le hizo un calvario hasta llegar al muelle y distinguir, de lejos, la silueta entrañable de su viejo mercante recién pintado.

Lo había comprado seis años antes a muy buen precio. Entonces era un cascarón inútil. Tan sólo hacía ochenta de eslora por dieciocho de manga; en total, unas cuatro mil toneladas —nunca se había dedicado al transporte en gran escala y prefería barcos de poco puntal—, y le había sabido sacar un buen provecho. Había invertido casi lo mismo que le costó en la instalación de un nuevo motor finlandés Wartsila y la renovación del equipo informático. Un gasto rentable, puesto que le permitía ahorrar en tripulación. Podía controlar su barco desde su pantalla, mientras se fumaba un cigarrillo sentado cómodamente. Aquel invierno había hecho sus últimas adquisiciones: un magnífico GPS 525 que le ahorraba muchos quebraderos de cabeza y le permitía actualizar la cartografía y conocer en todo momento, sin mediciones embrolladas, la posición exacta del mercante. Y una radio náutica VHF 200 que le facilitaba las comunicaciones marítimas. A pesar de la aparente falta de comodidades y de su aspecto precario, el *Mediterráneo*, como lo había bautizado, figuraba entre los barcos más modernos y seguros que surcaban las costas groenlandesas, y por ello se sentía orgulloso.

Con renovadas energías, orientó sus pasos hacia la pasarela soñando con su litera. Atravesó la cubierta solitaria y subió con cuidado las escalerillas que llevaban al camarote. Se le ocurrió que parecía un barco fantasma, antes de cerrar la puerta y desplomarse sobre el colchón. Segundos después, roncaba como una morsa.

OTILIA suspiró tranquila al comprobar que D. J. desaparecía de cubierta escaleras arriba. Habían sido unos momentos tensos.

El nerviosismo la mantenía vigilante. Oyó uno a uno todos sus pasos hasta llegar a la litera, el ruido sordo de su cuerpo al caer sobre el colchón y sus ronquidos acompasados.

Se relajó y procuró buscar una postura más cómoda. No dejaría el barco ni pondría un solo pie en aquella horrible ciudad mientras fuera de noche. Ciertamente, en su primera experiencia como periodista aficionada no había tenido en cuenta el factor de la desventaja de ser mujer. Tendría que hacer las entrevistas a la luz del sol, con su cámara a la vista y sin ambigüedades que se prestaran a malentendidos. Esperaría a que amaneciera y entonces regresaría al hotel. Mientras tanto, descansaría.

Tenía los huesos y los músculos magullados a causa de la carrera y de la humedad de cubierta. Había un montón de sacos arracimados tras ella que parecían confortables y no estaban demasiado sucios. Alargó una mano y agarró el de encima del montón. Con unos cuantos, tendría un colchón. Se acuclilló y se dispuso a extenderlos encima de las maderas empapadas. En uno de los movimientos, creyó percibir un ruido. Otilia odiaba las ratas e, intranquila, se levantó con cuidado y se dispuso a inspeccionar bien antes de acurrucarse. Qué extraño, se dijo. Notaba algo parecido al frío, o quizás al miedo. Tenía los pelillos de la nuca erizados. Respirando con inquietud, retiró el montón de sacos unos pocos centímetros y, al ver lo que ocultaba, su mano quedó paralizada al tiempo que un grito se helaba en la garganta.

Hubiera preferido mil veces encontrarse una rata antes que ver lo que vio: *ellos* estaban allí, escondidos entre las sombras, justo delante de ella.

Otilia, Anarfiq y el Hombre de las Islas se miraron con los ojos fijos, casi sin osar respirar.

Sería difícil saber a quién había impresionado más el encuentro. El Hombre de las Islas se había agazapado detrás de Anarfiq, como si fuese una pelota de niebla de la que sólo resaltaban unos ojos penetrantes y hundidos. Otilia no le quitaba la vista de encima. ¿Era un fantasma? ¿Un zombi? ¿Un engendro? Se hallaba ante lo imposible y quizás había cruzado la frontera entre lo verosímil y lo inverosímil. Si admitía lo que sus ojos le mostraban, nada de lo que hasta entonces había creído tenía sentido.

—Youq. Amigo. Hombre de las Islas. Espíritu bueno —dijo Anarfiq con claridad señalando a su extraño compañero.

Otilia lo miró desconcertada. El muchacho hablaba y se comportaba con desparpajo, como si su encuentro fuera intrascendente y mostrase a una extranjera una curiosidad local para luego pedirle una propina.

—¿Quién eres tú?

La voz de Otilia, con un deje de temblor, deshizo el encanto. El ambiente se descargó y los tres suavizaron sus facciones. El Hombre de las Islas comenzó a integrarse lentamente hasta adquirir su figura más habitual. Tanto él como Anarfiq percibieron claramente que no había peligro en aquella chica. Anarfiq esbozó una sonrisa.

—Anarfiq. Hablo tu lengua —dijo orgulloso.

Y era cierto. Anarfiq, políglota autodidacta, era capaz de hacerse entender por cualquier extranjero.

Otilia, a medio camino entre la incredulidad y la pesadilla, optó por serenarse. Miró alternativamente a sus compañeros intentando computar que aquel ser de nombre Youq no era ni hombre, ni animal. ¿Un espíritu benigno? Eso había dicho el muchacho. Y algo de razón tendría, puesto que un espíritu no está compuesto de carne y huesos.

Y, en aquel preciso instante, el Hombre de las Islas comenzó a dar muestras de una agitación evidente. Primero se alargó como una columna de humo y enseguida se esparció como si lo arrastrase una ventolera, para volver de nuevo a recomponerse mientras emitía una peculiar e intensa vibración y sus ojos se desplazaban, de una forma insistente y preocupante, a lo largo y lo ancho de su *cuerpo*.

Anarfiq volvió a experimentar la sensación que tanto le había inquietado en los muelles unos minutos antes. Fuese lo que fuese, el peligro los acechaba, y bastaba mirar al Hombre de las Islas para saberlo.

Otilia observaba asombrada la turbación de aquellos personajes, cuando Anarfiq, sin previo aviso, se escabulló con agilidad felina dentro del barco, murmurando en su lengua palabras incomprensibles.

—¿Qué haces? —preguntó perpleja Otilia.

—Hay peligro —le respondió la voz lejana de Anarfiq descendiendo hacia las profundidades de la sala de máquinas.

Otilia, confusa, se asomó a la escalera por donde había descendido Anarfiq.

—Pero ¿qué peligro? ¿Quién? ¿Dónde?

Eran demasiadas preguntas para contestarlas a la vez. Cuando el eco de su voz se perdió mar adentro, Otilia levantó la vista y se amedrentó. Estaba sola con el Youq, y él la miraba fijamente, sin parpadear.

Amortiguado por la niebla, llegaba el sonido lejano de la música de los *pubs* mezclado con el golpeteo rítmico e insistente de las olas contra el casco del barco. La brisa de poniente, cargada de un aroma salado, barrió la cubierta e hizo que Otilia temblara bajo su anorak. ¡Qué curioso! ¿Se había familiarizado tanto con aquel extraño ser? ¿O quizá el extraño ser se había familiarizado con ella? Se metió las manos en los bolsillos y musitó un tímido «hola». Siempre estuvo convencida de que, aquella vez, el Hombre de las Islas había contestado a su saludo.

Y entonces, sin más, los motores del barco comenzaron a roncar. Anarfiq corría

de un lado a otro. Jamás había puesto en funcionamiento un barco, aunque lo hubiera visto hacer muchas veces. ¿Sería capaz? ¿Conseguiría salir del puerto? Otilia intentó detenerlo infructuosamente.

—¿Qué haces? ¡Detén el barco!

Ante el desconcierto de Otilia, el mercante se puso en marcha, viró y se dirigió hacia alta mar.

Los primeros rayos del día besaron la mágica noche blanca mientras Anarfiq sonreía satisfecho y Otilia comenzaba a darse cuenta, demasiado tarde, de que se había metido en un buen lío.

POCAS horas después de que el viejo mercante abandonara el puerto de Nuuk, un yate con bandera estadounidense hacía su entrada.

Un grupo de pequeños gamberrillos, que esperaban la llegada del *ferry* de línea regular de las nueve para acompañar a los turistas y ganarse cuatro perras, lo saludó con grandes muestras de bienvenida.

Era, o al menos lo parecía, el yate de un millonario forrado de dólares. Resultaba francamente inusual encontrar en aquellas aguas un yate de placer de dimensiones tan considerables y, a la vez, cuidado con tanto esmero.

Los pequeños se asombraban por todos aquellos detalles, que llamaban su atención. La cubierta encerada y brillante, la pintura inmaculada, los grandes ventanales ahumados y la bandera yanqui, altiva y solitaria, ondeando en la popa. El radar del puente lo vestía de un aire profesional, pero el aroma de café y de bollería recién sacada del horno, que se escapaba del ojo de buey de la cocina, ofrecía el contrapunto acogedor. Los chiquillos esperaron en vano que el yate bajase la pasarela y descendiera una princesa o un magnate. Cuando perdieron la paciencia prefirieron irse a husmear a la subasta del bacalao fresco.

En su interior, en una sala equipada con ordenadores, el doctor Peddeckoe tomaba su desayuno mientras leía un artículo en su pantalla plana de diecisiete pulgadas. Se trataba de las últimas novedades aparecidas en la revista *American Ethnology*. Comía sin hacer apenas ruido, tomaba la taza delicadamente con la punta de los dedos y se secaba los labios con exquisitez, antes y después de cada sorbo de café. Era un hombre de edad indefinida, de cabellos negros y rostro meticulosamente rasurado. Vestía deportivamente, pero con ropa cara y elegante. Un joven de aspecto enfermizo llamó a la puerta.

—¿Doctor Peddeckoe?

—Adelante, Wifredo, ya puedes pasar.

El muchacho llevaba en la mano un papel que depositó discretamente sobre la mesa, procurando que no interfiriera en el desayuno del doctor.

—Ejem, doctor Peddeckoe, supongo que ya se ha dado cuenta de que hace media hora que estamos anclados en el puerto de Nuuk.

Desde los ventanales se veía toda la ciudad y el acantilado que bloqueaba la bahía al sur.

El doctor Peddeckoe no se dignó levantar los ojos del texto.

—Wifredo, haz el favor de no comunicarme obviedades.

Wifredo se arrepintió de su observación.

—Sí, doctor, perdone. Quiero decir que ya me lo suponía. De hecho, estaba convencido. Era una simple fórmula de cortesía y..., ejem..., le he impreso la

conversación mantenida con la policía aduanera del puerto, con los guardacostas y con el responsable del Departamento de Inmigración. Si se lo quiere leer. Son conversaciones concisas y todas ellas con resultados negativos. No hay pistas claras por este lado.

El doctor Peddeckoe hizo un gesto de contrariedad.

—Supongo que tú has sido el sujeto de la oración. Tú has mantenido esas conversaciones, una conversación no se mantiene sola.

Wifredo se turbó.

—Oh, sí. Naturalmente, doctor Peddeckoe. Es una forma de hablar genérica, estándar.

El doctor Peddeckoe se sacudió las migajas de cruasán que se le habían quedado adheridas al jersey.

—Muy mal, Wifredo. Tu impropiedad en el lenguaje me tiene francamente preocupado. ¿Y tú aspiras a trabajar en mi universidad? —Se llenó la boca con el posesivo *mi*—. Creo que antes te conviene darle un repasito a la gramática. Después, ya hablaremos.

Wifredo se puso de color púrpura. Confiaba en que el doctor Peddeckoe lo recomendaría especialmente para el puesto del doctor Robentson, que se jubilaba aquel mismo año.

—Pero, pero, doctor Peddeckoe. ¿Usted cree que, quiero decir si realmente piensa que, en fin, no sé, que aún, aún no estoy preparado?

—¿Ves como no sabes expresarte? ¿Tiene algún sentido ese montón de incoherencias balbuceantes que acabas de pronunciar? Sinceramente, dudo de que dispongas de un atisbo de la madurez necesaria para un puesto de esta responsabilidad.

Wifredo hizo esfuerzos para no delatar su disgusto. Con un ligero temblor en la voz, se atrevió a continuar:

—Yo ya tenía medio redactada una memoria y...

El doctor Peddeckoe, indiferente a la desesperación del becario, negó con la cabeza mientras navegaba por Internet en busca de una página web. El joven lo miraba, implorante.

—No, mi sincera opinión es que no estás preparado aún. Decirte lo contrario sería darte falsas esperanzas. Cualquier tribunal cuerdo corroboraría mi juicio. Humm. —Dio un sorbo a su café—. Ahora bien, si trabajas firme y sigues mis consejos quién sabe si quizá te podrías presentar el año próximo. He oído decir que Wilson piensa pedir una comisión de servicios para hacer trabajo de campo entre los «negritos de Filipinas».

La cara de Wifredo se iluminó. Eso quería decir que tal vez lo recomendaría para ocupar la plaza de Antropología Comparada de Wilson. Si aprovechaba bien el viaje, podría completar y redactar un currículum maravilloso.

Se dirigió al doctor con humildad:

—Sí señor, estimo mucho su opinión. Trabajaré con ahínco. Ejem... ¿Qué le parece si, aprovechando el viaje, intento escribir algún artículo sobre la histeria polar?

—Pues a mí no me parece, simplemente no me parece, porque, queridísimo Wifredo, te recuerdo que no dispones de tiempo para nada. Y además, bastante histérico estás ya de ordinario para que encima te dé por trabajar sobre ese tema. ¿Cuántos datos te quedan aún por procesar?

El joven tragó saliva.

—Unos cuantos todavía. Le aseguro que voy tan rápido como puedo, pero me paso las noches en vela pendiente de las comunicaciones y claro...

—No valen excusas; tienes que ser más disciplinado. La carrera académica es muy dura y hay que recorrer un largo camino para llegar a la cima. Eres un becario muy joven y... —de pronto se interrumpió—, mira, lee esto: es lo que andaba buscando.

Centró un texto en medio de la pantalla. Se caló las gafas y le indicó un párrafo.

—Lee alto y claro, por favor.

Wifredo tosió un par de veces para suavizar la voz. Llevaba toda la noche fumando unos horribles cigarrillos turcos que le vendía el cocinero a precio de oro.

El etnocentrismo llega a condicionar seriamente nuestra propia percepción. Es obligado recordar aquí los trabajos de Turren (1945: 62) entre los bosquimanos, de Harvys (1984: 329-333) entre los jíbaros y de Kazy (1979: 1622) sobre los guaraníes y, cómo no, el ya clásico de Peddeckoe (1998) sobre Nueva Guinea. En todos estos escritos y en otros se ha puesto claramente de manifiesto la existencia de dos realidades cognitivas diferenciadas: la de los pueblos estudiados y la de sus etnógrafos. La resistencia académica a aceptar como real el modelo cognitivo de estas culturas puede ser, como han denunciado estos autores, especialmente Peddeckoe, una prueba de la miopía científica de nuestras universidades y un obstáculo que nos ha privado de avances memorables en nuestra disciplina.

Wifredo felicitó al doctor por su descubrimiento.

—Un texto muy interesante, sí.

—Lo incluiré en mi discurso inaugural del próximo curso académico. Encajará perfectamente con el resto de la disertación sobre «Las fronteras de la conciencia». Hazme una copia e intercálalo en un fragmento del discurso que resulte adecuado.

Wifredo se pasó el dedo por debajo del cuello de la camisa. Por hablar demasiado, se había buscado otro lío.

—Doctor, ¿no cree que eso es sumamente personal? Quiero decir...

—Naturalmente que es personal. Se trata de mi discurso, y confío en que tengas la suficiente sensibilidad como para ponerte en mi lugar y hacer exactamente lo mismo que haría yo. Éste es el tipo de ejercicios que te hace falta practicar. Ésos y no

tareas ambiciosas como los artículos. Los artículos requieren una reflexión sobre la realidad, una profundidad en el análisis que os falta a los jóvenes, especialmente a ti.

Wifredo, atolondrado, tomó nota de la referencia bibliográfica y se dirigió hacia la puerta.

—¡Wifredo!

—¡Dígame!

—¿Adónde vas?

—A hacer lo que me ha ordenado. Iba a estudiar su discurso...

El doctor Peddeckoe hizo un gesto de desesperación resignada.

—Yo no ordeno nada. Siento mucho que interpretes mal mis sugerencias. Por otro lado, hay cosas más prioritarias y urgentes. Aparte de las conversaciones que has mantenido con unos y otros, ¿qué otros indicios tenemos?

Wifredo reflexionó antes de contestar. Procuró hablar en términos precisos porque no quería volver a equivocarse y perder ahora la plaza de Wilson.

—Pues la última noticia es que esta noche les han echado el guante en el puerto a dos ladronzuelos que juraban haber visto una sombra agazapada detrás de un bidón. Adoptaba formas extrañas y emitía unas curiosas vibraciones.

Al doctor le brillaron los ojos.

—Buenas noticias. ¿Y se puede saber por qué no me lo has comentado antes, en lugar de hacerme perder el tiempo con estupideces?

—Oh, es que no hay certezas y, puesto que la señal llega muy débil, he creído que no estaba claro que la sombra tuviera que ver con...

El doctor desaprobó con un movimiento de cabeza.

—Wifredo, hoy no es tu día. Sabes que hay infinidad de factores que pueden influir en la percepción de la señal. Haz el favor de concretarme más cosas. ¿Algún dato sobre su color? ¿Dónde la han visto?

Wifredo continuó:

—Era una sombra pequeña y blanca... Bueno, no muy grande y más que blanca refulgente.

—Pero has dicho que estaba agazapada y que cambiaba de forma, ¿no?

—Sí.

—Lo tenemos, Wifredo. Continúa.

—La han visto aproximadamente delante del almacén de azúcar, y cuando han vuelto, ya no estaba.

El doctor golpeó la mesa con autoridad.

—Rápido, Wifredo, hemos perdido un tiempo precioso. Ponme inmediatamente en comunicación con el prefecto de policía de Nuuk y con el cónsul estadounidense. Di quién soy y la misión confidencial que cumplo. Necesitamos una orden para registrar todos los barcos anclados en el muelle, una lista para saber los que han zarpado durante esta madrugada y un cordón policial que impida el acceso y la salida del recinto portuario. Vamos, anda. ¿A qué esperas?

El pobre Wifredo, abrumado, salió como un rayo, pero antes de realizar los encargos del doctor, pasó por la cocina para comprar otro paquete de aquellos horribles cigarrillos.

Mientras marcaba los números del consulado, imaginaba el montón de explicaciones que tendría que dar y los quebraderos de cabeza que le esperaban. Ni soñar con echar un sueñecito o tomar un bocado.

Oía los *ring ring* persistentes. Alguien descolgó el aparato. Si todo aquello le sirviera para conseguir la plaza de Wilson...

OTILIA se había dormido en cubierta. Estaba tan derrengada que permaneció en la misma posición hasta bien pasado el mediodía. Durmió de un tirón, indiferente a las salpicaduras de las olas, a la luz del sol, cada vez más intensa, y a los gritos de las gaviotas. Despertó con una leve sensación de mareo. El barco oscilaba y daba bandazos a merced del oleaje. Se enderezó con dificultad y se acercó hasta la borda.

Asomada a las profundidades del Ártico, no pudo reprimir un escalofrío. La bahía del puerto de Nuuk se había ocultado tras las neblinas brumosas de la mañana hasta aparecer como un hilo blanco suspendido en la lejanía. El pequeño barco, perdido en la inmensidad del océano, describía círculos concéntricos: navegaba a la deriva, sin rumbo, capitán ni tripulación.

La noche anterior había sucedido todo de una forma tan rápida que no había podido asimilarlo: la huida del hotel, la carrera hasta el puerto, el escondrijo en el barco, el encuentro con el esquimal y el monstruo, la llegada del capitán, la sorprendente decisión de Anarfiq de poner en marcha el mercante y, finalmente, la iniciativa de encerrar al capitán en su cabina.

¿Qué pintaba ella en medio del Ártico, en un mercante destartado, en compañía de un niño esquimal, de un fantasma y de un capitán secuestrado, navegando con rumbo desconocido y huyendo de un peligro igualmente desconocido? «Periodismo», se dijo para tener el concepto bien claro y que no se le olvidase. Una periodista debe estar siempre en el ojo del huracán con la cámara a punto y la mano sobre el teclado. Por cierto, se lamentó, en el hotel había dejado su querido portátil. Tendría que volver a recordar cómo se escribe con papel y bolígrafo. Únicamente tenía la cámara, el móvil y su pasaporte. Suspiró aliviada, sin documentación sería algo así como una inmigrante ilegal. Intentó recordar cuánto dinero llevaba consigo. Abrió su bolsa con ansiedad e hizo el recuento. Unos cien dólares en metálico y una tarjeta de crédito que besó amorosamente. Repasó sus pertenencias. La cámara, su cepillo de dientes, pañuelos de papel, crema protectora para el sol, cacao para los labios y un móvil con media docena de llamadas perdidas del míster. Escuchó los mensajes de su buzón de voz, que iban gradualmente aumentando de tono e intensidad dramática. El último era tan agresivo que la dejó sin respiración. Tenía que atajar ese problema ante todo. Así pues, envió un SMS al míster comunicándole que abandonaba el viaje por su propia voluntad y que no contarán más con ella. Eso sí. Le pedía que dejase sus pertenencias en el hotel. Luego apagó el móvil e intentó relajarse, pero no le fue posible.

Otilia percibió una presencia a sus espaldas. Era una presencia voluble y difusa. Se volvió lentamente, procurando no hacer ningún movimiento brusco y se encontró cara a cara con el Hombre de las Islas. El extraño ser se sobresaltó, y la cabeza le

rebotó dos palmos por encima de sus espaldas. Otilia sonrió. Mira por dónde, estaba más asustado que ella. Pasaron un buen rato de pie, expectantes, estudiándose mutuamente. El Hombre de las Islas, visto a la luz del día, era etéreo, como moldeado de luz y niebla, y con las facciones tan desdibujadas como una acuarela licuada. Pasados los primeros momentos, desapareció la angustia de Otilia. Ella fue la primera en sorprenderse de la naturalidad con que aceptaba la compañía del Youq. ¿La entendería si le hablaba? Estaba muerta de hambre y él era la primera (iba a decir «persona») que encontraba; así pues, aunque fuera absurdo, lo intentaría.

—¿Sabes dónde puede haber algo para comer? —le preguntó acompañándose de gestos, como lo hubiera hecho ante un sordomudo.

El Hombre de las Islas la miró con amabilidad; evidentemente, no la había entendido. Otilia repitió la pregunta.

—Comida. Necesito comida.

Atraído por la conversación, Anarfiq apareció en cubierta.

—Youq no come —la interrumpió—. Youq no come, él no es hombre.

Otilia tragó saliva y se sintió en la obligación de interrogarlo a su pesar, aunque hay ocasiones en las que es mejor no saber.

—Y... ¿qué es?

Anarfiq se encogió de hombros. No sabía cómo explicarlo.

Otilia quería salir de dudas y aventuró una hipótesis.

—¿Es un animal que ha adquirido este aspecto a causa de alguna enfermedad tal vez? ¿Un ser de los hielos afectado por las mutaciones?

Ése podría ser un buen reportaje. Una especie en extinción amenazada por los productos tóxicos del primer mundo. Había estudiado la teoría de la evolución y los efectos de las dioxinas en la grasa de las focas. La llenaba de indignación pensar que el planeta estaba sometido a una mutación constante a causa de la avaricia del primer mundo. La expresión ofendida de Anarfiq la obligó a rectificar.

—Bueno —se excusó Otilia—. Ha sido una suposición.

Anarfiq se enroscaba un mechón de cabellos alrededor del dedo en actitud meditativa. Concentrado, buscaba una definición del Hombre de las Islas que pudiera entender una extranjera. Finalmente, se decidió:

—Madre de la madre explicaba historias del Youq.

—¿Historias? ¿Qué tipo de historias?

—Historias mágicas —pronunció lentamente el chico.

Y Anarfiq, de pronto, se puso melancólico por ese recuerdo difuso de su infancia que, a pesar de sus pocos años, le quedaba tan lejos.

El Hombre de las Islas se acercó a Otilia y, con sus dedos helados, le acarició la cara. Los ojos, del color del mar, reflejaban el gesto azorado de Otilia, que no osaba ni respirar. «Mágico», se repetía. Estaba ante un ser mágico. Pero no pudo continuar cavilando. Una descarga eléctrica le recorrió la columna vertebral y se expandió por toda su epidermis. Sentía una felicidad desbordante, una alegría loca que la invadía y

la impelía a reír. De pronto, comenzó a lanzar carcajadas; primero una, luego otra, y otra. El Hombre de las Islas, ante ella, se atomizaba en un sinfín de moléculas de niebla y volvía a recomponerse. Su boca, abierta en una extraña mueca, profería unos gritos similares a los de las gaviotas en pleno vuelo. Reía.

Otilia deseaba dejar de reír, pero no podía, no tenía voluntad y estaba contenta. Anarfiq se sacudió su añoranza y se sumó a la fiesta, contagiado de la alegría colectiva. Las risas asustaban a los peces y asombraban a las frías olas. Poco a poco, se fueron apagando. Otilia, mientras se secaba los ojos, se preguntaba por la verdadera naturaleza del Hombre de las Islas. Un ser mágico. Punto. Sobraban las explicaciones racionales. Había topado con algo extraordinario y los buenos periodistas deben estar preparados para aceptar los sucesos racionales y los absurdos. Anarfiq, sorprendido, contempló a Otilia con admiración.

—Tú gustarle, hablar con tú.

Pero Otilia aún no estaba en condiciones de escucharlo; no oía, sólo percibía. Bajo los efectos cálidos del optimismo del Hombre de las Islas, percibía el océano como un mar pequeño y jugueteón y, encantada, descubría por primera vez los rincones acogedores del viejo barco. Encontró original el color del casco y le hizo gracia la bandera liberiana, sucia y descolorida, ondeando solitaria bajo los embates del viento. Ya no le importaban el místico, ni su aburrida compañera comedora de altramuces, ni su padre. Una pregunta casi espontánea rompió el encanto:

—¿Adónde vamos?

Anarfiq trazó un semicírculo con el brazo. Era una respuesta ambigua. Quizá no lo sabía ni él mismo.

—Pero ¿qué rumbo seguimos? ¿Has comprobado si tenemos suficiente carburante?

—No podemos volver a Nuuk.

Anarfiq era taxativo en este punto. Por lo que respectaba al resto de los temas, no tenía ninguna opinión formada.

Otilia intentaba imaginar el estupor de sus compañeros y el escándalo que montaría su familia cuando el místico les hiciese llegar su mensaje. Pero había tomado una decisión y la escena de un futuro hipotético, en esos momentos, no la turbaba demasiado. Es más. Estaba madurando una idea sensacional. ¿Alguien había hecho antes un reportaje sobre un ser parecido al Youq? Un ser mágico, un espíritu inmaterial, un viejo y antiguo ser legendario de los hielos. Fuese lo que fuese, su naturaleza excedía todos los parámetros conocidos y hablar sobre él le abriría todas las puertas. Sería un bombazo, un notición, su pasaporte a la fama y a la carrera de periodista. Se pellizcó para cerciorarse de que estaba viva. ¡Pues claro! Lo que había estado soñando acababa de sucederle. La noticia había ido en su búsqueda. ¿Sería tan tonta como para dejarla escapar?

Enseguida primó su lado práctico. Cuanto más tiempo estuvieran alejados de Nuuk más fácil lo tendría para sonsacar a los dos personajes que el destino había

puesto en su camino.

—Necesitamos un mapa para saber nuestra situación y decidir hacia dónde nos dirigimos.

Anarfiq no había visto un mapa en su vida. No habría sabido relacionar aquellas líneas sinuosas sobre el papel con los valles, las montañas, las costas y las simas marinas. No tenía ningún sentido hablar de mapas con Anarfiq. Sin embargo, el chico había notado la inquietud de Otilia y, rápido como una comadreja, se puso en pie y le tiró de la falda para que lo siguiera. El Hombre de las Islas los acompañó.

Una vez que hubieron bajado las escalerillas del castillo de popa, Anarfiq, con un manojo de llaves en la mano, mostró a Otilia las puertas que se extendían a lo largo del pasillo. Tomó una de las llaves y abrió el primer pañol. Otilia lanzó un silbido. Podría haber miles de latas, aunque resultaba difícil calcular su número, porque estaban almacenadas sin orden ni concierto.

Anarfiq, mientras tanto, había abierto las otras puertas y las fue mostrando. En el pañol del lado derecho, un par de cámaras frigoríficas, atiborradas de carne, pescado y verduras congeladas, les aseguraban la supervivencia durante una larga temporada. Anarfiq, orgulloso de su descubrimiento, la invitó a contemplar las reservas de *whisky* escocés y de tabaco rubio americano. Otilia se sintió reconfortada.

—¡Es, es fantástico! ¡Con eso podríamos dar la vuelta al mundo! ¡Pero si hay de todo!

Levantó la cabeza y se percató de que el esquimal había desaparecido y de que en esos momentos estaba hablando sola. Se pasó la mano por la frente y coincidió con la mirada del Hombre de las Islas. Parecía compungido y movió la cabeza con un gesto de reproche. Con ojos dulces, parecía censurar la actitud de Anarfiq. ¿La entendía? ¿La estaba escuchando? Otilia se decidió finalmente:

—Mira, no sé si me comprendes, pero pareces inteligente. Me miras, me escuchas y me haces reír. Se trata de que de alguna forma te pongas en contacto conmigo y que me expliques quién eres, de dónde procedes, cuál es tu naturaleza y ese tipo de cosas por las que todo reportaje debe comenzar.

Anarfiq volvió armado con un abrelatas y no se atrevió a interrumpir el soliloquio de Otilia con el Hombre de las Islas. Se sentó discretamente en un rincón. Abrió una lata de carne y se dedicó a llenarse el estómago. Siempre se asombraba de la capacidad de hablar que tenían los extranjeros. Hablaban con cualquiera, en cualquier momento y de cualquier estupidez. Eran incapaces de estar callados escuchando el ruido de las olas o el vuelo de las gaviotas. No se explicaba de dónde sacaban el tiempo para construir tantos barcos y tantos coches y para fabricar tantas latas. Otilia no era ninguna excepción, a pesar de que parecía una extranjera sensible.

—¡Gracias Anarfiq, has tenido una buena idea! Anda, ven, Youq. Aunque no puedas hablarme directamente, seguro que me comprendes. Lo leo en tus ojos. Te explico. Soy Otilia, tengo diecisiete años a punto de cumplir dieciocho, nací en Barcelona, pero mi padre es inglés y vivo en Londres. Mi padre me ha matriculado en

la carrera de derecho sin mi consentimiento. Es un hombre clásico, un notario que quiere que sus hijos sigan sus pasos. Mis hermanos mayores tragaron, pero yo me niego.

Otilia abrió la lata de albóndigas que le ofrecía Anarfiq sin dejar de charlar. Había descubierto que el Hombre de las Islas era un interlocutor formidable, no la interrumpía ni le llevaba la contraria. Además, la miraba con devoción y parecía interesadísimo en todo lo que ella explicaba.

—Hice un trabajo el curso pasado, un reportaje sobre la gripe A que me obligó a entrevistar a mucha gente, a leer muchos artículos y a tomar un montón de fotografías. El profesor me felicitó y publicaron mi reportaje en la revista de la escuela. Entonces me di cuenta de que quería ser periodista. Fue una revelación.

¿Sabes? Yo creo que la vida depende de esos momentos en los que se enciende un *flash* y te muestra el camino. ¿No te parece? Te dice: «por aquí». Y no tienes más que seguir las indicaciones.

El Hombre de las Islas no perdía detalle de las palabras de Otilia.

—¿Te importaría que te hiciese unas fotografías? Sin soporte de imagen ya nadie se traga una información y por mucho que escribiese acerca de ti nadie me creería sin ver una fotografía tuya. Vale más una imagen que cien palabras.

Anarfiq se lo suponía. Los extranjeros eran incapaces de mirar las cosas y guardarlas en su cabeza. No tenían memoria alguna. Necesitaban guardarlas en un papel. Otilia, sin embargo, tuvo la deferencia de pedirle la opinión.

—Anarfiq, ¿te parece bien que os tome algunas fotografías a ti y al Youq?

Anarfiq se encogió de hombros. Si ése era el precio por tener a la extranjera contenta, se resignaría.

Otilia regresó emocionada con su cámara y les pidió que la siguiesen a cubierto. La luz era maravillosa. Hizo un gesto a Anarfiq.

—Ve comiendo con naturalidad y luego sonrío al Youq. Así, así, muy bien. Perdona, ¿te importaría mirar hacia la lejanía, como si estuvieses soñando con las estepas de hielo? Un poquito más a la izquierda. Youq mírame, por favor, una sonrisa. Así, estupendo. ¿Sería posible que el Youq adoptase una de esas formas tan curiosas?

Otilia, rauda, fue robando momentos y gestos. Al principio las sonrisas de Anarfiq eran forzadas y el Youq daba la espalda a la cámara, pero al cabo de un rato el niño y el espíritu se acostumbraron al objetivo y se comportaron con naturalidad. Jugaron a perseguirse por cubierto, se partieron de la risa y cuchichearon tiernamente, con complicidad, sin reparar en Otilia, que, agachada a su lado, y apretando sin cesar el botón de la cámara, ya formaba parte del paisaje.

De pronto, unos golpes contundentes resonaron con fuerza. Provenían de la cabina del patrón. Otilia calló en seco. Se habían olvidado de su prisionero. Los golpes se repitieron, esta vez con más fuerza. El Hombre de las Islas, miedoso como una criatura, se asustó visiblemente y Otilia pudo fotografiar su imagen semideshilachada antes de reaccionar y encararse con Anarfiq. Se levantó del suelo,

estaba desconcertada.

—¿Y ahora qué hacemos? Se ha despertado.

Efectivamente, el capitán se había despertado después de la borrachera y, al oír los motores y comprobar que estaba encerrado en su cabina, había montado un alboroto de mil demonios. Anarfiq presionó la mano de Otilia y señaló al Hombre de las Islas.

—Nuuk no.

Otilia hizo un esfuerzo.

—A ver si nos entendemos. No podemos volver a Nuuk, ¿verdad? —El esquimal asintió—. Ni tampoco podemos abrirle la puerta al capitán. —Anarfiq frunció el entrecejo—. Quiero decir que no podemos dejarle salir porque, si le dejáramos, nos llevaría otra vez a Nuuk. —Chasqueó la lengua—. ¿Me podrías aclarar qué ocurre en Nuuk?

El Hombre de las Islas se difuminó de un soplo. Era evidente que la palabra *Nuuk* le producía pánico.

Otilia desistió.

—Está bien, está bien. Deduzco que en Nuuk hay algún peligro para el Youq. Aunque no queráis decirme cuál.

Anarfiq respiró tranquilo. Había dudado de la actitud de la extranjera, pero era una extranjera buena que se compadecía del Youq y accedía a tener prisionero a un capitán occidental. No volverían a Nuuk, de momento.

Otilia había tomado una determinación: continuaría junto a sus compañeros para poder escribir su reportaje. A fin de cuentas, siempre podría justificar un secuestro o una mentira. Además, las fotos eran increíbles y en el breve tiempo que llevaba entre ellos ya se había aficionado a comer albóndigas con los dedos, a charlar con el Youq y a navegar sobre las aguas del Ártico escuchando el ronco sonido del motor del mercante. Hacía tiempo que no se sentía tan bien.

Hizo un guiño al esquimal.

—Anarfiq, por favor, lánzale un par de latas al prisionero. Debe de tener hambre. Luego le haré una visita.

Retomó su comida, guardó su cámara, sonrió al Youq y se dispuso a disfrutar de su extraña libertad.

EL puerto de Nuuk, a mediodía, presentaba un aspecto insólito. Toda la actividad, que a esas horas solía alcanzar la mayor intensidad del día, se había paralizado. Los barcos habían sido desalojados precipitadamente, con las mercancías a medio descargar, y los cubos de fregar y los trastos de calafatear abandonados sobre las cubiertas. En las dársenas quedaban los fardos dejados de cualquier manera por los estibadores. Las tripulaciones y los trabajadores del puerto fueron obligados a salir del recinto hacia las doce y, pasados diez minutos exactos, dos patrullas de la policía aduanera acordonaron las salidas con una reja electrificada y apostaron perros policías en los lugares más estratégicos.

Los marineros, los vendedores ambulantes, los comerciantes del barrio y los habituales de las tabernas se empujaban unos a otros para asomarse a las pocas rendijas que dejaban los curiosos. Algunos se encaramaron a las farolas. Nadie se explicaba las razones de aquella espectacular operación.

De un lado a otro del muelle, una patrulla del cuerpo especial examinó minuciosamente todos los rincones y escondrijos de los almacenes con una paciencia singular. Al acabar, registraron los barcos anclados. Lo hicieron uno a uno, pero sin ningún resultado.

Peddeckoe se restregó las manos con un gesto de impaciencia e interpeló por octava vez al prefecto de policía de la aduana, el único que chapurreaba inglés a excepción del cónsul estadounidense. El cónsul había sido un intérprete valiosísimo que se había interesado de cerca por el desenlace de la operación hasta la hora del *lunch*. Ahora Peddeckoe se había quedado solo para dirigir a aquel montón de inútiles.

—Lo siento. Hombre de las Islas desaparecido sin rastro.

—Ha sido culpa suya. Solamente suya. ¿Usted se da cuenta de la importancia de esta misión? ¿Sabe que no solamente me respalda la universidad y la embajada estadounidense?

—Siento su fracaso, señor —balbuceó el prefecto de policía antes de desaparecer discretamente y dejar a Peddeckoe abatido y caviloso en una incómoda silla.

Evidentemente, la expedición estaba gafada. Todo habían sido desdichas. Pocas misiones científicas disponían de recursos tan sofisticados como los que había conseguido el eminente antropólogo para equipar su yate. Pero, aun así, el Hombre de las Islas se había esfumado sin dejar rastro.

Había invertido muchos esfuerzos en aquel viaje. Tras ese atrevido proyecto suyo de demostrar la existencia real de seres mitológicos, se ocultaba una larga y brillante carrera académica. Para Peddeckoe, el Hombre de las Islas era algo más que un descubrimiento sensacional. Representaba el reconocimiento de un merecido

prestigio, la admiración incondicional de sus colegas y la realización del sueño de toda una vida. Había tenido que vencer muchos escepticismos ajenos para conseguir la ayuda económica, el material, los permisos y los acuerdos con las embajadas extranjeras. En total, dos años de arduas negociaciones y mucho dinero.

Había capturado al Hombre de las Islas exactamente donde pensaba hallarlo: en un punto concreto de la costa norte. Pero había sido un triunfo tan efímero que no había podido paladearlo. Al cabo de pocas horas, el Hombre de las Islas había huido, y con él se habían esfumado su prestigio y su honor profesional. Si no conseguía recuperarlo rápidamente, la universidad le obligaría a desistir y a pasar a la segunda fase del proyecto. Ya había recibido un par de llamadas durante la última semana instándole a ultimar la primera fase. Había dedicado más tiempo y más dinero del que estaba presupuestado, y los ordenadores de la universidad carecían de sentimientos. Cuando le retirasen la confianza, tendría que renunciar a su presa allí donde estuviere. Absurdo, francamente absurdo.

Al hacer esa reflexión dolorosa, Peddeckoe no pudo reprimir un rictus de rabia. Pero inmediatamente recuperó su gesto frío y distante, se levantó y se dispuso a pasear por el muelle con ojos vigilantes. Una figura flaca y familiar se acercaba hacia él desde la parte opuesta de la dársena. Seguro que era portador de una noticia.

Wifredo avanzaba con la mayor rapidez posible, consciente de la mirada reprobatoria de Peddeckoe, pero hacía dos noches que no pegaba ojo y estaba hecho papilla. Al llegar junto al doctor, respiró profundamente antes de hablar.

—Veo que no te conservas en buena forma física, Wifredo. A tu edad no deberías tener ahogos como ése. A lo mejor fumas más de la cuenta.

—Sí, quiero decir, no. Bueno, es que fumo porque estoy nervioso. Pero estoy nervioso porque estoy cansado y estoy cansado porque no duermo. Y cuando no duermo, fumo...

—Te estás armando un lío, como de costumbre. Haz el favor de decirme lo que venías a decirme, y luego ya continuarás con tus vacilaciones.

Wifredo tragó saliva. De nuevo perdía los papeles ante Peddeckoe. ¿Qué demonios tenía aquel hombre, que siempre conseguía aturdirlo?

—Claro, sí, le traigo un mensaje; pero como me ha preguntado por la salud, pues le he contestado.

—Quieres decir que no me has contestado.

—Lo he intentado, pero no es tan sencillo. De hecho, existen infinidad de factores que influyen en mi salud y, naturalmente, una respuesta debe ser...

—¡Quieres hacer el favor de darme el encargo!

—Sí, perdón. Sus hijas en la pantalla. Lo esperan para comunicarse.

Peddeckoe alteró su fisonomía y se le ablandaron los huesos.

—¿Mis niñas? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Peddeckoe dejó a Wifredo con la palabra en la boca y salió de estampida. Cuando oía nombrar a sus niñas, perdía el mundo de vista. Desde la otra punta del muelle, le

gritó:

—¡Hazte cargo de las operaciones! —Y subió pasarela arriba en dirección a la sala de comunicaciones.

La sala de comunicaciones disponía de dos cómodas butacas con mandos incorporados, una webcam y una pantalla panorámica que ocupaba un tabique completo. En aquellos momentos, la pantalla estaba iluminada y en el centro aparecían sonrientes tres preciosas niñas de cuatro, cinco y seis años. Peddeckoe se emocionó. Hacía casi una semana que no conseguía establecer contacto con su familia.

—¿Cómo están mis pequeñas?

Las tres niñas movieron sus cabezas hacia diversos puntos, buscando la voz de su padre y hablando entre ellas. Hasta que vieron la imagen distorsionada y algo borrosa que les enviaba la webcam.

—Papaíto, hola.

—Papi, ¿te gusta mi vestido de tigretones?

—Papín, mira mi lacito.

—Os veo a las tres y sois las princesas más bonitas del mundo.

—¡Papá! No llevas puesto el casco de explorador —le recriminó su hija mayor.

—Nos prometiste que lo llevarías puesto siempre —le riñó la mediana.

Peddeckoe, azorado, se levantó y regresó al cabo de unos instantes con un vetusto casco en la cabeza. Ofrecía un aspecto ridículo.

—Ahora ya soy un explorador del Ártico.

Las pequeñas aplaudieron contentas.

—Hace mucho frío en el Ártico, ¿papi?

—Mucho, muchísimo. Hace tanto frío que se hielan las aguas y mis besos. Os envío besos helados. Muac, uno de fresa; muac, uno de limón; muac, uno de vainilla.

Las niñas simulaban coger con las manitas los ruidosos besos que Peddeckoe les enviaba a través del micrófono. El contramaestre, que jamás se perdía una sola retransmisión familiar, tuvo que alejar el auricular de la oreja.

—Papá, papá, ¿hay muchas focas en el Ártico?

—Muchísimas. Os traeré un abrigo de focas. Uno para cada una.

La pequeña, de pronto, rompió a llorar.

—Yo no quiero que mates a las foquitas.

Inmediatamente las otras dos se le sumaron. Peddeckoe asistió al drama horrorizado.

—No, tontinas. Papá no matará focas. Era, era una broma.

Las niñas se secaron sus lágrimas y prestas le hicieron su petición.

—Cántanos la canción de los papás foca contentos. Anda, porfa.

—Quiero oír el grito del papá foca —gritó la más pequeña.

Hizo un mohín tan tierno que Peddeckoe no se sintió capaz de inventar ninguna excusa a pesar de los nervios y el cansancio.

—Muy bien. Papá cantará y lanzará el grito del papá foca.

—Y queremos que nos bailes la danza de las focas.

Peddeckoe se resignó. No sabía negarles nada. Afortunadamente, se dijo, nadie lo veía ni lo escuchaba.

—Ahí va.

Y comenzó a cantar y a improvisar un curioso baile a medio camino entre una danza maorí y un bolero mal entendido.

Las niñas abrieron unos ojos como naranjas y callaron expectantes.

El contramaestre alejó los auriculares de los oídos inmediatamente. El grito de papá foca era insufrible. Lo había soportado un montón de veces y había estado a punto de la perforación de tímpano. El cocinero, aburrido, se había acercado a curiosear un poco y quedó horrorizado.

—Coiiiiq, coiiiiq —cantaba papá foca—. Tirilí, tirilí —respondían las foquitas—. Coiiiiq, qué frío, cuchi, cuchi, foquita peludita, nada conmigo pum, boum, boum, coiiiiq, coiiiiq...

Las tres niñas aplaudieron entusiasmadas y el contramaestre se volvió para hablar con el cocinero y lo encontró sentado y abanicándose con el delantal. Se estaba reponiendo del susto.

—Pues, si quieres, ya te avisaré cuando cante la canción de papá pingüino, ino, ino. El cocinero, ya visiblemente mejorado, encendió un cigarrillo.

—¿Quieres decir que aún es peor que eso?

—Infinitamente más espeluznante.

El contramaestre se puso los auriculares con prudencia.

—Daría la mano izquierda por verle bailar la danza de papá ballena —suspiró—. Pero el empleo es el empleo.

El cocinero le dio la razón y se separaron con un gruñido.

En la sala de comunicaciones, Peddeckoe se despedía de sus hijas con un nudo en la garganta, pero, al cruzar la puerta, volvió a ser el mismo de siempre.

Con paso ágil, se dirigió hacia el muelle. Allí se encontró con un Wifredo desolado.

—¡Oh, doctor Peddeckoe! ¡Menos mal que ha llegado, porque yo no me entiendo con esa gente! Dicen que no hay nadie en los barcos y que los han mirado y remirado muy bien, pero no me quieren decir qué barcos han salido esta mañana.

—Wifredo, no adoptes un tono autocompasivo. Sé práctico. No pactes jamás con subalternos. Ve directamente al poder.

Peddeckoe desapareció en el laberinto de oficinas aduaneras y salió al cabo de media hora con la relación de salidas de los dos últimos días. Había una no consignada: la de un mercante, el *Mediterráneo*, procedente del Canadá, que había zarpado al despuntar el día sin comunicar su partida.

Peddeckoe leyó detenidamente la lista y trazó una cruz al lado del nombre del mercante. Pasó el papel a Wifredo con autoridad.

—Wifredo, toma los datos de este mercante y solicita comunicación por radio. Si no contesta, estudia la situación posible a través de los guardacostas y localízalo. Quiero un resultado u otro antes de... —echó un vistazo al reloj— las ocho de la noche.

Wifredo protestó sin convicción alguna:

—Pero, pero, tenemos muy pocos datos. ¿Por qué ése precisamente? Puede ser una pista falsa y...

Peddeckoe ya había comenzado a caminar en dirección al yate. Wifredo recordó la plaza de Wilson y calló. Eso quería decir que probablemente tampoco dormiría aquella noche y vete a saber la siguiente, y la siguiente de la siguiente.

Wifredo siguió al doctor, cabizbajo y con las manos en los bolsillos. Sobre todo, no correría: estaba hecho polvo y no quería morir joven. Antes que nada, iría a comprar otro paquete de cigarrillos al cocinero; después, invitaría al contramaestre a una copa para que le explicase los chismorreos de las comunicaciones familiares y, finalmente, se pondría a la tarea. Tenía la sospecha de que aún le quedaban muchas, muchas noches, antes de que le fuera posible conciliar el sueño.

OTILIA, preocupada, había buscado a sus amigos por todas partes. Los había llamado en todas las lenguas que conocía, había registrado las bodegas y los camarotes, pero todo había sido inútil. Parecía como si se hubiesen evaporado. El timón, solo, giraba a capricho del viento y de las olas. El día se iba oscureciendo tímidamente y la noche, aunque fuera blanca, le imponía respeto. Deseaba localizar a Anarfiq antes de que el sol se meciese en el horizonte y quedasen a merced del océano helado.

Los halló escondidos debajo de unos sacos. El Hombre de las Islas, con los ojos muy abiertos agrisados por el miedo, se acurrucaba detrás del pequeño esquimal. Otilia se llevó a Anarfiq lejos de su compañero. El niño temblaba y se negaba a hablar. La telepatía del Hombre de las Islas llegaba débilmente hasta Otilia. Era como un zarpazo frío que se encaramaba por su espalda y le helaba la nuca.

Poco a poco, Anarfiq cambió de expresión y dejó de parecer una bestezuela acorralada. Ahora ya era capaz de articular las palabras.

—Nos siguen. Nos han encontrado. Están muy cerca.

Otilia intentó interpretar aquel nuevo mensaje. Era tan confuso como los anteriores, pero dedujo que las cosas habían empeorado.

—Pero, bueno, aclaremos. ¿No estaba en Nuuk el peligro? —Anarfiq asintió—. Pues ¿cómo demonios pueden habernos encontrado ahora? ¿Quién nos ha encontrado?

Anarfiq se encogió de hombros y miró al cielo en busca de una respuesta. Evidentemente, no lo sabía; tan sólo recogía sensaciones del Youq y las vivía intensamente. Otilia veía las cosas complicadas.

—Muy bien. Deduzco que tú no lo sabes. Pero tu amigo sí. En ese caso tienes que aclarar con el Youq qué demonios nos persigue. No podemos huir de algo inconcreto, abstracto, que no podemos localizar en una pantalla.

Otilia estaba francamente nerviosa. Desconocer la naturaleza de un peligro la desconcertaba. Si al menos Anarfiq se explicara un poco mejor. Pero el niño enmudeció. No conseguía descodificar las sensaciones y menos aún traducirlas en palabras. Otilia decidió ser práctica.

—¿Hacia dónde crees que tenemos que navegar para dejar atrás ese peligro?

Anarfiq señaló en una dirección sin vacilar.

Otilia se representó mentalmente los puntos cardinales, orientándose con la puesta de sol, y resolvió que Anarfiq le indicaba el norte. Se quedó de una pieza. El norte era un desierto de hielo. Era un territorio inhóspito y deshabitado.

—¿Estás seguro?

Estaba completamente seguro.

—¿Y cómo? ¿Puedes manejar el timón del barco? ¿Puedes ir hacia el norte?

Anarfiq alzó los ojos compungido y negó con la cabeza. Él, Anarfiq, se veía capaz de sobrevivir donde fuera y como fuera, pero no podía maniobrar un barco en la dirección que él deseara. Había muchos aparatos que no sabía para qué servían, lo desconcertaban las corrientes marinas y se perdía durante la noche. No, no podría. Iban a la deriva y, si no se hacía alguien cargo del timón, el peligro que amenazaba al Youq les daría alcance en poco tiempo.

Otilia reflexionó. Evidentemente, la única solución era entenderse con el capitán del barco. Vete a saber cómo.

—Muy bien. Os ayudaré pero con una condición.

Anarfiq abrió los ojos expectante, dispuesto a pactar con el mismísimo diablo.

—Quiero que tú y el Youq respondáis a todas mis preguntas y me dejéis haceros más fotografías.

Anarfiq no se extrañó en absoluto. Los extranjeros siempre preguntaban bobadas y se hacían fotografías con los nativos, los pescados de la lonja y las gaviotas carroñeras.

—Okey —respondió. Y para ratificar su palabra le ofreció la mano a la occidental.

Otilia, satisfecha de sus dotes de negociadora, estrechó la pequeña mano a sabiendas de que, en ese mismo instante, se erigía en protectora de sus informantes. No los traicionaría.

El sol, deslucido, sin la intensidad rojiza de los ocasos del sur, se consumía lentamente a sus espaldas.

D. J. se sentía sucio. En realidad estaba sucio, y no eran alucinaciones suyas, ni el pestazo de *whisky*, ni la barba de dos días, ni el cabello grasiento y la ropa sudada. Llevaba un montón de horas encerrado en su cabina, y ese hecho y la opacidad de su situación lo tenían desquiciado. Era grotesco. En un principio, habría jurado que se encontraba bajo los efectos del alcohol, pero las latas que le introdujeron en su cabina, y el abrelatas, eran muy reales. Se sentía fatal y, cosa inusual en él, estaba mareado como una sopa. Aparte de la comida caliente, que añoraba como todo mortal, él era adicto al café, a la limpieza y, sobre todo, al alcohol. En la estrechez de su camarote, que comenzaba a resultarle opresivo, se le aparecían, en forma de espejismos, deliciosas botellas de cerveza fresca, tazas de café humeante y platos llenos a reventar de raviolis y de pollo. Para colmo de males, se estaba quedando sin cigarrillos. Se hundió en un sopor inquieto: la lata de champiñones que acababa de comerse había terminado con sus jugos gástricos. Se adormecía sin poder pensar en nada. Deseaba salir de aquel agujero, saber qué pasaba fuera, quién gobernaba su barco, pero era incapaz de razonar.

Una voz le sobresaltó.

—¡Eh, tú! ¿Estás preparado para escucharnos?

Era una voz femenina. Se olvidó al instante de los champiñones y se sentó en la litera. Había recuperado la lucidez como por ensalmo.

—Ahora abriremos la puerta, pero antes levanta las manos y mantente alejado de ella.

D. J. buscó una colilla y la encendió. Con el cigarrillo entre los labios, esperó sentado y con los brazos alzados. Pronto saldría de dudas.

Finalmente, se abrió la puerta.

Si D. J. hubiera tenido las manos libres, se habría restregado los ojos dos veces antes de creer lo que veía. No, no se equivocaba. La misma joven que se había bebido una limonada en la taberna la noche anterior estaba de pie delante de él apuntándole con su propia *Browning* automática, la que guardaba bajo llave en el cajón del puente de comandancia. Tenía la cara crispada.

D. J., con gesto resuelto, escupió el cigarrillo al suelo, se levantó y avanzó hacia ella con gesto autoritario.

—Mira, guapa, dame eso, que puedes hacerte daño.

Otilia, en un movimiento rápido, se aferró al arma con las dos manos y dirigió el cañón hacia la cabeza de su prisionero.

—¡No te muevas y levanta las manos!

D. J. la obedeció. Siempre dejaba su arma cargada.

—Vuelve a sentarte con los brazos cruzados detrás de la cabeza. ¡Rápido!

Otilia tragó saliva. Le estaba saliendo mejor de lo que esperaba. El marinero la miraba sin parpadear.

—Muy bien. Ahora escúchame. No vuelvas a intentar nada, ¿me oyes? Aunque me veas a mí sola, no creas que soy la única. Sólo soy tu contacto. Fuera del camarote están mis compañeros, y si salieses de aquí sin mí, te matarían. ¿Lo has comprendido?

D. J. optó por creerlo a medias. De momento, actuaría con precaución.

—¿Qué queréis de mí?

Otilia vaciló unos instantes. Tenía que ser autoritaria.

—Ante todo, que nos obedezcas. Si nos haces caso, no tendrás ningún problema y podrás moverte bajo vigilancia. Queremos que te hagas cargo de este trasto.

—O sea que, si no te he entendido mal, queréis que tome las riendas del mercante. Supongo que no tenéis a nadie que entienda de navegación.

Otilia asintió. Parecía un tipo inteligente. Tendría que ir con pies de plomo.

—Exactamente. No entendemos de navegación, pero no somos idiotas. Si nos das tu palabra de honor de no atentar contra nosotros, te respetaremos.

D. J. tartamudeó.

—¿Mi..., mi..., qué?

—Tu palabra de honor de obedecernos. Así no hará falta que te vigilemos a todas horas. Podremos confiar en ti.

D. J. echó un vistazo a su alrededor. Aunque la chica dijese que había alguien más, comenzaba a hacerse una idea de la situación. Sonrió interiormente. Las palabras de honor eran deliciosas reliquias de Víctor Hugo y Walter Scott, pero no existían en el lenguaje de la marinería del Atlántico Norte.

—Así que se trata de un secuestro. ¿Debo considerarme secuestrado, junto con mi embarcación?

Otilia le corrigió. Lo de secuestro le sonó muy gordo.

—Bueno, de hecho no es propiamente un secuestro. Nosotros no tenemos nada contra ti ni contra tu barco. Sólo lo hemos confiscado. Cuando consigamos lo que nos proponemos, te dejaremos libre, con tu mercante, claro.

D. J. se relajó y bajó los brazos, que tenía cruzados detrás de la cabeza. Inmediatamente, Otilia lo encañonó con las dos manos, entreabriendo las piernas.

—Quieto hasta que yo te diga. Aún no me has dado tu palabra.

D. J. se tuvo que morder la lengua para no carcajearse. Menuda payasada. La palabra de honor. Tenía gracia la nena, pero su Browning no era de juguete y aquella chica había visto muchas películas policíacas, así pues, decidió seguir adelante con la comedia.

—OK. Tienes mi palabra de honor de que no te haré ningún daño y de que respetaré tus órdenes. ¿Te parece bien así? ¿Puedo quitar las manos de la cabeza? Creo que se me ha dormido un brazo.

Otilia hubiera preferido un juramento más elocuente, pero lo dio por bueno. Con

la pistola, le indicó al prisionero que pasase delante. D. J. fingió avanzar con precaución y salió fuera, en dirección al puente de comandancia, tal y como le indicaba la chica. Ambos se mantuvieron en silencio durante el corto tiempo que duró el trayecto. Una vez ante el timón, Otilia tosió.

—Bien, tú sabrás cómo hay que llevar este trasto.

D. J. se transformó. Comenzó inmediatamente las comprobaciones. Luego volvió la cabeza hacia Otilia.

—¿Conocéis las coordenadas?

Otilia se encogió de hombros.

—Me lo imaginaba. ¿Crees que llevar un barco es como conducir una motocicleta? ¡Hay que saber el rumbo, la posición, la ruta; revisar las máquinas; controlar la temperatura! Secuestrar un barco no es ningún juego. Has tenido mucha suerte. No quiero ni pensar qué podría haber pasado si nos hubiera sorprendido una tormenta o nos hubiésemos cruzado con un transatlántico.

D. J. actuaba con la velocidad del rayo. Conectó los ordenadores, se cercioró del funcionamiento de los aparatos, revisó los datos acumulados. Un verdadero desastre. Necesitaría la noche entera para averiguar si había averías en el motor o en el timón.

Otilia se estremeció. Tal vez habían actuado con demasiada frivolidad. Pero no les había ocurrido nada.

D. J., a pesar de su condición de secuestrado, volvía a ser el capitán de su barco. Se dirigió a Otilia porque deseaba despejar una duda:

—Necesito saber el rumbo exacto que debo seguir y el número de personas con que puedo contar para tripular el mercante.

Otilia vaciló.

—¿La tripulación?

—Sí, claro. Sin tripulación es casi imposible navegar. Necesito saber de cuántas manos dispongo y hacia dónde nos dirigimos.

—¿Quieres, quieres decir que no puedes arreglártelas tú solo?

D. J. se confirmó en lo que ya sospechaba. No había nadie más. La muchacha era su única secuestradora. Fingió una gran contrariedad.

—¿Una persona sola? ¿Puede un hombre sólo llevar este mastodonte? ¿Has visto alguna vez una sala de máquinas? Habitualmente navego con cinco hombres fornidos. La sala de máquinas requiere una persona permanentemente.

Otilia estaba confusa. No contaba con aquel inconveniente.

—¿Y no podría servir yo? ¿Qué hay que hacer exactamente?

D. J. ya tenía bastante.

—O sea, que tus compañeros no sirven como tripulación. Pues no sé si conseguiremos arreglárnoslas con tan poca gente. Tal vez si la ruta no se complica y con la ayuda del piloto automático.

Otilia creyó necesario justificar la ausencia de los demás.

—Bueno, mis compañeros no se dan a conocer porque no quieren

comprometerse. Son demasiado importantes. Yo puedo hacer de intermediaria.

D. J. negó con la cabeza.

—Me basta con que tú estés unas horas en la sala de máquinas. Ya te explicaré lo que tienes que hacer. Ahora, por favor, dime a qué puerto nos dirigimos.

Otilia perdió el aplomo definitivamente.

—Bueno, aún no lo sabemos. Tenemos que decidirlo.

D. J. exclamó:

—¡Esto es cosa de locos! ¡Ni siquiera sabéis dónde vais!

Otilia palideció. D. J. acababa de resumir la situación de una forma tan clara y diáfana que la había desconcertado. Enseguida recuperó su aplomo.

—He dicho que no teníamos decidido el puerto, pero sí sabemos el rumbo. Dirígete hacia el norte.

D. J. no entendía nada. ¿Por qué una muchacha sola y bonita secuestraba o «confiscaba» un barco y deseaba ir hacia el norte? ¿Qué demonios buscaba en el norte? ¿Quién la esperaba en el norte? Estaba seguro de que no hacía aquello por amor a las focas y a los esquimales.

Intentó otra táctica, la táctica de la confianza serena. No fallaba.

—De acuerdo, me dirigiré al norte. Puedes verificarlo con la brújula tú misma para asegurarte. Pero, contéstame una pregunta, por favor: ¿qué pretendes hacer con mi barco?

Otilia, con la pistola en mano, percibió el cambio de actitud de D. J. y se sintió ridícula.

—Tenemos que desembarcar a alguien muy importante. Te aseguro que, que, que es por una causa justa. No somos terroristas, ni delincuentes —se preguntó qué eran en realidad y, de repente, le llegó la inspiración—: Somos ecologistas, pero, aunque no nos guste, tenemos que utilizar armas de fuego. —Tomó aire—. Mira, me sabe muy mal estorbarte y amenazarte, pero, hasta que no estemos fuera de peligro, no tendré más remedio que tomar precauciones. Te encerraré aquí en el puente. Cuando quieras salir, golpea tres veces y vendré a abrirte. De momento, dirígete al norte sin alejarte demasiado de la costa.

Mientras hablaba, contemplaba a D. J. Hasta entonces no había tenido ocasión de fijarse en él. Era un hombre joven, alto, de aspecto mediterráneo, con el cabello oscuro y el rostro curtido por el sol. Era atractivo, francamente atractivo, sobre todo por sus ojos verdes, que adquirirían un brillo especial al mirarla. Otilia bajó la cabeza. No entraba en sus cálculos tener un prisionero tan guapo.

—De acuerdo, pero si tú vas a ser mi único contacto con el exterior, quizá deberíamos hacer un esfuerzo por intentar ser amigos, ¿no crees? Ni siquiera nos hemos presentado.

Otilia se sobresaltó al oír su voz. Habría dicho que tenía un tono meloso y seductor que no había percibido antes.

Minutos después, con las llaves en una mano y el revólver en la otra, bajaba

pensativa las escaleras. ¿D. J.? ¿D. J.? Quizá era un diminutivo. Hummm... ¿O tal vez la *J* significaba *junior*? A lo mejor quería ocultar su verdadero nombre, o le había tomado el pelo.

EL yate de bandera estadounidense que llegó a Nuuk a primera hora de la mañana zarpó del puerto antes de las ocho de la noche.

Wifredo, tras establecer contacto con casi toda la marina mercante canadiense y groenlandesa, había averiguado la posición aproximada del *Mediterráneo* gracias a las informaciones de una barca de pescadores. Finalmente, y como premio a una larga noche cuajada de dificultades, dada la búsqueda en un área poco transitada, acababa de localizar el barco en el que presumiblemente se hallaba escondido el Hombre de las Islas. Y no se equivocó. El radar para detectar su presencia comenzó de nuevo a activarse y ofrecer la señal. Se encontraba a pocas millas de distancia del yate y navegaba a poca velocidad.

Wifredo, emocionado por el éxito de la empresa, se dispuso a dar la noticia a Peddeckoe. Miró su reloj. Eran las nueve de la mañana, una hora prudente para ser recibido por el doctor. Sin embargo, procuró ensayar lo que tenía que decir, para no cometer ningún error. Su futuro profesional podía depender de un verbo mal utilizado o de una preposición fuera de lugar.

—Ejem, doctor Peddeckoe.

El doctor estaba escribiendo con ayuda de su ordenador personal, y su gesto era de sufrimiento. Al oír la voz de Wifredo, hizo una mueca de disgusto y le indicó con la mano que esperase.

Wifredo se mordió la lengua. Era delicado encontrar el momento adecuado para no molestarlo. Peddeckoe levantó los ojos de la pantalla.

—Wifredo, tienes el don de la inoportunidad.

Wifredo acabó de confirmar sus sospechas. No era bien recibido a ninguna hora.

—Es que, doctor Peddeckoe, siento molestarle, pero en este momento acabamos de localizar el barco que estábamos buscando y que, según nuestro radar, transporta al Hombre de las Islas en su interior.

Peddeckoe sonrió satisfecho. Inmediatamente, desconectó el ordenador y se frotó las manos.

—Hombre, ya era hora de que me trajeras buenas noticias. ¿Y qué más?

—Pues me he puesto en contacto con su capitán y..., no ha sido muy explícito.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ha contestado a mi demanda de identificación con un nombre muy extraño; para ser exactos, D. J., eso, D. J., y..., me ha dicho que ya se pondrá él mismo en contacto con nosotros, que esperemos.

—¿Y?

—Yo... Verá, pues quería conocer su opinión.

—¿Mi opinión? ¿Qué opinión? Wifredo, eres un buen chico y pones voluntad,

pero careces de iniciativa. Naturalmente, si el capitán ha dicho que se pondrá en contacto con nosotros, no es preciso forzar las cosas. Pero no lo pierdas de vista. Recuerda que disponemos de muy poco tiempo para lograr nuestro primer objetivo. Si no nos apresuramos, la universidad nos obligará a retirarnos con las manos vacías. Sería tristísimo, ¿no crees?

Wifredo asintió.

—Sería muy injusto que la universidad le retirase la confianza después de todos los esfuerzos que ha invertido en este proyecto, doctor Peddeckoe.

Peddeckoe se hinchó como un pavo real.

—¡Ay, Wifredo! El mundo está lleno de desagradecidos. Y ya sabes que cuando se trata de dinero, no hay honor que valga. El miserable usurero de Johnson nos tiene cogidos. Él cree que ya hemos tenido tiempo de sobra y que esto del Ártico le sale demasiado caro.

Wifredo fingió una gran indignación.

—¿Cómo se puede ser tan mezquino? ¿Quién es Johnson para ponerle trabas a usted? ¿Desde cuándo un proyecto se valora por su coste monetario y no por su importancia y su trascendencia?

Peddeckoe bebió un sorbo de delicioso café expreso con parsimonia y lo paladeó antes de continuar hablando.

—Wifredo, celebros de verdad que lo entiendas, y por ello te reitero mi confianza. Todas las decisiones que tomes son cruciales para mi carrera académica; por tanto, te suplicaría que en este asunto, del que te hago responsable, fueses cauto y rápido. Es tan importante para mí.

Wifredo se sintió obligado a darle unas palmaditas de aliento en la espalda.

—No se deje abatir. Ya verá cómo lo encontramos antes de que el tacaño de Johnson nos retire la asignación.

—Gracias, Wifredo. Créeme que te agradezco tu gesto; ya que te veo tan sensible, te pido que tomes asiento unos instantes. Deseaba hacerte un pequeño comentario de índole personal.

Wifredo se sentó temblando. Había caído en la trampa de la conmiseración. Se esperaba lo peor de un momento a otro.

—Por lo que respecta a ti, Wifredo, lo que cuenta realmente en la vida es conocer las propias limitaciones. Me sabe mal verte a veces tan impetuoso e irresponsable... Por ejemplo, esa idea tuya, un poco fuera de lugar, de escribir un artículo sobre la histeria polar... —apuró la taza de café con deleite— es excesiva. Ya hablamos en otra ocasión y supongo que has reflexionado y te has percatado de que no tienes la preparación necesaria para emprender una tarea de esa magnitud.

Wifredo, resignado, movió la cabeza afirmativamente. Se sentía tan cansado que no quería que la conversación se alargase ni un minuto más. Pensaba asentir y callar. Había comprobado que era el recurso más efectivo.

—He estado pensando y se me ha ocurrido que, como ejercicio, fíjate bien, como

ejercicio, me hagas un esquema de este hipotético artículo y me busques la bibliografía adecuada. Una vez hecho, me lo traes y, si considero que es correcto, quizá deje que hagas un boceto de redacción. En resumen, tenme el esquema hecho para mañana a las dos como muy tarde.

Wifredo sintió que las piernas le flaqueaban.

—Pero doctor, hace cuatro noches que no duermo; me mantengo a base de café. ¿No podría descansar unas horas?

Peddeckoe era inmovible.

—Wifredo, una cosa es ser joven y otra ser un bebé. Los bebés duermen a todas horas, tienen necesidad de dormir. Los jóvenes dominan su cuerpo. —Lo miró de arriba abajo—. Nadie diría que estás en la flor de la vida, con ese color de piel tan amarillento y esas ganas desesperadas de dormir. Pero, qué le vamos a hacer, no todos los jóvenes poseen la misma vitalidad. Si tú has nacido sin ella, no forzaremos las cosas. ¡Anda! Ve y duerme un par de horas. Después te pones a la tarea. —Peddeckoe se acomodó en su asiento—. Ya ves que te tengo la suficiente deferencia como para darte una confianza que no sé si te mereces, ni si otros te darían. Vete de una vez y procura mejorar tu aspecto; vas sin duchar ni afeitarte.

Wifredo se disculpó antes de salir:

—Lo siento, doctor; no recordaba que mi aspecto...

Pero Peddeckoe ya no le escuchaba. Estaba escribiendo a la *American Anthropologist* para comunicarles que el jueves, o a lo sumo el viernes, tendrían el artículo que les había prometido sobre la histeria polar, que en aquellos precisos instantes le estaba dando los últimos retoques.

OTILIA dormía abrazada a su almohada y suspiraba en sueños. De pronto, abrió los ojos y lanzó un grito. D. J. la miraba sentado en su cama junto a ella. Otilia observó de reojo que el revólver permanecía intacto sobre la silla. ¡Qué extraño! Ni siquiera lo había tocado.

—Dormías como un angelito y, puesto que no me oías, me he decidido a salir solo.

Otilia pensó que era una estúpida. Seguro que tenía otro juego de llaves escondido.

—Aunque he salido, no he faltado a mi palabra. En realidad, he venido para que me acompañes a la sala de máquinas, como quedamos.

La voz de D. J. tenía un deje de ironía y resultaba seductora. Otilia no sabía dónde mirar ni qué hacer. Se suponía que era ella la secuestradora. ¿Cuándo se ha visto que un prisionero despertara amablemente a su carcelero? La cabeza le daba vueltas. D. J. estaba aún más guapo que la noche anterior: se había afeitado, duchado y cambiado de ropa.

Otilia se alisó los cabellos con las manos y buscó los zapatos debajo de la cama.

—¿Quieres, quieres que te acompañe a la sala de máquinas?

—Fue la condición, ¿recuerdas?

¡Qué absurdo! Ella tenía que acompañar al capitán a la sala de máquinas de su propio barco.

D. J., sin embargo, tomó la iniciativa.

—Pero, si te parece, la revisión puede esperar. Antes podríamos desayunar juntos. Así te indicaría en un mapa nuestra situación.

Otilia hizo un gesto ambiguo, falto de convicción. No sabía si era oportuno compartir la mesa con su prisionero, pero la verdad es que le apetecía un montón. Cogió el revólver y se lo guardó en el bolsillo del anorak, aunque en aquellas circunstancias, resultaba del todo impropio.

Al llegar al comedor, encontró la mesa dispuesta para el desayuno, con té y tostadas. Quiso aplaudir, pero se limitó a esbozar una sonrisa. Se sirvió unas tostadas y comenzó a untarlas con mantequilla. Estaba hambrienta.

—Estamos exactamente aquí.

D. J., con un compás, señalaba un punto en el mapa. Otilia no pudo decir nada; tenía la boca llena y se limitó a abrir los ojos. Se habían alejado una barbaridad de Nuuk. Habían ido a parar al oeste, mar adentro, tal vez conducidos por alguna corriente marina. Al levantar la vista del papel, cruzó una mirada con D. J. y bajó los ojos azorada al instante. Aquel marinero no miraba, quemaba.

—De hecho, como puedes ver, no nos dirigimos exactamente al norte porque la

ruta de navegación no es ésta. Aquí —señaló una zona— hay temporales peligrosos. Siguiendo este rumbo a toda máquina, llegaremos a la isla de Disko en un par de días o tres. Tendremos que hacer escala para aprovisionarnos de carburante. Yo no me arriesgaría a navegar más allá sin cargar combustible. Claro que la decisión es vuestra.

Otilia recuperó parte de su compostura.

—Lo consultaré y ya te lo comunicaré.

Otilia hacía cálculos: si tenían que ir a parar a Disko, quizá lo más sensato fuera desembarcar y despedirse de Anarfiq y el Youq. Claro que eso significaba hacer su entrevista antes, tomar sus fotografías y no ver nunca más a D. J. Lo pensaría.

—¿En qué puerto dices que habría que hacer escala?

—En Garnie Qutdligssat, la única ciudad habitable de la isla. Allí se puede encontrar todo lo imprescindible para viajar por estas latitudes. Ropa, por ejemplo. — Y repasó la indumentaria de Otilia, totalmente inadecuada para aquel clima.

Otilia entendió la indirecta y se defendió:

—Es ropa cómoda.

D. J. removió su té.

—Tengo algunos jerséis que no uso en el armario izquierdo de mi camarote. Si quieres probarte alguno, te abrigarán por las noches. Hasta ahora hemos tenido buen tiempo, pero, si cambian los vientos, temblarás como una hoja con ese anorak tan ligero.

Otilia se preguntó de dónde salía D. J. La desconcertaba. No se parecía en absoluto a aquellos fatuos presumidos que la invitaban a pasear en moto. D. J. era un tipo curtido, pero con estilo. Hablaba un inglés impecable, tenía un estilo cosmopolita y cogía los cubiertos correctamente, con elegancia. No era ningún patán, pero tampoco era ningún petimetre.

—Gracias. Si hace frío, lo tendré en cuenta. Por cierto, en la ciudad ésa de Garnie Qutdlig..., ¿hay línea telefónica con otros continentes? Quiero decir, con Europa.

Otilia había perdido completamente la conexión de su teléfono móvil.

D. J. dio un último sorbo a su té antes de contestar.

—Naturalmente. Pero, si necesitas hacer una llamada, puedes utilizar la telefonía del barco. Funciona por satélite.

Otilia se sintió absolutamente estúpida. Si D. J. tenía teléfono, se podría haber puesto en contacto con la policía. Y si las comunicaciones en un barco no eran tan opacas, bien podrían haberlos localizado ya.

D. J. le leyó el pensamiento.

—No te preocupes. No he llamado a nadie. No tengo muy buena relación con la justicia.

Otilia rió nerviosamente. Era una completa estúpida.

—Estaba pensando que seguro que resultamos fáciles de localizar.

—¿Para los que nos siguen?

Otilia calló. Quizás hablaba demasiado, pero los ojos de D. J. eran tan acogedores, tan limpios. Se moría de ganas de explicarle todo el estúpido embrollo. Su reportaje, su viaje truncado, su encuentro con el Youq y Anarfiq y el peligro inconcreto que les perseguía. De ese modo se quitaría un peso de encima.

—La verdad es que... —Las palabras le quemaban en la lengua, pero, en aquel momento, D. J. le acarició el cabello con un ademán calculado.

—Eres una chica preciosa.

Otilia notó cómo se le erizaban todos los pelillos de la nuca y la sacudió un estremecimiento. No supo dónde mirar, convencida de que había enrojecido como una colegiala. La había pillado de sorpresa. Pero, en lugar de sentirse halagada, se sintió incómoda. Nunca le habían dicho desde tan cerca y con una voz tan cálida que era bonita. Se levantó confusa y retrocedió con pasos vacilantes. Todo su aplomo se había volatilizado.

—Vamos a la sala de máquinas.

Salieron juntos y en silencio. Otilia, preocupada por su aspecto desaliñado sólo tuvo ojos para eludir la cercanía de D. J. Tenerlo a su lado era un suplicio. Una mano rozando la suya, cualquier ademán casual que supusiera un contacto, hasta su misma voz cerca de su oído la desarmaba. Estuvo pendiente de su calor, de su respiración, de su olor. Vivió en un mareo permanente durante toda la mañana trabajando codo con codo junto a él. Le ayudó a engrasar los motores, a comprobar la presión y la temperatura de las máquinas, e informó a Anarfiq, escondido junto al Hombre de las Islas en la bodega, de la situación del barco. Luego, preparó comida fría para todos. Por la noche, cansada y agitada, y por fin liberada de esa extraña sensación de indefensión que la acosaba, se zafó de las atenciones de D. J. y se retiró a su camarote dispuesta a comenzar su reportaje. Resuelta a cumplir con su sueño de periodista, tomó un papel y un viejo bolígrafo y comenzó a escribir:

La noche del solsticio de verano, en Nuuk, es una noche blanca.

No estaba mal para empezar. Le gustaban los inicios poéticos. Aunque quizás, debería imprimir desde buen principio un estilo más científico. Tachó la frase, chuperreteó el bolígrafo y volvió a comenzar.

De todos es sabido que los seres mitológicos pueblan el imaginario de los pueblos del norte.

Se detuvo indecisa y se dijo que el imaginario no es exclusivo de los pueblos del norte. También de los del sur, y de los del este y del oeste. Así pues tachó «del norte» y lo sustituyó, por «del planeta». Se dispuso a continuar.

Lo que nos sorprendería es descubrir que, tal vez, esos seres imaginarios existan y que podamos encontrarnos con uno de ellos en un lugar tan improbable como un barco anclado en la bahía de Nuuk.

Le pareció una frase genial. Estaba realmente inspirada. Pero se dio cuenta de que repetía Nuuk en pocas líneas y lo sustituyó por «la capital de Groenlandia».

Leyó todo el texto de nuevo y ya no le gustó tanto. Repetía «seres» dos veces y lo del circunloquio de «la capital de Groenlandia» era excesivo, pero lo peor era que no sabía cómo demonios continuar. ¿Explicaba su experiencia en primera persona o bien se decantaba por un tono más impersonal? Pero no se decidía ni por una cosa ni por otra porque no estaba en absoluto concentrada en su tarea. Tuvo que reconocer, a su pesar, que lo que le apetecería de verdad era volver a estar cerca de D. J. para oír su voz y perderse en sus ojos, tentadores como un helado de chocolate.

Una llamada a su puerta resolvió su dilema.

—Me preguntaba si querrías venir conmigo a la cubierta. No me gusta beber solo.

Otilia sintió que le flaqueaban las piernas y la abandonaba la voluntad. Ni siquiera le hizo falta responder. Parpadeó levemente y D. J., su supuesto prisionero, interpretándolo como un sí, la tomó de la mano y la ayudó a levantarse.

Luego, todo sucedió rápido, demasiado rápido para su gusto. En realidad más que rápido fue vertiginoso. Otilia se encontró con un vaso en la mano y bebió una bebida dulce y embriagadora que le enturbió los sentidos.

El aire estaba impregnado de salitre; Otilia temblaba y D. J. la abrazó. Otilia cerró los ojos sintiendo su aliento en la nuca, sus brazos sobre sus hombros y pensó que estaba en un sueño. Y entonces D. J. la besó. Sus labios eran dulces, húmedos. Y, cuando se apartó de ella le preguntó por su nombre, su familia y otras cosas que Otilia apenas entendía. Contestaba a sus preguntas con murmullos. Tenía la cabeza como el plomo. Quería permanecer despierta, pero los párpados le pesaban cada vez más y la invadía una suave somnolencia hasta que se percató de que se estaba durmiendo irremediabilmente en los brazos de D. J.

Por la mañana, cuando abrió los ojos, el sol estaba alto. Tenía la cabeza dolorida y los párpados hinchados. ¡Qué extraño! ¡Estaba en su cama, en su camarote! Se levantó con desconfianza al darse cuenta de que los motores estaban parados. Llamó a D. J., pero no le contestó nadie. Bajó a cubierta y, al alzar la vista, se quedó patidifusa.

Frente al mercante, un yate blanco, imponente, se alzaba junto a la popa. Orgullosa, una bandera yanqui ondeaba sobre el mástil. Otilia sufrió un vahído a causa de la visión y se recostó contra la pared. Se pellizcó la mejilla. ¿De dónde demonios había salido aquel magnífico barco hollywoodiano?

D. J. se miró al espejo por última vez antes de abandonar el barco. Deseaba impresionar a los padres de Otilia.

Desde el primer momento había sabido que aquella terrorista de tres al cuarto no era otra cosa que una muchachita escapada de casa. Suspiró mientras se mojaba con agua algunos cabellos rebeldes. Se dio cuenta de que el yate los seguía, tan pronto como conectó el radar. No circulaban por ninguna ruta comercial ni pesquera. Por tanto, no costaba demasiado deducir que los que les pisaban los talones eran los familiares de la chica. Seducirla para que le confesase su nombre y su huida de Nuuk había sido coser y cantar. Lástima que el somnífero actuase con tanta rapidez.

Se felicitó al dirigirse al bote de goma: había acertado. El yate de los parientes de Otilia era estadounidense. Unos estadounidenses que enviaban a su hija a estudiar a colegios ingleses.

D. J. había parado los motores del mercante poco después de que Otilia cayera como un tronco bajo los efectos del somnífero que le había administrado. Una vez que la depositó en su cama, se sentó en cubierta y esperó pacientemente, durante las horas más frías de la madrugada, a que lo alcanzase su perseguidor. Hacia las cinco de la mañana, un yate de grandes dimensiones paró máquinas a pocos metros de su popa; desde entonces permanecía a su espalda, destacándose entre la claridad mortecina de la niebla.

D. J. se alejó del espejo, apagó el cigarrillo que estaba fumando y lanzó el bote de goma al agua. Quería adelantarse a sus visitantes.

Desde lo alto del yate, un joven delgaducho lo esperaba, ansioso. Se apresuró a facilitarle la llegada ofreciéndole una mano mientras D. J. se encaramaba por la escalera de gato.

D. J. observó a Wifredo y quedó intrigado. La primera ojeada de reconocimiento le confirmó que no tenía edad para ser el padre de Otilia. Hizo cábalas. Quizá un hermano, o tal vez su prometido. Hasta podía ser el capellán de la familia. Siempre había envidiado la excentricidad de los millonarios.

El joven lo acogió nerviosamente.

—Encantado de conocerlo. El doctor Peddeckoe lo atenderá inmediatamente.

¿Peddeckoe? D. J. frunció el ceño intentado recordar a qué le sonaba el nombre de Peddeckoe, pero no halló respuesta. El muchacho le estrechó la mano, formulando incoherencias con un horrible acento yanqui, y lo invitó a seguirlo. D. J. hizo cálculos aproximados del dinero que podría conseguir de todo aquel asunto. Un buen pellizco, sin duda, que compensaría con creces las pérdidas que le había causado el incidente.

Wifredo lo acompañó hasta una sala amueblada con sobriedad: dos sofás, una mesa de caoba y una alfombra de pieles que vestía cálidamente el reducido espacio.

Le rogó que se sentara y salió, no sin antes tropezar con la puerta. D. J. se quedó solo. El chico le había prometido que volvería enseguida con ese doctor Peddeckoe cuyo nombre le resultaba familiar. Intentó ponerse cómodo, pero no tuvo tiempo porque un individuo de mediana edad, impecablemente vestido, lo interrumpió al cabo de unos segundos.

D. J. lo miró fijamente. A pesar de que el nombre le sonara, no le resultaron familiares ni su cara, ni sus ademanes, ni su forma de moverse. Sólo le faltaba oír su voz; en cuanto hablara, lo reconocería.

Peddeckoe hablaba más pausadamente y con más propiedad que Wifredo. Masticaba las palabras. Pero D. J. no lo reconoció. Era extraño. Nunca olvidaba una cara ni una voz, y sin embargo, cada vez se ratificaba más en la idea de que conocía el nombre de Peddeckoe.

Wifredo estaba inquieto: se movía continuamente y no apartaba la mirada del visitante, hasta que el doctor Peddeckoe, tranquilo, le indicó que desapareciera.

—Wifredo, tráenos un par de tazas de café y vete a descansar, que lo necesitas.

Wifredo casi se ofendió. ¡Él, que había dirigido toda la operación, era despachado como una criada! Se quedó, dolido, detrás de la puerta. Últimamente tenía que enterarse de las cosas a través de las paredes o gracias al contramaestre.

D. J. supo aguantar la mirada de Peddeckoe sin parpadear. En silencio, mientras esperaban el café y simulaban toser con normalidad, medían las fuerzas del contrario. D. J. estaba dispuesto a hacerle pagar caro el secuestro. Si no lo veía predispuesto a negociar, le amenazaría con la prensa sensacionalista: jovencita esnob, hija de insigne catedrático, se escapa de casa y secuestra un barco y a su capitán. Tendría que apretar bien las tuercas. No era, en absoluto, un adversario fácil.

Una vez servido el café, Peddeckoe tomó su tacita de porcelana con delicadeza y comenzó el diálogo:

—Bueno, no hemos tenido el placer de conocernos antes; por tanto, me presentaré: doctor Peddeckoe, para servirle.

Salvando la distancia de los sofás, se estrecharon las manos levemente, en un gesto más educado que afable.

D. J. se mordía la lengua de impaciencia. La prudencia le aconsejaba dejar que llevara el otro la voz cantante.

—Muy bien, señor D. J. Los dos sabemos que usted esconde en su barco a un huésped por el que siento, digamos, mucho interés. Supongo que ésta es la causa de su visita.

—Naturalmente.

D. J. no tenía ninguna intención de ocultar sus miras interesadas.

Peddeckoe depositó su tacita sobre la mesa de espejo japonés y miró a su invitado con dureza.

—Señor D. J., ya debe de saber que, en caso de advertir la presencia de un polizón o un pasajero ilegal en cualquier embarcación, está obligado a comunicarlo

inmediatamente a las autoridades. Y usted, en lugar de actuar consecuentemente, ha interrumpido todas las conexiones y ha navegado durante dos días de forma clandestina por rutas poco transitadas y peligrosas. Considero su comportamiento muy irresponsable.

D. J., impasible, aumentó mentalmente la cifra que pensaba pedir al vulgar millonario.

—Doctor Peddeckoe, usted desconoce un pequeño detalle. Durante un día y una noche he estado preso en mi propio mercante. Su huésped, como usted lo ha llamado, no era tal huésped, sino un secuestrador que me ha reducido con un arma y ha estado a punto de provocar un naufragio por culpa de su inconsciencia. Doctor Peddeckoe, los perjuicios monetarios que me ha causado este incidente han sido considerables. Fui conducido fuera de puerto contra mi voluntad, y ello me impidió formalizar un par de contratos que aseguraban mis ingresos de medio año. Como puede comprender, no estoy dispuesto a soportar más vejaciones. Si he subido hasta aquí ha sido para evitar la intervención, siempre molesta, de la policía.

Peddeckoe no quería líos de aquel tipo y se dio cuenta de que no había sabido tratar adecuadamente a su interlocutor. Quiso suavizar las cosas.

—Le pido disculpas, señor D. J. Ignoraba completamente los hechos. Comprenda que en las circunstancias actuales estoy alterado. —Peddeckoe dudaba—. ¿Y dice que lo secuestró? No me imaginaba que fuese capaz de hacer una cosa así. Perdome, pero me siento desconcertado. Comprenda que conozco sus reacciones perfectamente, y en ningún caso contemplaba la posibilidad de que se rebelara contra un adulto; bueno, ni siquiera contra un niño. Humm, semejante actitud me resulta incomprensible. Realmente extraña. Señor D. J., como científico, no dejo jamás de sorprenderme.

A D. J. le pareció teatral la sorpresa de Peddeckoe. Esperaba encontrar a un padre preocupado y lloroso, y no a un pseudocientífico fatuo.

—Pues, siendo padre, me extraña que no sepa que a estas edades, cuando se les priva de libertad, pueden actuar a la desesperada y cometer verdaderas barbaridades.

—¿Su edad, dice? ¿Ha conseguido averiguarla? ¿Ha logrado que hable con usted? D. J. empezaba a comprender las razones de la huida de Otilia.

—Mire, doctor Peddeckoe, ignoro sus problemas de comunicación, pero no me ha sido nada difícil charlar un rato. Quizá si lo hiciera usted más a menudo, se ahorraría situaciones como la de ahora.

Peddeckoe se sirvió más café.

—¿Hablar más a menudo, dice? Tenga presente que en estos ocho meses de viaje sólo nos hemos visto una vez. Desgraciadamente, el encuentro fue efímero, porque huyó enseguida. Posee una gran habilidad para huir.

D. J. deseaba ir al grano.

—Bueno, doctor Peddeckoe. Yo no dispongo de todo el tiempo que desearía, y quisiera concretar algunos puntos. Si no quiere que este desagradable incidente

trascienda las paredes de esta sala, me conformo con una indemnización de diez mil dólares. Si, por el contrario, quiere llevarlo ante los tribunales, me veré obligado a implicarlo y a exigir una cifra superior o hasta una pena de prisión. En este último caso, pondré el asunto en manos de mi abogado.

Peddeckoe se puso tenso. Aquel marinero barnizado de tecnicismos legales pretendía entorpecer su misión y complicarle la vida. Intentó algunas justificaciones vagas, que sabía de antemano que no surtirían efecto. Lo hacía para ganar tiempo.

—Señor D. J., sea comprensivo. No controla sus actos. Es un ser completamente irresponsable.

—En eso estoy de acuerdo, pero usted no lo es y por tanto responderá ante la justicia de los daños que me haya causado.

Peddeckoe se hallaba en un atolladero. Era el responsable de la operación y disponía de aquella suma. Pero, antes de entregársela a aquel desaprensivo que quería aprovecharse de la situación, lo más prudente sería consultarlo con algún asesor legal. Desconocía la naturaleza jurídica del Hombre de las Islas.

—De acuerdo, señor D. J. Pero tendría que hacer algunas llamadas antes de darle una respuesta. Mientras tanto considérese en su casa.

D. J. se levantó.

—Si no le importa, prefiero esperar la respuesta en mi barco. Debo resolver algunas cuestiones urgentes.

Se separaron secamente en cubierta, y Wifredo ayudó a D. J. a descolgarse por la escalera y volver al bote de goma. D. J. tenía un presentimiento. El efecto del somnífero no se prolongaba más allá de ocho horas.

EFFECTIVAMENTE. Tal y como había imaginado, Otilia no estaba en su camarote. Pero esta vez no había podido poner el barco en marcha. Ya se había encargado él de impedirselo antes de partir.

La llamó, pero no obtuvo respuesta. Registró el puente y bajó a los pañoles. Allí le pareció oír unas voces.

—¿Otilia? ¿Otilia?

Un relámpago furtivo se le cruzó en el camino como una exhalación, chocó con él y lo derribó. Todavía bajo el impacto de la sorpresa, vio a Otilia llegar corriendo desde el otro extremo del pasillo. Estuvo a punto de atropellado.

—¡Rápido, ayúdame!

Otilia, sudorosa, le tiraba del brazo.

—¡Tenemos que impedir que se vaya! ¡Yo sola no puedo! ¡Ven, rápido!

D. J., sin entender nada, se dejó conducir hasta el pañol de los congeladores. Entonces, horrorizado, se frotó los ojos al tiempo que daba un paso atrás.

—¿Qué, qué, qué es eso?

El Hombre de las Islas, deshilachado como una I, se arrimaba a las paredes y se deshacía en mil lamentos. Anarfiq, sin acercársele demasiado, intentaba meterlo en un frigorífico. Otilia dio una orden a D. J.

—Rápido, ciérrale el paso por tu lado; entre los tres conseguiremos hacerle entrar.

Pero D. J. no podía mover ni un músculo. Estaba hipnotizado, con los ojos clavados en el Hombre de las Islas. Otilia lo zarandeó.

—¡No te quedes ahí como un bobo! ¡Ya te lo explicaré todo, anda!

Con expresión de idiota, D. J. avanzó como un autómatas hacia donde Otilia le indicaba. El Hombre de las Islas retrocedió hasta meterse en la cámara; inmediatamente, Anarfiq cerró la puerta y Otilia lanzó un suspiro de alivio.

—¡Lo hemos conseguido!

D. J., cubierto por un sudor frío y pegajoso, se sentó en el suelo. Apenas podía articular palabra.

—¿Ha sido un *delirium trémens*?

La sonrisa irónica de Otilia lo ofendió profundamente.

—Si me hubieses dejado explicártelo anoche... —Otilia enrojeció—. Pero, pero no sé qué me pasó. Me dormí, ¿verdad?

D. J. intentó recuperar el aplomo: se puso en pie con dificultad.

—¿Qué tenías que explicarme?

—Pues eso, que Youq, como le llama Anarfiq.

—¿Qué Anarfiq?

El pequeño esquimal asomó la nariz por detrás de la puerta del congelador.

—¿Y qué hace ése en mi barco? ¿Cómo ha subido?

Otilia se impacientó.

—¿Me dejas que te lo aclare, o no?

D. J. se sacudió el pantalón y asintió con un movimiento de cabeza. No entendía nada de aquel jaleo y, sobre todo, no podía quitarse de la cabeza la imagen terrorífica del monstruo.

—Pues bien, ese Youq es un protegido de Anarfiq, o un amigo, no sé. Y no me preguntes qué es, porque no he sacado nada en claro; él dice que es un ser mitológico, dejémoslo en que es encantador e inofensivo.

—Pero, pero —protestó D. J. chasqueando la lengua—. Y si es una monada, ¿por qué lo habéis encerrado? ¡Por Neptuno, estoy más obtuso que una patata! ¿Cómo puedes decir que no es peligroso cuando yo he visto con mis propios ojos que es abominable, un engendro de la naturaleza? Ni Lovecraft...

—¡Estaba asustado! ¿No te has dado cuenta? Cuando se asusta es como una criatura, y lo peor del caso es que lo contagia por telepatía.

En ese punto, D. J. saltó indignado:

—¡Primero terrorista, después ecologista y ahora visionaria!

Anarfiq se acercó a D. J.

—Youq no hace daño. A Youq le da miedo el barco. El peligro es el barco.

—¿Qué barco?

—Quería explicártelo, pero no me has dejado. Desde que ha llegado ese yate, el Youq está tan intranquilo que ha intentado tirarse al mar para huir. Debe de ser lo que le perseguía.

—¿Y qué es lo que le perseguía?

—Pues el peligro del que nos alejábamos.

—¿Quieres decir que no sabes quién hay en el yate? ¿Me estás diciendo que no conoces ese yate?

Otilia se encogió de hombros.

—Es la primera vez que lo veo.

—El nombre de Peddeckoe... —Esperó alguna reacción que traicionase las palabras de Otilia, pero sus facciones sólo expresaban perplejidad.

D. J. seguía haciendo conjeturas.

—Así pues, si Peddeckoe buscaba a alguien, quizá buscaba... —De pronto lo vio claro—. ¿Dices que ese monstruo huía de alguien?

D. J. se frotó las manos: aún tenía la sartén por el mango. Había muchas cosas que no entendía, pero una estaba clara: Peddeckoe estaba pensando en la posibilidad de pagar diez mil dólares por un monstruo. No estaba nada mal. Pero tenía que saber quién era Peddeckoe y de qué lo conocía. Se levantó y caminó decidido hacia cubierta hasta que Otilia lo alcanzó y lo agarró por la cazadora.

—¡Un momento! ¿Adónde vas? No nos has dicho dónde te habías metido ni por qué has parado motores.

D. J. ya no se comportó como un prisionero. Se había acabado la farsa.

—Vigilad al Youq ése. ¡Que no se escape! Ahora vuelvo.

—¿Qué vas a hacer?

—No te importa.

Otilia le impidió el paso, nerviosa.

—¡Por favor, ayúdame! Pon en marcha los motores y vámonos. Te aseguro que sufro mucho.

D. J., insensible, desoyó las súplicas de Otilia, subió los escalones de cuatro en cuatro y se enchufó a su ordenador.

—Haz el favor de no molestar mientras me ocupo de esta cuestión. Si te aburres, engrasa las válvulas.

Otilia tomó aire, sacó su pistola y le apuntó.

—Muy bien. Si no obedeces por las buenas, lo harás por las malas.

D. J. ni siquiera pestañeó al responderle.

—Dispárame. No eres capaz.

Otilia apuntó al techo y apretó el gatillo cerrando los ojos.

—¿Dices que no soy capaz?

Sólo sonó un clic opaco. No había ninguna bala en la recámara. Otilia se sintió estúpida y lanzó el arma al suelo.

—¡Eres un tramposo, un mentiroso! ¡Nos has engañado!

D. J., para corroborarlo, sacó otra arma de su cinturón. Apretó el gatillo hacia el ojo de buey y disparó.

—Tienes toda la razón del mundo. Y, como ves, esta pistola sí que está cargada y tengo bastante mejor puntería que tú.

Otilia se puso trágica y abrió los brazos teatralmente.

—¿Serías capaz de dispararme? Anda, dispárame, venga.

D. J. estaba un poco harto.

—Ahora no me apetece. Pero recuerda que este barco, inmovilizado, sin mí no sirve para nada. Abstente de tonterías como las del otro día. Nada de secuestros de pacotilla ni amenazas estúpidas. Soy yo quien tengo las riendas y se me han acabado las ganas de jugar.

Otilia estaba realmente indignada.

—¡Eres un cerdo! Yo creí en ti, confié en ti, te di...

D. J. la cortó por lo sano.

—No me montes el numerito. Para refrescarte la memoria, te recordaré que me secuestrasteis. O sea, que corta el rollo. Necesito concentrarme.

—¿No irás a entregar el Youq al yate ése, no? —aventuró Otilia.

—Largo de aquí, tengo trabajo.

Otilia chutó la pistola que había lanzado al suelo y se largó furiosa con un portazo.

D. J., tras un par de horas de paciente investigación, dio con lo que buscaba. La

biografía de Peddeckoe era fulgurante y estaba llena de éxitos. Pero fue su bibliografía la que le abrió los ojos. Mientras leía los títulos de sus muchas publicaciones, se detuvo atónito en una de ellas y palideció. ¿Era él?

Naturalmente que se había cruzado anteriormente en su camino. Naturalmente que lo conocía.

Antes de dirigirse de nuevo al yate, respiró profundamente. Había llegado la hora de la verdad.

PEDDECKOE entró en el comedor con aspecto impecable. Se había peinado y perfumado a conciencia y vestía ropa limpia y elegante. A su aspecto pulcro habitual se añadía en esta ocasión un cierto aire distinguido, destinado quizá a impresionar a su interlocutor. Se sentó sin hacer ruido, saludando con corrección, y sirvió la bandeja del pan a D. J.

D. J. y Wifredo, que charlaban despreocupadamente, callaron en el acto. La presencia de Peddeckoe daba a la sala un aire de solemnidad que les hacía sentirse incómodos.

La comida era abundante y variada. D. J. picaba un poco de todo, en tanto que Wifredo, sin guardar las apariencias, se llenaba el plato y la boca con gula. Pocas veces tenía ocasión de hacer una comida digna de ese nombre.

Peddeckoe rompió el silencio que él mismo había provocado. Tenía recomendaciones explícitas, que no llegaban a órdenes, de taponarle la boca al marinero sin pagarle ni un dólar: la expedición ya había resultado bastante cara. La universidad dejaba al doctor enfrentado a un problema difícil: apaciguar a D. J. y convencerlo de que dejara en libertad al Hombre de las Islas sin recibir nada a cambio.

Peddeckoe tampoco se había quedado de brazos cruzados. Había removido cielo y tierra hasta dar con lo que buscaba. Sirvió la ensalada y comentó con el tono despreocupado de quien se sabe vencedor:

—Lamento haberle hecho esperar, señor D. J. Espero que Wifredo haya sido un buen anfitrión.

Wifredo se atragantó con el vino, y D. J. tuvo que darle un par de palmaditas en la espalda.

—Pues sí, ha sido un chico muy amable.

Wifredo le agradeció la deferencia con un nervioso movimiento de cabeza.

—Eso espero. Tengo por costumbre tratar bien a mis invitados, y lamentaría que se llevaran una mala impresión de mi yate. —Dio un minúsculo mordisco a la tostada con paté—. Así pues, ¿ya le ha hecho los honores Wifredo? Mejor, así nos ahorramos palabras inútiles. Yo soy un científico, ¿sabe, señor D. J.? Y los científicos hemos optado por la economía en el lenguaje. Lo importante son los hechos, ¿no cree?

D. J. asintió porque Peddeckoe era del tipo de personas que necesitan constantemente que las ratifiquen en sus opiniones.

—Celebro que esté de nuestra parte. La ciencia ha sufrido demasiado tiempo el intrusismo de los iluminados que desprecian la verdad, ¿no es cierto? Del mismo modo que también ha sido refugio habitual de pobres de espíritu, ¿no es así?

Wifredo se secó los labios grasientos con la servilleta y, sin terminar de masticar, intervino:

—El doctor Peddeckoe es un científico de verdad. Sabe conjugar admirablemente la originalidad con el rigor —vaciló, quizá estaba utilizando conceptos complicados—. Quiero decir que investiga cosas que a nadie se le ocurriría imaginar, como todo eso de los seres mitológicos, y que no se inventa nada. Quiero decir que sólo habla de lo que ha visto, no como otros.

Peddeckoe se mantuvo impávido mientras duraron las alabanzas de su discípulo. Wifredo resultaba infalible. Cuando el doctor quería impresionar a alguien, le bastaba con invitar a Wifredo y se ahorra un montón de insinuaciones y ambigüedades. A pesar de su falta de tacto y de discreción, resultaba un propagandista eficaz.

D. J. simuló admiración y continuó saboreando la comida mientras Peddeckoe retomaba su discurso:

—A mí siempre me ha recompensado espiritualmente la idea de que mis trabajos son piedras con las que se construye pacientemente el gran edificio de la ciencia.

D. J. consideró la metáfora vulgarísima, pero se reservó su opinión.

—Yo, señor D. J., como bien ha dicho Wifredo, me planteo retos originales, difíciles, porque considero que cada cual ha de rendir en función de sus capacidades.

Wifredo estaba tan acostumbrado a la falta de modestia de Peddeckoe que ni siquiera se inmutó, pero D. J. sintió un escalofrío.

—Sepa que este proyecto en el que usted ha interferido... —Ante la mirada reprobatoria de D. J., rectificó inmediatamente—. Bueno, en el que usted se ha visto involucrado, es una de las más importantes contribuciones a la antropología; quizá la más determinante de todas desde los tiempos de Tylor y Morgan. —Peddeckoe se caló las gafas y enfatizó su discurso—. ¿Se da cuenta de que los pilares sobre los que se basa la actual etnografía se desmoronarán bajo el peso de mi descubrimiento? ¿Sabe cuántos pseudocientíficos tendrán que cerrar la boca de una vez por todas? —Peddeckoe, exaltado, dio un golpe sobre la mesa y derramó el agua de la jarra—. ¡Todos! Yo, Peddeckoe, haré callar a media comunidad científica, y la otra media sustituirá su paradigma. ¿Se imagina sus caras al ver la prueba irrefutable de mis hipótesis? —Entonces se fijó en el percance del agua y se disculpó—: ¡Oh, perdón! Wifredo, por favor, haz algo. —Se dirigió a D. J. con una afabilidad empalagosa—. Le ruego que intente olvidar este desagradable accidente doméstico. Me disgustaría que se llevara una mala impresión de mi hospitalidad.

D. J. estaba hasta las narices de Peddeckoe. Era del tipo de personas que alteran los nervios a cualquiera. Y se le notaba a la legua adónde quería ir a parar. Pretendía que renunciara a sus pretensiones monetarias y que le regalara el atemorizado monstruo sin cobrar ni cinco.

—Una pregunta, señor Peddeckoe: ¿de qué forma se vería beneficiada la humanidad con su descubrimiento?

Peddeckoe sonrió con suficiencia, con aquella risa que tanto molestaba a D. J.

—¡Oh, oh, oh, señor D. J.! Por favor, no juegue a hacerse el ingenuo. El conocimiento siempre contribuye al progreso. La humanidad entera se beneficia de

los nuevos descubrimientos. Defender lo contrario sería volver al oscurantismo.

—¿Y qué opina sobre las sensaciones o la percepción que pueda tener ese monstruo?

—No es ningún monstruo. Es un ser mitológico.

—Bueno, pues, ese ser mitológico, ¿qué piensa de nosotros?

—El problema no es cómo nos perciba, sino su existencia, y punto. Yo quiero demostrar a los incrédulos que han osado dudar de mí y han atacado públicamente mi prestigio profesional que mi hipótesis era acertada. Las investigaciones sobre sus sensaciones vendrán después. Es posible que incluso las dirija yo mismo y todo.

—O sea, que no le importa en absoluto que viva en un estado de pánico permanente. Está aterrado.

Peddeckoe rió otra vez ostentosamente. Wifredo, que volvía con un trapo para recoger el agua, se sorprendió.

—¡Oh, oh, oh! Resulta que en el fondo usted es un sentimental que se ha dejado conmover por nuestro amigo. ¡Oh, oh, oh! ¿Desde cuándo se implica un científico sentimentalmente en el objeto de su estudio? Hasta Wifredo sabe eso. —Wifredo hizo un movimiento afirmativo con la cabeza—. Es el abecé de todo investigador.

Esta vez, D. J. se reprimió para no darle un puñetazo. Si había algo que no podía soportar y lo sacaba de sus casillas era que lo tildasen de sentimental, sobre todo si el juicio provenía de un cínico de la talla de Peddeckoe.

—Quiero que sepa, señor D. J., que yo soy una persona que cree en la justicia y en los derechos humanos. He nacido en un país libre, donde se respeta a los individuos, y comprendo su situación; pero también supongo que, después de esta fructífera charla, usted se habrá dado cuenta de que las circunstancias de su secuestro eran excepcionales. Ha estado implicado en uno de los proyectos más importantes de los últimos siglos, y yo creo que, ante unos hechos tan extraordinarios, debería dejar a un lado sus intereses privados. La ciencia no tiene precio, amigo mío. La verdad no se puede pagar con dólares —sonrió enigmáticamente—. ¡Ejem! Me doy cuenta de que es usted un hombre culto y sensible, y estoy seguro de que obrará en consecuencia. Queridísimo D. J., no he dudado jamás de su dignidad. Sólo un desaprensivo o un ignorante podrían mezclar el interés económico con los ideales.

D. J. chasqueó la lengua. Se le había acabado la paciencia. Había llegado la hora de su venganza. Sería una venganza discreta, porque había pasado mucho tiempo y aquella herida tan antigua le producía un dolor apagado.

—Doctor Peddeckoe, agradezco la excelente opinión que tiene de mí, pero siento decepcionarlo. —Apuró de un sorbo su vaso de vino—. No soy un hombre culto, ni sensible. No comprendo las razones científicas, ni tengo ningún interés en comprenderlas. Lo único que comprendo son las razones económicas. Doctor Peddeckoe, hablemos claro: quiero los diez mil dólares que le he pedido esta mañana. Es la solución más fácil. —Se recostó en la silla y encendió un cigarrillo—. Créame, usted, que es tan lógico, sabe perfectamente que tengo todas las de ganar.

En contra de lo que D. J. esperaba, Peddeckoe no se mostró impresionado por su alocución, sino que sonrió con una mueca maquiavélica. Extrajo unos papeles de una carpeta, sin dejar de vigilar a D. J. con el rabillo del ojo.

—Es una lástima, señor D. J., que haya despreciado mis honradas intenciones de buena voluntad. Mi deseo era solucionar este asunto con la máxima discreción posible; por ello le he dado una oportunidad. —Miró a D. J. cara a cara y la señaló con el dedo—. Pero usted la ha rechazado y no me ha dejado otra solución que ésta. —Le mostró los papeles impresos.

D. J. contemplaba la escena perplejo. Peddeckoe era más perverso de lo que creía.

—Usted ha afirmado hace un momento que no era un hombre culto, ¿ejem! —Se caló las gafas y leyó—: Matriculado en la Universidad Libre de Berlín...

D. J. saltó indignado:

—¿Cómo ha conseguido esa información?

—No sólo ésa, señor D. J., sino también otras más interesantes. Usted es un patrón peculiar, muy peculiar; un patrón de mercante que ha asistido a la Sorbona, ha estado matriculado en Oxford y en Utrecht.

—Cierto —aceptó D. J.—. Pero como puede ver, no me ha servido de mucho.

—Lo más interesante, sin embargo, es que está reclamado por la Interpol.

D. J. lo miró fijamente, sin parpadear.

—Gracias a usted.

Peddeckoe palideció. ¿Qué trataba de insinuar?

—Señor D. J., que usted fuera un terrorista en su juventud no tiene ninguna relación conmigo.

D. J. se decidió a emprender la ofensiva. Era su única salida.

—En Berlín hubo una carta, si refresca la memoria. Una carta de usted y otros insignes colegas suyos denunciando a algunos estudiantes de origen turco. Entre ellos uno cuya tesis usted acababa de suspender. Seguro que recuerda el tema de tesis, un estudio original e interesante acerca de las élites universitarias.

Peddeckoe palideció y sintió cómo el suelo cedía bajo sus pies. Fue el turno de D. J., que se levantó de la mesa teatralmente y acusó con el índice a su atribulado anfitrión.

—Usted, doctor Peddeckoe calificó de infame la tesis de Omar Pamuk titulada *Comportamientos rituales en las élites universitarias* y la suspendió. Luego firmó una carta, junto con otros insignes profesores, solicitando que fueran expulsados de la universidad algunos elementos peligrosos supuestamente islamistas, entre los que figuraba Omar Pamuk. Omar fue extraditado y, por si no lo sabía, un extraño suicidio en la cárcel puso fin a su vida. Era un chico brillante. Y era mi amigo.

Peddeckoe tosió con discreción. Como si el testimonio de D. J. lo hubiese conmovido.

—Un triste y lamentable incidente. Lamento que su amigo no tuviese el coraje para superar sus fracasos personales. En fin, la vida está repleta de malos tragos. Pero

reconozca que la tesis de su amigo era infame.

D. J. se clavó las uñas. Peddeckoe era arrogante, petulante y ofensivo.

—¿Tan infame como para ser refrita y publicada con su firma?

Eso sí que no se lo esperaba Peddeckoe. Wifredo abrió unos ojos como naranjas.

—¿Qué insinúa?

—No insinúo nada y hasta hoy mismo lo ignoraba, pero, afirmo, acabo de descubrir que usted copió palabra por palabra a mi amigo Omar Pamuk. Exactamente tres meses después de formar parte de su tribunal usted publicó en Nueva Jersey un estudio de gran éxito titulado *Las élites universitarias, sus ritos y estrategias*, en el que recogía las experiencias de su año de estancia en Alemania. Sepa que yo conocía perfectamente la tesis de Omar. Éramos amigos. Probablemente mientras Pamuk huía de la policía y se refugiaba en Turquía, acusado de una acción terrorista en la que lo involucraron injustamente, usted, señor mío, plagiaba su tesis. Omar ni siquiera lo supo, era un prófugo cuya única preocupación era probar su inocencia.

Peddeckoe se puso amarillo. Wifredo lo vio tambalearse por primera vez en mucho tiempo.

—Eso es una infamia. Su trabajo era detestable. Yo realicé unos estudios paralelos durante ese curso sobre ese tema, lo reconozco, y los publiqué con posterioridad. Usted no ha podido tener acceso a ellos. Además, tampoco posee los originales de la tesis de Pamuk. No puede probar absolutamente nada.

Wifredo osó abrir la boca.

—Doctor Peddeckoe, ¿lo acusa de haber plagiado una tesis? Eso es monstruoso. Sería un desprestigio profesional imperdonable.

Peddeckoe estaba ya demasiado nervioso como para atender al pelmazo de Wifredo. Lo fulminó con la mirada y continuó.

—Su palabra, la de un fugitivo acusado de terrorismo, contra la de un doctor en antropología en misión científica. Valore usted mismo. Su palabra es papel mojado. Está atado de pies y manos. O me entrega al Hombre de las Islas o le entrego a la policía para que desempolva el caso.

D. J. estaba muy molesto.

—Por cierto, aún no le he dicho que mi orden de busca y captura por la Interpol es ni más ni menos la consecuencia de haber sido amigo de Omar. Ya sabe, me vieron tomando café en su compañía y yendo a su casa a escuchar música y automáticamente consideraron que yo estaba implicado en una célula islamista. Resulta gracioso, ¿no? Quizás, atando cabos, soy un prófugo gracias a usted, señor Peddeckoe.

Peddeckoe se indignó.

—Su demagogia es lamentable. Ahora pretende argumentar que yo soy el origen de todos sus males. Pues no me da la gana. ¿Desea que le lea los cargos? Reuniones subversivas con células islamistas que estuvieron vinculadas a un atentado sangriento. ¿Qué me dice?

D. J. tuvo que reconocer que Peddeckoe había ganado de nuevo. Había creído que con los años su caso estaría sobreseído. Si Peddeckoe lo denunciaba y caían sobre él, lo tendría complicado a pesar de su inocencia. Además, destaparía los muchos cargos por contrabando que se habían ido sumando a lo largo de los años. Ésos sí que estaban fundamentados. Había supuesto equivocadamente que su caso habría sido archivado. Pensó con rapidez.

—Muy bien, Peddeckoe, ¿cuáles son sus condiciones?

Peddeckoe se quitó las gafas y, con los ojos brillantes, dejó los papeles. Wifredo estaba anonadado.

—Muy simples, señor D. J.: usted me devuelve al Hombre de las Islas y yo le recuerdo como un amable colaborador de la expedición.

D. J. fingió estudiar la propuesta durante unos segundos. Ya había decidido lo que haría.

—Me parece, doctor Peddeckoe, que me ha convencido. —Aspiró el humo de su cigarrillo con parsimonia—. ¿Cómo podría negarme a su petición tratándose de un servicio a la ciencia? —Peddeckoe sonrió—. Humm... Pero antes tendría que solucionar unas cuantas cosas. Necesitaría comunicar mi vuelta a Nuuk y recuperar un contacto comercial urgente. Una vez que esté solucionado, no tendré ningún inconveniente en entregarle su... —Buscó el nombre adecuado.

—Hombre de las Islas. Con ese nombre se le conoce en las etnografías existentes —le apuntó Wifredo.

—Pues Hombre de las Islas. Hummm... Mientras tanto, ¿tendría la amabilidad de permitirme utilizar su ordenador? Me ahorraría un tiempo precioso.

Peddeckoe se frotó las manos sin disimular su alegría. D. J. era un caballero: había aceptado su juego sin rechistar y seguía la comedia de la hospitalidad ahorrándole situaciones desagradables.

—¡Oh, por favor! ¡Faltaría más! Disponga de todo lo que pueda necesitar. Mi barco es su barco. Wifredo está a su disposición para todo lo que le haga falta. Wifredo, acompaña al señor D. J. a la sala de mandos y busca conexión para mi ordenador, quiero escribir personalmente a la universidad.

A pesar de su discurso reconciliador y educado, Peddeckoe estaba alterado. ¿Cómo había llegado a oídos de D. J. la información del plagio de la dichosa tesis? ¿Tendría algún original que pudiera comprometerlo? ¿Hablaría el bocazas de Wifredo? Siguió con la comedia.

—Wifredo, ayuda al señor D. J. en todo lo que te diga y facilítale los trámites. Señor D. J., estoy encantado de haber podido solucionar esta cuestión de una forma civilizada. Le aseguro que la barbarie me horroriza.

Salió dignamente. Aquella noche, sin falta, intentaría contactar con sus niñas: eran su medicina.

D. J. se despidió afectuosamente de Wifredo y remó despacio en su bote de goma. Buen chico, ese Wifredo. Le había sido de gran ayuda. Si no le hubiese dejado solo, nunca habría podido boicotear el ordenador central. D. J., sin prisas, había destruido un programa. Toda la actividad del yate dependía de cuatro funciones que él había suprimido de un plumazo. En aquellos momentos, el barco estaba inmovilizado y no podía avanzar ni retroceder: problemas de la informatización. D. J. rió. En aquel instante ya habrían dado la alarma. Como mínimo tardarían un par de horas hasta averiguar la causa de la avería, y después... Hasta que reaccionasen y lo solventasen pasaría un buen rato. D. J. se encaramó al mercante dispuesto a convocar a su tripulación y darles una grata sorpresa, pero la sorpresa fue suya.

—¡Ahora!

Sin saber cómo, una red de pesca cayó sobre él atrapándolo en sus mallas. En pocos segundos se halló prisionero e inmovilizado.

—¡Mierda! ¿Qué hacéis? —gritó debatiéndose mientras Anarfiq le ataba concienzudamente con una cuerda.

Como respuesta un tiro a su derecha le dejó sin aliento. Esa vez Otilia llevaba su pistola cargada y parecía realmente indignada.

—¡No agujerees mi barco!

—Muy bien, mercenario. Ya has visto que sí que puedo disparar y que el arma está cargada. ¿Nos vas a obedecer por las buenas o por las malas?

D. J. estaba fuera de sus casillas.

—¿Os habéis vuelto locos? Soltadme inmediatamente.

—Danos un solo motivo convincente.

—¡Tenemos que zarpar inmediatamente!

—¿Hacia dónde? ¿Por qué?

—Hacia el norte. Lejos de los buitres del yate.

Otilia estaba confusa.

—¿Quieres decir que no entregarás al Youq?

—Les he engañado.

—¿Cómo?

—Están inmovilizados porque he boicoteado su ordenador. Pero si no nos ponemos en marcha pronto, nos cazarán como conejos. Y créeme, pueden hacerlo. Compara las barquichuelas.

Otilia dudaba. Anarfiq, convencido de sus argumentos, comenzó a liberarlo. Otilia no se fiaba y le apuntó con su pistola.

—Está bien, pon el barco en marcha.

D. J., humillado, se sacudió la ropa con dignidad y se dirigió hacia el puente de

mando seguido por Otilia.

En pocos minutos, D. J. encendió motores, viró en redondo con una brusca maniobra y, como si fuera un conductor de Fórmula 1, salió disparado con gran estruendo. Tuvieron que sujetarse para no caer. El mercante tenía la energía de una locomotora desbocada y, en su loca carrera, levantó una nube de agua pulverizada que empapó a los tripulantes. Desde la cubierta del yate, unas figuras cada vez más distantes gesticulaban y gritaban desaforadamente, indicando que se detuviesen. D. J., sin hacerles el más mínimo caso, continuó adelante y, un centenar de metros más allá, se volvió deliberadamente y agitó la mano saludándolos.

Otilia, con el arma alzada, vaciló.

—O sea, que era cierto.

—Pues claro.

—¿Eso quiere decir que estás de nuestra parte?

D. J., sin inmutarse, aprobó la deducción con un gesto afirmativo.

Otilia bajó el arma y suspiró.

—Lo siento. Lo siento de veras.

Su arrepentimiento era sincero. D. J. le sonrió, conmiserativo.

—Bueno, tranquila. Ahora soy vuestro capitán y yo doy las órdenes. Por favor, guarda el juguetito donde lo encontraste. Se podría disparar de nuevo.

Otilia dio media vuelta avergonzada y D. J. puso el piloto automático, conectó el radar y se dirigió a la sala de máquinas. Otilia se reunió con él unos minutos más tarde. No acababa de encajar todas las piezas y las preguntas bullían en su cabeza.

—Y ahora explícame quiénes eran. Por qué los has saboteado y qué querían del Youq.

D. J. se detuvo.

—Te lo explicaré con mucho gusto, pero yo también tengo muchas preguntas que hacerte, y no soy tan impaciente. Por ejemplo, querría saber si te busca alguien y qué haces en mi barco.

Otilia se detuvo.

—¿Qué me contestas? —D. J. chasqueó la lengua comprensivo—. Claro que lo consideraría una información confidencial. ¿No lo encuentras justo? Tú quieres saber, yo quiero saber.

Durante casi cerca de una hora D. J. se explayó en una larga y detenida explicación acerca de quién era Peddeckoe, sus intenciones y su interés en el Youq. Sentados en una mesa del pequeño comedor, mientras tomaban café, Otilia le escuchaba con los ojos brillantes, sujetándose la cabeza con la mano y grabando mentalmente sus palabras.

—Es increíble. O sea, que el Youq es un ser mitológico que no es producto de la imaginación de los inuits, sino que realmente existe.

—Así es.

Otilia no cabía en sí de gozo.

—Es una noticia impactante. Le da la vuelta a muchas cosas.

—Un antes y un después, exactamente lo que dijo Peddeckoe.

Otilia se excitó.

—Un descubrimiento fabuloso.

D. J. la corrigió levemente.

—Que nosotros vamos a impedir a toda costa.

Otilia quiso puntualizar.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie va a conocer la existencia del Youq. Volverá a los hielos de donde procede y ahí se acabará todo.

Otilia se atolondró.

—No, no, de ninguna manera. Nosotros vamos a impedir que Peddeckoe alcance al Youq, pero no tenemos porque reservarnos esa información.

D. J. la miró fijamente.

—¿Y qué quieres? ¿Vender una exclusiva a *National Geographic*?

—Escribirla yo.

D. J. lanzó una carcajada, pero la expresión firme de Otilia lo contuvo.

—¿No lo dirás en serio?

Otilia se vio obligada a mentir para fortalecer su posición.

—Soy periodista —afirmó con rotundidad.

—Imposible. No puedes tener más de veinte años.

Otilia se mantuvo en sus trece.

—Tengo veintiuno y éste será mi primer reportaje.

D. J. silbó sorprendido y la repasó de arriba abajo convenciéndose de que tal vez sí, tal vez la hubiera minusvalorado.

—Vaya, vaya, o sea, que éste va a ser tu reportaje. Tu encumbramiento como periodista. ¿Y se puede saber cómo has pensado escribirlo?

Otilia, desafiante, le aguantó la mirada.

—Tengo bastantes fotos y algunos esbozos iniciales. Hasta ahora no me ha dado tiempo, pero con lo que me has explicado, la bibliografía que consultaré sobre mitología inuit y las leyendas que me pueda explicar Anarfiq lo escribiré.

D. J. calló unos instantes.

—¿Y has pensado en lo que sucederá luego?

Otilia cerró los ojos, soñadora. Imaginó los *flashes*, las entrevistas, las ofertas de trabajo, las puertas de las facultades abiertas, a su padre sin argumentos, a sus hermanos mayores boquiabiertos.

—Pues sí. Claro.

—Entonces asumes tu responsabilidad en el fin del Youq.

Otilia abrió los ojos.

—¿Qué?

—No te hagas la inocente. No hay ninguna diferencia entre Peddeckoe y tú. No

tenéis escrúpulos en utilizar al Hombre de las Islas para vuestros intereses personales. Eso sí, lo barnizáis de aportación a la ciencia y al conocimiento. Si publicas ese reportaje se fletarán barcos desde todas las universidades para localizar y apresar a tu precioso Youq.

Otilia parpadeó tres veces seguidas.

—No es cierto.

—Claro que lo es. Supongo que estudiarías en la facultad cuáles son los límites éticos del periodismo al divulgar una información que pueda poner en peligro la integridad de los informantes. Pues éste es un caso práctico. ¿Amarillismo? ¿Veracidad informativa? Llámalo como quieras. Pero, si sale un reportaje sobre el Youq, el Youq está condenado a desaparecer.

Otilia palideció y crispó las manos sobre la mesa. De pronto, su burbuja acababa de pincharse por culpa de un tramposo que abogaba por la justicia.

—En cambio, tú sí que tienes principios. Claro... Dime, cuando me diste a beber el somnífero y visitaste el barco de Peddeckoe, ¿qué pensabas conseguir?

D. J. no se sonrojó lo más mínimo.

—Dinero. El dinero que me habéis hecho perder. Creí que Peddeckoe era tu papá.

Otilia sintió como algo dentro de ella se rompía en pedacitos. Una sensación frustrante.

—¡Qué principios más sólidos! —dijo pretendiendo que sonara cínico—. ¿Y me besaste para sonsacarme?

D. J. no dudó.

—Debo pedirte disculpas. Fue algo grosero por mi parte aprovecharme de tu ingenuidad.

Otilia se puso en pie indignada.

—¡Mi ingenuidad! Soy adulta y he tenido muchas experiencias. Te aprovechaste de mí porque estaba drogada. Sólo por eso. Ni siquiera me gustas.

—¡Cálmate! No te enfades.

—¡No me quiero calmar y estoy enfadada!

Anarfiq les interrumpió reclamando su presencia en los pañoles. Se trataba del Youq. Se negaba a salir de la cámara frigorífica.

Otilia, que echaba fuego por los ojos, intentó tranquilizarse sin conseguirlo. Ese capitán, que el día anterior le pareció guapo e interesante, le parecía ahora un tipo frío y sin escrúpulos que acababa de sumirla en el caos. Le había machacado sus ilusiones y sus sentimientos. Como una apisonadora. Sin piedad alguna. ¿Qué se había creído? Observó con el rabillo del ojo que D. J., antes de bajar, se servía un trago de *whisky* para infundirse valor. Un cobarde redomado es lo que era, se dijo siguiéndolo hacia las bodegas.

En efecto, D. J. miraba desde lejos al Hombre de las Islas, que no quería salir del frigorífico bajo ningún concepto y se agarraba a las paredes frías del fondo, sacudido por unas extrañas convulsiones que culminaban en un grito agudo y estridente. Otilia

hubiera jurado que aquello era hipo, pero se calló la boca.

Anarfiq se introdujo en el inmenso refrigerador para convencerlo de que saliera. Pero el Hombre de las Islas se zafó del esquimal y salió de la cámara como una exhalación. Ante las atónitas miradas de Otilia y D. J., se colgó del techo cabeza abajo. Tenía los ojos turbios y los cerraba y los abría desplazándolos por todo el cuerpo. Hacía el mismo ruido que una puerta enmohecida. Otilia ya lo había oído antes: estaba riendo. Reía como un loco. Cuando se cansó de estar colgado como un murciélago, comenzó a caminar por las paredes. D. J. no daba crédito a sus ojos.

Anarfiq dio con la clave:

—¡Cerveza!

D. J. lo recordó. En el refrigerador guardaba su reserva de cerveza: una buena carga. El esquimal vaciaba la cámara de botellas rotas. Otilia ató cabos:

—¡Está como una cuba! Está completamente beodo a causa del vapor. —Y miró a D. J. con rabia—. No eres el único borracho de este barco.

El Hombre de las Islas los miraba divertido haciendo girar la cabeza como un molino de viento. Anarfiq salió somnoliento y caminando con dificultad. De pronto, rompió a reír y se puso una botella encima de la cabeza. El Hombre de las Islas aplaudió y adoptó forma de nube. Comenzaron a perseguirse de un lado a otro. D. J. estaba perplejo.

—Y éste, ¿qué? ¿También ha bebido?

Otilia, a pesar de su rabia y su enfado, sintió un cosquilleo piernas arriba y unas tremendas ganas de reír. No quería. Lo último del mundo que deseaba era reírse. Pero la risa se le escapó por debajo de la nariz.

—¡Claro! ¡Por telepatía!

D. J. la tomó de la mano y Otilia no lo rechazó. Tenía los ojos turbios y susurró en su oído.

—Me encanta cuando te enfadas. Anda, enfádate un poquito.

Otilia frunció la nariz.

—No me da la gana.

D. J. rompió a reír y Otilia se le añadió. Y de pronto el mundo le pareció un paraíso pintado en acuarelas.

—Qué hermoso es el Ártico —suspiró—. Me encanta el blanco de la nieve. —Y señaló a D. J.—. Y el verde de tus ojos.

D. J. la abrazó tronchándose de risa.

—Eres una periodista poética, pero tienes que aprender a hablar en prosa, sin metáforas ni eufemismos.

Otilia alzó su cara.

—¿Bailamos?

—Mejor nos besamos, así no te pisaré.

Pero Otilia se zafó y salió corriendo perseguida por D. J.

—No me beso con tipos groseros como tú.

Y en su carrera chocó contra Anarfiq, que saltaba a la pata coja con el Hombre de las Islas a horcajadas, y cayeron los tres al suelo. D. J., a su vez, no pudo detenerse y se sumó a la melé sin poder parar de reír. Rodaron por el suelo entrelazados y continuaron riendo. Las paredes giraban a su alrededor como un torbellino, pero no importaba: ¡era tan divertido!

D. J. no se despertó hasta pasadas cuatro horas. Se sorprendió de encontrarse fresco y descansado, sin ninguna de las sensaciones que acostumbraban a dejarle las horribles resacas. Se levantó ágilmente, procurando no despertar a Otilia, que dormía acurrucada contra su pierna. Se rascó la cabeza. No recordaba casi nada. ¿Tal vez Otilia y él...? No, seguro que no había sucedido nada. Esas cosas jamás las olvidaba. La miró antes de salir sigilosamente. Tampoco le hubiera importado: era bonita, inteligente y tenía carácter.

Esperaba no haberse desviado demasiado de la ruta. Rápidamente verificó los aparatos y echó una ojeada al radar. El yate había reparado la avería y los seguía a tan sólo veinte millas de distancia. Forzó el motor y fue a prepararse un refrigerio. El día oscurecía con lentitud y unas nubes plomizas amenazaban temporal. Lo mejor sería prepararse para cualquier eventualidad. Bajó a la bodega para asegurar la poca carga. En aquellos mares, los temporales eran fuertes y largos y desmoralizaban a los más optimistas. D. J. ya estaba acostumbrado.

Hacia medianoche, subió de nuevo al puente de mando, preocupado por la proximidad del yate y la inminencia de la tormenta, sin osar despertar a los otros tripulantes que aún dormían profundamente. Obsesionado por la velocidad de la máquina, fue a cerciorarse de la distancia de su perseguidor. Estaba demasiado cerca. Si seguía acortando distancias lo alcanzaría en unas diez horas.

Otilia se presentó de improviso. Estaba muy seria, muy dolida. Le dejó caer unas palabras desde la puerta, sin mirarlo a la cara.

—Navegaré con vosotros hasta liberar al Youq. Luego me dejarás en el primer puerto que disponga de un aeropuerto cercano. Escribiré el reportaje bajo mi responsabilidad y sin nombrar las coordenadas del Hombre de las Islas. Aunque no estés de acuerdo conmigo, te pido que me respetes y que no me dirijas más la palabra. —Y añadió en un tono despectivo—: No eres alguien de quien me pueda fiar.

Dicho lo cual se dio media vuelta y lo dejó perplejo.

D. J. se consoló pensando que hacía demasiado tiempo que no trataba con mujeres. Había olvidado lo complicadas que pueden llegar a ser.

OTILIA se encerró en un mutismo orgulloso empeñada en mantener su promesa de no dirigir la palabra a D. J. No quería volver a hablarle, no quería volver a oírlo y no quería volver a tenerlo cerca. Ese capitán chulesco no tenía ningún derecho a hundirle la moral ni a hacer tambalear sus defensas. Cuanto más lejos, mejor. Se repitió con ahínco que no se pondría a tiro, que no dejaría que la mirase, y que evitaría que le pusiese la mano encima. Sabía que cuando la rozaba o la embaucaba con su sonrisa toda su dignidad se venía abajo. Era un traidor emocional, acostumbrado a pisotear los sentimientos ajenos. Un mercenario que se vendía al mejor postor. Y un simulador sin entrañas que fingía exquisitez cuando en realidad era un palurdo listillo barnizado de cosmopolitismo.

A ella no se la daría más con queso.

Y lo borró de su cabeza.

Tomó decisiones drásticas. Buscó en el mapa la isla de Disko y calculó el tiempo que invertirían en ir al norte y regresar. Luego, aprovechando que tenía cobertura en su móvil, envió un SMS a sus padres, que habían colapsado su buzón de entrada con numerosos mensajitos apocalípticos que se negó a leer.

Navego hacia Disko. Tomaré avión en 1 semana aprox. Stoy enrolada n 1 xpedición cntífica.

Y, para ser consecuente con sus principios, pasó las siguientes horas sonsacando a Anarfiq sobre las leyendas inuits. Escribió más de tres folios con letra prieta, pero le fallaba la concentración. Se distraía con los bandazos del barco, con el sonido de las olas y, sobre todo, con la silueta de D. J., que interfería continuamente en su campo visual. Además, posiblemente a causa de su tristeza, cada vez lo veía todo más negro. Ni siquiera era capaz de leer las palabras que anotaba.

D. J. la sacó de su error de percepción.

—Siento interrumpiros, pero os comunico que tenemos el barco de Peddeckoe pisándonos la popa a tan sólo una milla y una tormenta en ciernes.

Otilia levantó la cabeza y en ese preciso instante notó como el estómago le subía hasta la boca para caerle luego bruscamente hasta los pies. La cabeza la sentía ligera, espumosa y comenzaba a salivar de forma excesiva. Estaba mareándose y no se había dado cuenta. Necesitaba aire. Se levantó con dificultades, asiéndose a las barandillas para no caer, y subió a cubierta. El espectáculo la estremeció. El cielo, negro plomizo, parecía haber caído sobre sus cabezas. Los nubarrones eran pesados, cargados de agua, y el frío comenzaba a ser acuciante. Rachas de viento del norte azotaban el mástil y bamboleaban el barco de babor a estribor. Caminó con tiento

agarrándose a las cuerdas y llegó hasta la barandilla, se acodó y respiró profundamente. Al abrir los ojos, lo primero que vio fue el yate de Peddeckoe navegando sobre las oscuras aguas. Parecía un barquito de juguete, blanco, impoluto, subiéndolo y bajando olas. Hacia el oeste divisó la silueta de una costa escarpada, la isla de Disko. Las olas se levantaban gigantescas y, como ejércitos regulares, rompían una tras otra, en formación impecable contra los acantilados. Los cabellos de Otilia ondearon, revueltos y le azotaron las mejillas, la frente. Intentó recogerlos, pero le fue imposible. Sus manos estaban casi insensibles y tenía la cara helada. El viento era cada vez más frío, más húmedo y estaba cargado de electricidad. Ciertamente, la tarde era inhóspita y estaba preñada de amenazas. Otilia levantó la vista al divisar un resplandor a lo lejos. Era un rayo, y otro, y otro más. El relampagueo fugaz trajo consigo el sonido del trueno todavía lejano, como el tambor que precede a la batalla. Sintió un escalofrío. Pronto, muy pronto tendrían la tormenta encima. D. J. la sacó de su ensimismamiento contemplativo con sus gritos y sus órdenes.

—¡Rápido! Necesito manos y ayuda para gobernar el barco. Esto no es un crucero de placer.

Venía cargado con chubasqueros amarillos y cuerdas. Otilia y Anarfiq se cubrieron con las prendas de lluvia y, bajo las órdenes de D. J., amarraron trastos, izaron y bajaron velas y trabajaron duramente a pesar del frío, el viento y los bandazos.

—Haremos un intento de refugiarnos en el puerto de Disko. Pero creo que ya es demasiado tarde.

Fue imposible acercarse y D. J., después de diversas tentativas frustradas, desistió y se propuso resistir el embate de la tormenta en alta mar, a distancia prudente de la isla para que el mar no los arrojara contra sus escarpadas costas. El agua comenzó a caer con fuerza y el cielo se abrió sobre sus cabezas, con toda su furia, como en una plaga bíblica.

Hacia medianoche las olas alcanzaban los diez metros de altura y el barco subía y bajaba como en una montaña rusa delirante, barrido por las olas y la lluvia. Los rayos caían tan cerca que los cegaban momentáneamente, como una descarga de mil voltios. Los truenos llenaron de espanto al Hombre de las Islas, que desapareció como por ensalmo. Anarfiq comenzó a flaquear acosado por el mareo y el cansancio. Su cara era de un color cerúleo y tenía graves dificultades para mantenerse en pie. Luchó con denuedo hasta que D. J., compadecido, le ordenó que bajase a la bodega a hacer compañía al Youq.

Otilia, en cambio, no desfalleció ni un instante. Sacó coraje y fuerzas de todos los pliegues de su orgullo y, dejando a un lado sus remilgos hacia D. J., supo estar a la altura de las circunstancias y las superó con creces. Trepó al mástil, soportó el embate de olas gigantes, se agarró con fuerza al timón para mantener el rumbo y siguió fielmente cuantas órdenes le transmitía D. J. Se entendían sin palabras, un gesto, una mirada, un grito eran inmediatamente interpretados y ejecutados.

Ya de madrugada, el viento pareció aplacarse y la lluvia perdió intensidad. La tormenta amainaba. Otilia alzó los ojos al cielo agradecida por la gentileza de los elementos de concederle una tregua para respirar y recuperar fuerzas. D. J. pasó por su lado y palmeó su espalda felicitándola, con el rostro más distendido que unas horas antes.

—Buena chica. Descansa. Voy a la sala de máquinas a comprobar los motores.

Otilia dejó que le hablase y le respondió con una sonrisa. Se sentía satisfecha de su hazaña. Había resistido como una leona. En realidad ya no se acordaba de su promesa de no mirarlo ni dirigirle la palabra. La experiencia había sido demasiado intensa como para mantener distancias. Se habían jugado la vida y, fuese por la adrenalina o por el instinto de supervivencia, sus recelos de unas horas antes le parecieron una solemne estupidez. Se habían dado la mano infinidad de veces, estirado la misma cuerda y sonreído tras cada pequeño triunfo. Y diez horas después estaba empapada hasta la médula de los huesos y comenzaba a tiritar. Caminó tranquilamente sin asirse a ninguna cuerda, confiada, creyendo que, si había sido capaz de mantenerse firme en lo más crudo de la tormenta, ya no le hacía falta tomar precauciones. Se asomó a la cubierta con las manos bajo la barbilla y contempló extasiada la grandiosidad del espectáculo que se alejaba hacia el este: la gama de colores, el resplandor de los rayos, la explosión de los truenos. Las olas le lamían los pies, y el mercante, con las sacudidas de los golpes de mar, se escoraba peligrosamente a babor. El mar no le causaba ningún miedo. Era una buena nadadora y a menudo pecaba de imprudente. Pero, inesperadamente, una ola gigante, el último coletazo de la tormenta, la cogió por sorpresa, la derribó traidoramente y en su retroceso la arrastró hacia el mar con una fuerza inaudita. En pocos segundos se sintió atrapada y engullida, como si una ventosa gigante la atrajese hasta la negrura más absoluta. Hasta aquel instante, nunca había sentido la verdadera fuerza del mar, y le pareció terrorífica. Estiró los brazos para asirse desesperadamente a algo y atrapó en el último momento la barra de la barandilla, pero las manos mojadas le resbalaban y el constante vaivén del barco le impedía izarse. Estaba colgada en el vacío, con las olas rugientes bajos sus pies como una boca que mostraba dientes afilados, ansiosa de tragársela. En brevísimos segundos, se sucedieron en su cabeza las imágenes de ahogados, cadáveres en medio del océano, con el horror reflejado en el rostro, hinchados, violáceos. Entonces, movida por su propia histeria, comenzó a gritar. Gritó con el alma, atragantándose con el agua salada y luchando por recuperar el equilibrio. Y, cuando la mano izquierda le falló por culpa de un brusco viraje del barco y creyó que caía sin remedio al abismo, notó que algo la sujetaba por un brazo y luego por el otro. Eran unas manos, las manos de D. J., que la asían como zarpas de hierro y la alzaban en volandas hasta depositarla sana y salva dentro del mercante.

Otilia tembló y gritó, aquejada por una crisis histérica. D. J. la abrazó y le acarició los cabellos como a una niña, meciéndola entre sus brazos y susurrándole al oído que estaba a salvo, que no le sucedería nada. Otilia se abandonó al abrazo, confiada, hasta

que dejó de parecerle un abrazo amistoso puesto que sus cuerpos estaban tan juntos que podía escuchar los latidos acelerados del corazón de D. J. y el calor de su respiración. Los brazos de D. J. la estrechaban cada vez con más fuerza. Levantó su cara hacia él y sus palabras murieron antes de ser pronunciadas. Los labios de D. J. húmedos y salados atraparon los suyos y se unieron en un beso interminable, mientras sus manos tanteaban su cuerpo bajo la ropa haciéndola descender por una espiral de vértigo maravilloso.

Otilia olvidó su rencor, su orgullo herido y se entregó al amor con pasión. Rodeó el cuello de D. J. con los brazos y sin dejar de besarlo dejó que él la alzara en volandas y la llevara hasta su camarote. Otilia respiraba con dificultad. Un fuego desconocido le quemaba las entrañas mientras D. J. le mordisqueaba tiernamente el cuello y la iba liberando de sus ropas mojadas. Se desnudaron con los ojos brillantes y el pulso alterado. Otilia evitaba pensar. Estaba admirada de que todo fuera tan fácil. Pero cuando D. J. la atrajo hacia sí y sintió su piel y su deseo, puso su mano sobre su pecho, jadeando.

—Espera, espera un momento.

D. J. se sorprendió. Aún tenía la voz tibia.

—¿Qué te ocurre?

Otilia no era capaz de explicarse. Rió nerviosa.

—Es... es la primera vez.

D. J. abrió los ojos y dejó caer las manos.

—¿Cómo?

—Pues eso, que no tengo experiencia y...

D. J. se apartó de ella.

—¿Me has mentido?

Otilia asintió avergonzada.

—Un poco.

—O sea, que no te has acostado jamás con un hombre.

—Eso mismo. Me da un poco de apuro reconocerlo, pero...

—¿Cuántos años tienes en realidad?

Otilia dudó. Esa vez D. J. se había puesto serio.

—Bueno, estoy casi a punto de cumplir los dieciocho.

D. J. saltó como tocado por un resorte.

—¿Eres una menor?

—No, no, me faltan unos días para dejar de serlo.

—Me lo temía. Eres una menor.

—Mi cumpleaños es el doce de julio, de verdad —insistió Otilia.

Pero D. J. se había recostado contra la litera y con manos temblorosas intentaba encender un cigarrillo.

—No me lo puedo creer.

—¿El qué? —musitó Otilia angustiada.

D. J. miraba sin ver.

—Cómo he podido ser tan ciego, tan idiota.

—Soy la misma que hace cinco minutos, mírame.

Pero D. J. ya no la miraba.

—O sea, que me haces creer que eres una periodista de veintiún años y eres una mocosa de diecisiete.

—Tengo casi dieciocho —repitió Otilia por infinitésima vez con un hilillo de voz.

D. J. suspiró y dio una calada al cigarrillo.

—Eres una menor y me podrían caer diez años. ¿Lo entiendes?

—Yo no se lo diría a nadie —cuchicheó Otilia como si se tratase de una travesura.

—No es ninguna broma, bonita. Cuando seas mayor de edad hablamos.

—Cobarde —dejó caer Otilia, súbitamente ofendida por el despecho.

D. J., rabioso, apagó el cigarrillo, recuperó su ropa esparcida aquí y allá y se vistió en silencio. Otilia se sintió angustiada.

—¿No te irás a marchar, verdad?

D. J. tardó en contestar. Cuando lo hizo, su tono era seco, dolido:

—Soy un imbécil por liarme con criaturas.

Otilia protestó:

—¡No soy ninguna criatura!

Sólo había sido sincera y le había advertido de que era su primera vez.

—¡Quiero hacer el amor contigo! No te vayas. Quédate.

D. J. le tomó las manos y las besó.

—Lo siento, me he equivocado. Ya te he dicho antes que soy un imbécil.

Otilia lanzó un gemido de rabia. La dejaba plantada, se largaba y la abandonaba en la cama. ¡Qué horror!

—No me dejes sola, por favor, por favor —suplicó Otilia sintiéndose humillada.

No podía acabar su primera experiencia amorosa abandonada como una colilla. Y comenzó a sollozar.

D. J. le pasó la mano por el pelo suavemente, para calmarla.

—No sufras. Lo olvidarás enseguida. Es mejor que me haya dado cuenta a tiempo. —La besó entre los ojos—. Eres preciosa, de verdad. Pero éste no es el día, ni el momento, ni el hombre adecuado para ti. ¿Lo entiendes?

Otilia rompió a llorar. Se lo merecía: sabía que no podía ser tan fácil. D. J. le secó las lágrimas y, antes de salir, la tapó con la sábana.

—Procura dormir.

Otilia no tenía ningunas ganas de dormir. Quería morirse, desaparecer. Ojalá se hubiera hundido en el mar una hora antes; así se habría ahorrado todo aquel sufrimiento innecesario. D. J. era un imbécil integral, ya lo había dicho él mismo. No comprendía cómo podía haberse enamorado de él. No, no estaba enamorada, lo odiaba. Quería matarlo, estrangularlo con sus propias manos y colgarlo del mástil.

No podía quedarse en ese barco ni un minuto más. ¿Cómo pretendía que

navegasen juntos, como buenos amigos, fingiendo que no había sucedido nada entre ellos? Ella era incapaz de fingir, lo vería a todas horas y oiría sus palabras diciendo «lo siento, bonita», a todas horas. Se sentiría ridícula y avergonzada y no podría soportarlo. Sí, lo odiaba, sentía un odio feroz hacia él. Se merecía morir por haberle hecho una cosa así. Seducirla vilmente para luego dejarla tirada como un fardo.

Se vistió furiosa. Lo mataría con sus propias manos. En caliente. Cuanto antes mejor. Y recordó la Browning y pensó en el placer que le daría disparar contra ese imbécil y dejarlo frito, con su sonrisa inmortalizada y sus ojos verdes abiertos mirando la nada. Y, de pronto, se asustó. No, una asesina no. No merecía la pena pasar el resto de la vida en prisión por culpa de un miserable. Malditas ganas de llorar. ¿Por qué tenía que llorar por un imbécil?

De buena mañana, Otilia había tomado una decisión. Se levantó ahogando sus sollozos. Recogió su anorak y metió su cámara y sus apuntes en su bolsa. Sólo lamentaba apartarse definitivamente de Anarfiq y del Youq. Pero ya tenía sus fotografías y su información para el reportaje. Sigilosamente, subió hasta cubierta. La tormenta había amainado: el cielo estaba sereno. Remando llegaría a la costa de la isla de Disko en un par de horas. Descolgó el bote de goma de la popa, procurando no hacer ruido, y saltó dentro. No movió los remos hasta pasado un buen rato, cuando el mercante ya estaba suficientemente lejos. Sin embargo, al querer remar, se dio cuenta de que sus esfuerzos eran inútiles: el bote, frágil y menudo, se alejaba de la costa. Intentó con todas sus fuerzas dominar la corriente, pero estaba exhausta y desmoralizada.

Media hora más tarde Otilia desistió, escondió la cabeza entre las piernas y se abrazó las rodillas como una niña. La corriente la empujaba mar adentro. Posiblemente moriría de sed, de hambre o de frío. Pero nada de eso la impresionaba, no podía ser peor que lo que acababa de sucederle. Se acurrucó y, acunada por las olas, se fue adormeciendo.

D. J. no quiso despertar a Otilia. Pensó que necesitaba descansar. Había estado sometida a demasiadas tensiones en el intervalo de pocas horas, y el reposo le haría bien. Lo cierto es que era una excusa. No quería verla por el momento. Quería dilatar el encuentro hasta que recuperara su entereza. Un paréntesis de tiempo era el único remedio para sus emociones algo alteradas. Lo malo es que viajaban en el mismo barco y estaban abocados, tarde o temprano, a reencontrarse. Pero eso sería más tarde.

D. J. almorzó con Anarfiq. El esquimal intentó distraerle y le enseñó algunas palabras en su lengua, pero D. J. tenía la cabeza ocupada en otras cosas y no puso ningún empeño en la tarea. Anarfiq lo dejó por inútil a la hora del café y se dedicó a buscar al Youq. Estaba escondido como una criatura y había permanecido inmóvil y silencioso, agazapado en un rincón hasta que Anarfiq lo descubrió. Entonces, se echó a reír y salió corriendo: jugaba al escondite. Indudablemente, el Youq era una compañía mucho más alegre y dispuesta que los extranjeros, concluyó Anarfiq. Los extranjeros, no sabía cómo, siempre estaban preocupados por un motivo u otro. El Youq, en cambio, exceptuando los momentos de peligro, era un amigo de verdad. Aprendía con sorprendente facilidad todo lo que le enseñaba. Anarfiq silbó para alertarlo. Había tenido una idea. Con la red de pescar y con una pelota que había encontrado en la bodega, quizá podría ensayar un nuevo juego. ¿Por qué no?

—¡Youq!

D. J. echó una siesta y se despertó de mal humor. Aún somnoliento, comprobó el rumbo, la posición y la distancia del yate de Peddeckoe. Qué extraño. Le estaba ganando distancia, ahora estaban de nuevo a diez millas cuando la última vez lo tenía apenas a seis. Se preparó un café y se extrañó de la ausencia de Otilia. No se había atrevido a acercarse a su camarote para no irritarla. Después del incidente, debía tratarla con delicadeza. Lo de la delicadeza era un decir. En realidad no sabía cómo demonios tratarla. Había estado a punto de jugarse su futuro. Afortunadamente, a pesar de sus ganas de pasar la noche con ella, conservó la sangre fría para hacer oídos sordos a sus lloros y ahora no tenía nada que lamentar. Excepto el mal rollo que le causaba el incidente. Había sido una heroicidad por su parte, lo cual debía poco a su caballerosidad —a veces dudaba de que alguna vez hubiera sido un caballero— y mucho al dato contundente de que se trataba de una menor. El nombrecito lo hacía estremecer. Desde siempre había huido de las menores como de la peste y mira por dónde había acabado cayendo en las redes de una de ellas, que había tenido la desfachatez de metamorfosearse en periodista terrorista. ¡Qué incauto!

A la hora de cenar la ausencia de Otilia le pareció excesiva y envió a Anarfiq con el encargo de que la esperaban para compartir la mesa. Anarfiq volvió confuso y se

explicó mal: Otilia no estaba, estaba seguro de que Otilia no estaba. Había mirado armarios y literas, y Otilia no estaba. Otilia había desaparecido.

D. J. se alarmó. ¿Se habría refugiado en la bodega? ¿Había quedado encerrada por error en algún pañol? Él y Anarfiq registraron el mercante de arriba abajo: levantaron montones de sacos, abrieron cámaras, vaciaron cajas... Todo fue en vano. Otilia se había desvanecido. El Youq se deshacía en mil lamentos junto a la puerta del camarote de Otilia.

D. J. estaba inquieto. Sabía perfectamente de lo que era capaz una muchacha desesperada. Se daban muchos casos como aquél todos los días. ¿Por qué las adolescentes eran tan trágicas? ¿Tan maximalistas? ¿Tan estúpidamente exhibicionistas? ¿Era culpa de las hormonas o de las películas que veían? Recordó los sollozos de Otilia y golpeó con rabia los nudillos contra la pared hasta lastimarse. Tendría que haberla atado a la cama hasta que se le pasase el mal rollo. De pronto, tuvo una intuición. Corrió hacia el camarote de Otilia y buscó su anorak y su bolsa. Suspiró aliviado. Recordaba que lo tenía colgado detrás de la puerta. No se veía nada suyo, ni su billetero, ni su cámara ni sus papeles. Esta vez, Anarfiq se le adelantó en las deducciones:

—¡El bote de goma! ¡Falta un bote!

D. J. respiró más tranquilo. Era una situación grave, pero en ningún caso irreversible. Darían media vuelta inmediatamente. Habían perdido unas horas preciosas, pero la encontrarían costase lo que costase. Se puso en contacto con los guardacostas y les informó sobre la situación aproximada de la noche anterior. Si estaban alertados, la localizarían con más rapidez: conocían bien la zona.

D. J. abrió una botella de *whisky* y, sin dejar el timón, la apuró hasta la última gota. Otilia era una estúpida irresponsable, pero la culpa era suya y sólo suya. ¿Desde cuándo se dejaba engañar por una jovencita lianta y con ínfulas de grandeza? ¿Por qué no la trató desde el principio como a una niña malcriada que es lo que en definitiva era?

No tenía perdón. Él había sido víctima de su desvergonzado atrevimiento al secuestrarlo, de su impetuosidad, de sus sueños de periodista aventurera, de su avidez por las palabras, de su ingenuidad, de sus piernas de gacela, de sus ojos color miel, de su rictus pretendidamente serio, de su cabello ondulado, de su piel de terciopelo. ¡Oh, no! Había caído bajo su embrujo. Maldijo su suerte y bebió un trago largo. Y, sin poderlo remediar, recordó la voz de Otilia suplicándole con lágrimas en los ojos que no la abandonara. Había necesitado mucha fuerza de voluntad para comportarse como un adulto responsable y salir del camarote. Había tenido que distraerse con pensamientos decididamente desmotivadores. Se bebió el resto de la botella sin parpadear y la lanzó lejos. La oyó chocar contra el agua mientras recordaba la boca de Otilia, su piel salada, sus labios calientes, sus gemidos. Se sujetó al timón. No quería dormirse, llevaba dos días sin pegar ojo, pero no podía desfallecer en ese momento: tenía que encontrar a Otilia.

D. J. tuvo un sobresalto. Se había dormido. Anarfiq lo zarandeaba, le pellizcaba para que recuperase el conocimiento. Intentaba decirle algo. Hizo un esfuerzo por entenderle. Le resultaba muy difícil. La cabeza le pesaba sobre los hombros y sentía un zumbido en los oídos, un enjambre de avispas martilleándole las sienes. Le hablaban de Otilia, sí, querían explicarle alguna cosa de Otilia. El Youq lloriqueaba con unos gruñidos hoscos. D. J. se puso en pie con dificultad y fue a buscar agua. Se refrescó la cara y las sienes y se mojó el pelo con agua. El agua le humedecía las ideas; entonces pudo entender a Anarfiq. Los guardacostas les habían enviado el mensaje por radio hacía tan sólo unos minutos. Acababan de hallar el bote de goma. Anarfiq gritaba. Lo habían encontrado, pero sin Otilia dentro. Suponían que se había ahogado. D. J. creyó que aún estaba borracho y que no lo había entendido bien. Pero Anarfiq lo repitió una y otra vez como la banda sonora de una pesadilla sin fin.

Otilia está muerta, muerta, muerta...

OTILIA abrió los ojos y volvió a cerrarlos de nuevo. No sabía dónde estaba. De reojo, había captado unas paredes blancas, una habitación minúscula y una ventanilla por donde se filtraba una claridad tenue. Yacía en una cama. Sentía frío, hambre y un ligero mareo, quizá por el constante balanceo o porque estaba enferma.

El último recuerdo coherente que conservaba era el de un bote de goma. Se había abandonado a la corriente marina. Era de noche y... Después, todo eran sensaciones vagas: voces, mareo, náuseas, ajeteos. Había soñado mucho, pero no recordaba casi nada.

Sin duda alguna, se encontraba en un barco, pero en un barco de lujo; aquel camarote no se correspondía con el tipo de camarote de los mercantes o balleneros. Inspeccionó su alrededor con más detenimiento. Vio su anorak y su ropa colgados de una percha. Ella vestía un pijama masculino que le quedaba tan holgado que resultaba grotesco. Alguien se lo había puesto. Se destapó y se acercó a la ventanilla. El cielo estaba encapotado, y el viento, que inundó la estancia al abrir el cristal, era desapacible, pero templado. Cerró rápidamente y recordó el frío que había pasado. Se le habían congelado hasta los recuerdos.

Otilia se estaba calzando los zapatos para salir a averiguar dónde se encontraba, cuando se abrió la puerta y entró un muchacho larguirucho con gafas. El joven, al verla, retrocedió unos pasos y farfulló una disculpa hecho un manojo de nervios.

—¡Oh, perdona! Lo siento. No sabía que te habías levantado. Te aseguro que siempre llamo a las puertas antes de entrar. Sólo quería cerciorarme de que estás bien y, bueno, también te traía un poco de agua.

Otilia hizo un gesto para tranquilizarlo, pero perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse en él. Se sentía muy débil.

—No deberías haberte levantado tan pronto. Piensa que hace dos días que no comes y que cuando te recogimos tenías mucha fiebre.

Otilia se puso una mano en la frente para comprobarlo, pero tenía una temperatura normal.

—No, ahora ya estás bien. Te hemos dado una buena dosis de antibióticos, y ayer ya saliste de peligro. Oh, por favor, vuelve a la cama y te traeré alguna cosa suave para que desayunes. Un caldo y un poco de pollo.

Otilia se lo agradeció con una sonrisa. Era cierto, aún no se sentía con fuerzas.

—¿Cuándo dices que me recogisteis?

—Pues el miércoles por la noche.

Otilia calculó. Había dejado el mercante la madrugada del martes. ¿Cómo era posible que hubiese navegado un día entero sin recordar absolutamente nada?

—Sufrías hipotermia y un principio de neumonía. Seguramente, después del

temporal quedaste tan cansada que te dormiste mojada. El frío estuvo a punto de matarte.

Otilia lo entendió: ahora se explicaba el dolor de cabeza. Así pues, la habían recogido en alta mar.

El joven no acababa de decidirse a salir. Tenía algo que confesarle.

—Te he guardado el secreto —susurró como un agente especial de la CIA.

—¿Qué secreto? —balbuceó Otilia temiendo lo peor.

—Que procedes del *Mediterráneo*. Del barco que perseguíamos. Lo que no me explico es como caíste al agua. Primero creí que había habido un naufragio, pero no. El *Mediterráneo* continua vivo y coleando.

Esa vez Otilia sí que sintió un vahído y Wifredo la tuvo que ayudar a acostarse.

—Así que vosotros sois...

—Una expedición científica de la Universidad de Wisconsin comandada por el doctor Peddeckoe.

Otilia comenzó a reír con una risa nerviosa, histérica. No podía parar de reír. Ironías del destino, hacía tan sólo unos días que había comunicado a sus padres que se había enrolado en una expedición científica. Así pues no era tan mentirosa.

—Y ahora soy vuestra prisionera, supongo.

Wifredo la mandó callar con el dedo sobre los labios y cerró la puerta con sigilo.

—Te he dicho que te he guardado el secreto. Nadie lo sabe excepto yo mismo.

Otilia supo que decía la verdad. Wifredo era transparente y sincero.

—¿Y qué vas a hacer conmigo?

Wifredo se rascó la cabeza.

—Sinceramente, no lo sé. Debemos inventar una coartada para el doctor Peddeckoe. Me deshice del bote que te delataba, lo dejé a la deriva. No quería que el doctor te utilizase como rehén.

Otilia hizo cábalas.

—Quieres decir que el doctor Peddeckoe me hubiera utilizado como moneda de cambio para el Youq.

—Efectivamente —admitió Wifredo, e inmediatamente añadió—: Y a mí, bueno, a mí este tipo de cosas no me gustan nada. Yo amo la ciencia, pero soy pacifista. Estoy en un dilema y, si no sé las razones por las que apareciste en ese bote, me será difícil guardar el secreto.

Otilia se vio en la obligación de tranquilizarlo y ser sincera.

—La verdad es que huí de ese capitán engreído. Ese tal D. J.

—¿Te hizo algo?

Otilia podía haber inventado un montón de excusas, pero Wifredo le inspiraba a sincerarse consigo misma. Y, sin poderlo remediar, sollozó flojito.

—No, no me hizo nada, supongo que fue por eso.

La expresión de extrañeza de Wifredo le hizo darse cuenta de que su argumento no tenía ni pies ni cabeza.

—No podía soportar estar cerca de él y que él, que él, me ignorase.

Wifredo, entonces, le echó un cable.

—Te enamoraste.

Otilia lo negó con vehemencia, pero comenzó a lagrimear como una tonta hasta que Wifredo, solícito, le ofreció un pañuelo.

—Pobrecilla. Te comprendo.

Otilia se enjugó una lágrima.

—Es horroroso, no sé explicarlo, no quiero verlo más, pero me he pasado esos dos días soñando con él. No sé si te ha ocurrido alguna vez algo así.

Wifredo se conmovió.

—En mi primer curso de carrera me enamoré de mi profesora de Pensamiento Mágico. Fue muy humillante. Acepté hacer de canguro de sus hijos, pasear su perro y llevarle la compra del supermercado. Hasta que me di cuenta de que ella no me quería. Sí, he pasado por eso.

Otilia se sonó la nariz.

—Sólo quiero olvidarlo y no verlo más. Quiero que sufra pensando que me ahogué.

Wifredo era muy humano.

—Eso es muy cruel.

Otilia no atendía a razones humanitarias.

—Más cruel fue lo que él me hizo.

—Pero... ¿te maltrató o... te pegó...?

—Me rechazó. Me dijo que era muy joven.

Wifredo le tomó la mano cariñosamente.

—Olvídalo. Te mereces algo mucho mejor que ese universitario despechado.

Otilia negó.

—Te confundes, estoy hablando de D. J.

—Sí, él, es licenciado por la Sorbona y doctorado en Utrecht y Upsala.

Otilia abrió los ojos.

—¿Cómo?

Wifredo suspiró.

—Un tipo raro, y los hay bastantes, la verdad. Se metió en líos políticos y acabó dedicándose al contrabando. Pero tiene clase, mucha clase.

Otilia se sintió ofendida.

—¿Me estás diciendo que tenía razón al echarme de su lado?

Wifredo rectificó rápidamente.

—No, no, para nada, si no te llega a la suela del zapato.

—Muchísimas gracias. Eres un encanto. Seguro que no dirás a Peddeckoe de dónde vengo.

—Seré una tumba.

—No quiero que me usen como cebo, ni que por culpa mía apresen al Youq.

—¿Lo has visto?

—Naturalmente.

Wifredo abrió los ojos.

—Yo no pude, me fue imposible. Un ser tan maravilloso, con el que me he quemado las cejas tantas noches y a tan sólo unos metros de mí. Fue como un sueño imposible.

Otilia se incorporó con los ojos brillantes.

—¿Sabes mucho acerca del Youq?

Wifredo carraspeó, no era su estilo, pero a veces le salía una vena exhibicionista.

—Dudo que ningún otro antropólogo vivo sepa más que yo acerca del Youq.

Otilia estuvo a punto de desmayarse de la sorpresa. Su reportaje ya tomaba cuerpo. El antropólogo mejor informado del mundo le proporcionaría información de primera mano sobre el protagonista de su artículo. Intentó abrazar a Wifredo, pero trastabilló y cayó de nuevo sobre la litera.

—¿Estás bien? Dime, estás bien.

—Algo débil —musitó mientras pensaba que necesitaba un ordenador y una mesa.

El chico se golpeó la cabeza al caer en la cuenta de su descuido.

—Ahora mismo te traigo la comida.

Volvió al cabo de pocos minutos con una bandeja que depositó sobre las rodillas de Otilia.

Otilia estudió a su anfitrión con el rabllo del ojo mientras atacaba con verdadera furia el pollo y la sopa. Era un muchacho pálido y ojeroso, escuchimizado como un mondadientes y terriblemente nervioso. Parecía buena persona.

—Perdona, no me he presentado. Soy Wifredo.

—Encantada, Wifredo. Mi nombre es Otilia y me encantaría poder viajar con vosotros y escuchar historias acerca del Youq.

Wifredo suspiró preocupado.

—El doctor Peddeckoe querrá saber quién eres, adónde te diriges y dónde podemos desembarcarte.

—Dile que padezco amnesia.

Wifredo abrió los ojos.

—¿Amnesia?

Otilia sacó su carta de la manga.

—Ya sé que vas a procurar lo mejor para mí sin esperar nada a cambio, pero yo tengo algo que podría interesarte.

—¿A mí?

—He convivido con el Youq unos cuantos días y puedo explicarte cosas sobre su comportamiento.

A Wifredo se le empañaron los cristales de las gafas de la emoción que lo poseyó. Su temperatura subió más de cinco grados.

—Eso, eso sería estupendo...

Otilia le guiñó un ojo con picardía.

—Y tengo fotos.

Otilia había acertado de lleno. Wifredo estuvo a punto de sufrir un infarto al contemplar el estupendo repertorio fotográfico del Hombre de las Islas. Probablemente, el único testimonio visual de su existencia.

Otilia supo que se había ganado un aliado leal. Aunque quizá debió calcular mejor las complejas lealtades que movían al muchacho.

—Confía en mí —musitó Wifredo con un guiño antes de marchar con la promesa de proporcionarle cobijo, silencio y un ordenador.

PEDDECKOE levantó los ojos de la pantalla. Había mandado llamar a Wifredo, pero le importunaba justo en el momento en que estaba a punto de finalizar la lectura de un artículo de Dupendié sobre el uso de las plumas entre los guaraníes. Le pidió silencio con una mano y continuó impertérrito hasta el final. El artículo era deplorable; el muy estúpido de Dupendié se había superado a sí mismo. Mientras hubiera antropólogos con un coeficiente intelectual como el de su colega, tenía asegurado el reconocimiento académico.

Como siempre que se dirigía a Wifredo, se quitó las gafas y carraspeó antes de hablar. Lo trataba como a un verdadero intruso.

—Y bien, Wifredo, ¿no tienes algo que decirme?

—Pues, en estos momentos, doctor Peddeckoe, no se me ocurre nada.

—En ese caso yo mismo te refrescaré la memoria. Kowalsky interceptó este mensaje tuyo al *Mediterráneo*.

Tomó un papel sobre la mesa y leyó.

Querido D. J. Su pasajera está viva y goza de buen estado de salud. A partir de ahora es nuestra huésped y le ruego se olvide de ella. Atentamente, Wifredo.

Wifredo, totalmente desprevenido, se tuvo que sentar.

—¿Tienes algo que alegar en tu defensa? No sé, un ataque de histeria polar transitorio, por ejemplo.

Wifredo palideció y se metió las manos en los bolsillos, por hacer algo. No se atrevía a fumar delante de Peddeckoe.

—No, claro, doctor, naturalmente, debería habérselo comunicado, pero no encontraba el momento.

Peddeckoe volvió a calarse las gafas.

—Así pues, la náufraga se ha identificado y ha resultado ser una «pasajera» del *Mediterráneo*, el barco que nos ha arrebatado a nuestro «Hombre de las Islas», que nos ha boicoteado nuestra misión y que ha huido ante nuestras narices sin que hayamos podido hacer nada. ¿Es eso?

Wifredo se puso blanco como el papel de fumar.

—Más o menos.

—Y claro, la «pasajera-náufraga» a partir de ahora, según tus palabras, es nuestra huésped y como eres tan educadamente estúpido así se lo comunicas al capitán del *Mediterráneo*.

Peddeckoe, en un gesto teatral y estudiado alzó las manos al cielo con

desesperación.

—Wifredo, Wifredo, ¿qué voy a hacer contigo?

Wifredo, avergonzado de verse cogido nuevamente en falta, bajó los ojos y se explicó como pudo.

—El caso es que la chica se había enamorado del capitán y decidió lanzarse al mar por amor, pero yo creo que en el fondo él también debía de estar enamorado y que lo estaría pasando fatal creyendo que había muerto.

Peddeckoe lo interrumpió:

—¿Y por qué supones que él también está interesado en la chica?

Wifredo suspiró.

—Ella es muy guapa y muy lista y se besaron y eso... Parece una pelea de enamorados.

—Antes de nada, Wifredo, repito que te continuas expresando fatal. En segundo lugar, no somos una ONG de cooperación sentimental y en tercer lugar, por una carambola del destino, debo felicitarte. Has resuelto una pequeñísima parte de mis quebraderos de cabeza.

Wifredo se quedó atónito.

—No irá a proponer que la consideremos nuestra rehén.

—Además eres un chico intuitivo. ¿Seguro que adivinas también quién va a llevar las negociaciones de la forma más discreta posible?

—No, señor, no me abrume con esa responsabilidad tan deshonrosa.

—No seas melifluo. Eso forma parte de tu aprendizaje. Tienes que continuar adelante sin que la interfecta sospeche que es nuestra rehén y negociar draconianamente con el tal D. J. las condiciones de devolución de la chica a cambio, naturalmente, del Hombre de las Islas.

—Pero, señor, no podemos hacer eso, la muchacha es una ciudadana libre, seríamos algo así como piratas o terroristas o...

—Ése será tu problema. Si te juzgan, te juzgarán a ti. Ha sido tu error y soy capaz hasta de perdonarte por haberme mentido y falseado pruebas acerca de la náufraga, pero no voy a encubrir tu delito, naturalmente. O sea, que tendrás que ser lo suficientemente hábil como para no comprometerte con la justicia.

El pobre Wifredo se mesó los cabellos.

—No me obligue a traicionarla. Por favor, no soy un traidor.

—Lo eres, querido Wifredo. Desde el momento en que me has ocultado una información a mí, a tu catedrático y jefe de expedición, eres un traidor para conmigo. Recuérdalo —suspiró—. Y, a pesar de ello, te doy la oportunidad de recuperar mi confianza en ti, cosa harto difícil.

Wifredo se resignó a su suerte de Judas.

—¿Qué debo hacer?

—Negociarás con D. J. un intercambio en Manaos.

—¿Lo va a obligar a recorrer medio mundo?

—No me pienso detener a media travesía. Ya estamos en la fase dos y tenemos el tiempo justo. Además, ése será su castigo.

Wifredo se golpeó los nudillos con desesperación.

—¿Y durante todo el trayecto hasta Manaos debo engañar a la chica?

—No te resultará muy difícil. Si ha sido tan idiota como para enamorarse de ese desaprensivo, también te creerá a ti. Anda, no te quedes ahí plantado como una col y ve a comunicarte con D. J.

Wifredo dudó unos instantes.

—¿Y cómo sabe que D. J. estará dispuesto al canje y que nos seguirá hasta Manaos?

Peddeckoe movió la cabeza con un discreto gesto de desesperación.

—Querido Wifredo, desde que enviaste tu mensaje, D. J. cambió su rumbo. Lleva siguiéndonos tres días y no ha dejado de ametrallarnos con mensajes que no hemos respondido. Te puedo asegurar que está muy, muy interesado en esa chica. Sus razones tendrá, pero aprovéchate de su flaqueza. Quiero al Hombre de las Islas en Manaos. ¿Entendido?

Wifredo salió cabizbajo y se dirigió torpemente a la sala de ordenadores. Efectivamente, D. J. les seguía la pista y estaba dispuestísimo a hablar con él.

Con todo el dolor de su corazón inició su ingrata tarea. A pesar de sus escrúpulos y sus ideales, no podía permitirse el lujo de perder el favor de Peddeckoe. Y tampoco podía arriesgarse a que Peddeckoe conociera el secreto acerca del Youq que compartía con la preciosa náufraga. Tenía toda la razón del mundo. Era un traidor de tomo y lomo.

OTILIA se despertó como de costumbre a causa de los ligeros e insistentes golpes a su puerta. Estiró los brazos perezosamente y lo invitó a pasar.

—Adelante.

Wifredo se presentó, diligente, con su bandeja del desayuno en una mano y sus papeles en la otra.

—¡Hola! ¿Has dormido bien?

Otilia, medio incorporada, se restregó los ojos.

—¿Qué hora es?

—Las diez de la mañana. Una buena hora para levantarse.

Desde hacía días, Otilia quería hablar claramente con Wifredo sin atreverse. Ahora que ya había escrito su artículo sobre el Hombre de las Islas era el momento. El artículo le había salido genial, atrevido e impregnado de un halo mágico. Seguro que arrasaría. Había puesto en él sus cinco sentidos y toda la rabia y la frustración de su historia fallida con D. J. en el *Mediterráneo*. Por fin se sentía en paz consigo misma por finalizar una tarea bien hecha. Aunque, siendo sincera, también se sentía vacía. Quería aprovechar el tiempo que le quedaba para conocer el barco, a sus tripulantes, su misión y qué les llevaba hasta Manaos. Decidió hablar sin tapujos.

—Wifredo, me siento, no sé cómo decirlo, algo agobiada por tu exceso de hospitalidad. Hace una semana que me despiertas y me das las buenas noches sin dejarme sola ni un instante.

Wifredo no sabía cómo comportarse con naturalidad sin herir la sensibilidad de la chica. En realidad se daba cuenta de que no sabía cómo comportarse con una chica. ¿Se había pasado?

—Oh, lo siento. Quizá necesites estar sola algún rato. Las chicas necesitáis momentos de intimidad.

—Sí, eso mismo.

—Es ese caso te dejaré sola.

—No, no espera, no es eso. —Lo detuvo Otilia.

—¿Entonces?

Otilia le mostró su extrañeza.

—En todo este tiempo no he visto a nadie más. Parece un barco fantasma.

Wifredo calló unos instantes. Buscaba una excusa que sonase verosímil.

—Bueno, es que es mejor que no veas a nadie. No es conveniente. No sé si sabes que eres la única mujer a bordo y la tripulación no soportaría tu presencia. Bueno, quiero decir, que les gustaría tanto tu presencia que no atenderían a su faena. Eso para decirlo suavemente.

Otilia se quedó algo sorprendida.

—¿Y diciéndolo a lo bruto?

—Te violarían.

Otilia no supo si reírse o creérselo. Pero Wifredo lo había dicho muy serio. Recordó su horrorosa experiencia en las calles de Nuuk e intentó imaginar a todos sus perseguidores hacinados en la sala de máquinas del yate de Peddeckoe. Estremecedor. Tragó saliva.

—Tal vez tengas razón. Pero no sé, ¿quieres decir que el doctor Peddeckoe también...?

—No, no, el doctor Peddeckoe no te violaría, pero será mejor que no le conozcas.

—¿Por qué?

Wifredo improvisó, pero no tuvo que dejar volar demasiado la imaginación. La realidad, en ocasiones, superaba la ficción.

—Bueno. Digamos que es un científico algo raro. Obsesionado. Sí. Muy obsesionado con su investigación y algo excéntrico.

Otilia intentó imaginárselo y no le fue demasiado difícil. Había tenido profesores chiflados en la escuela. Era bastante habitual. Asintió mientras se abanicaba; hacía un bochorno insoportable.

—De acuerdo. Acepto que estoy en una situación de peligro y que eres mi único interlocutor. Pero hace más de una semana que sólo hablamos del Hombre de las Islas y empiezo a estar un poco harta del tema. ¿Te parece que hoy charlemos de otras cosas?

Wifredo estuvo de acuerdo.

—¿Cómo es que hace tanto calor?

—Estamos muy cerca de las costas de Venezuela, en América del Sur. Ten en cuenta que nos estamos acercando a la línea ecuatorial, y la humedad ambiental es altísima.

Otilia, sugestionada, se dio aire.

—Y ahora explícame por qué os dirigís hacia estas latitudes. ¿Qué vais a hacer a Manaos?

Wifredo se acomodó para una larga y detallada explicación.

—Bueno, está claro que no viajamos por placer. Nuestra misión científica tiene un nuevo objetivo.

—¿Qué territorios vais a explorar?

Wifredo se vio en la obligación de corregirla.

—No confundas las misiones científicas con las exploraciones geográficas. Nosotros somos antropólogos, y no nos interesa estudiar ninguna región. Tampoco estudiamos cráneos ni huesos. Eso es lo que hacen los antropólogos físicos. Nosotros somos antropólogos culturales.

Otilia estaba interesada.

—Nunca he entendido qué estudian exactamente los antropólogos culturales. ¿El arte? ¿La literatura? ¿La música?

Wifredo la corrigió, comprensivo:

—Los antropólogos, cuando hablamos de cultura, nos referimos a las formas de vida y de adaptación al medio de las diversas sociedades del planeta. Un tuareg del desierto tiene tanta cultura como un profesor de Nueva York o como un baruya de Nueva Guinea, porque los tres tienen formas precisas de conseguir los alimentos y de establecer unas relaciones de parentesco, de organizarse social y políticamente, de intercambiar bienes. Y, como todo eso los diferencia, cada uno tiene su cultura y nosotros las estudiamos.

—Y Peddeckoe y tú sois especialistas en cultura esquimal y cultura amazónica.

—No, nosotros sólo estudiamos un aspecto de la cultura. Somos especialistas en sistemas mágico-religiosos.

Otilia se interesó de verdad:

—¿Quieres decir que eres un experto en brujería, hechizos y magia negra?

Wifredo se encogió de hombros y procuró quitarle importancia al asunto.

—Sí, ejem, yo estoy becado por la universidad para realizar mis trabajos junto con Peddeckoe. Puesto que la primera fase de la misión se vio frustrada, ahora vamos a las selvas amazónicas, a la Tierra Firme, al pie de la cordillera del Cutucú. Es una zona muy inexplorada y muy peligrosa. Se encuentra en pleno corazón del territorio de los *Untsuri Shuar*, conocidos como jíbaros.

Otilia se estremeció y recordó un viejo documental.

—Los jíbaros reducen las cabezas humanas.

—Exactamente. Es lo que más fama les ha dado.

—¿Son muy agresivos?

—Sí, digamos que no son demasiado sociables. Es una expedición muy arriesgada.

Otilia comenzaba a segregar adrenalina. Su sangre de periodista estaba alterada, deseosa de nuevas noticias frescas, jugosas y tan sorprendentes como la del Hombre de las Islas para hincarles el diente.

—¿Y qué pretendéis estudiar de los jíbaros?

Wifredo adoptó un tono confidencial:

—Bueno, la misión se lleva en secreto para que no la intercepte nadie.

—Mi boca estará sellada —mintió, como buena periodista, Otilia.

—Ahora pretendemos demostrar la existencia de unos seres mitológicos que conviven con los jíbaros. Los espíritus conocidos como *arutams*. Los antropólogos que han oído hablar de ellos los atribuyen a la ingestión de alucinógenos y a la fantasía de los indígenas, pero tanto el doctor Peddeckoe como yo estamos seguros de que encontraremos a los *arutams* cueste lo que cueste.

Otilia bebió su café de un sorbo y se secó los labios húmedos con la manga, en un gesto poco delicado y nada femenino. Sentía algo así como una avidez desenfrenada.

—Y, ejem, ¿cuál será vuestra ruta?

—Remontaremos el Amazonas hasta Manaos, y en Manaos dejaremos el yate.

Desde allí continuaremos por otros medios para adentrarnos en la selva amazónica.

Otilia suspiró de placer. Un safari por el corazón de la selva hacia el territorio de los sanguinarios jíbaros en busca de seres mitológicos. Sonaba genial.

—Los *arutams*. Tienen un nombre poético y hermoso. ¿Qué aspecto tienen? ¿Cómo pensáis capturarlos?

Wifredo se emocionó.

—¿De verdad quieres que te lo explique?

—Naturalmente.

Wifredo se caló las gafas y comenzó su discurso con un leve temblor en la voz. Su vocación era la enseñanza.

—Pues los *Untsuri Shuar* creen firmemente en la realidad del mundo sobrenatural, al cual únicamente pueden acceder mediante alucinógenos. De hecho, casi al nacer, los niños son fuertemente drogados para que entren en el «verdadero mundo», como dicen ellos.

Otilia protestó:

—¿*Untsuri Shuar*? ¿No eran jíbaros?

—Sí, claro, *Untsuri Shuar*, que significa «indios numerosos», es el nombre con que se autodenominan los mismos jíbaros. Estas tribus viven organizadas en casas comunales en la ribera del río Upano, al pie de la cordillera andina, y en vecindad semipacífica con los achuara, también conocidos como *Aciara Shuar*...

Otilia parpadeó. Asimilaba rápidamente la explicación concienzuda de Wifredo. Parecía un manual de etnografía.

—Sí, de acuerdo.

—Los jíbaros, con ayuda de los alucinógenos, se internan en el mundo de los espíritus y de las almas y los utilizan; es decir, se apropian de ellos.

—¿Los cazan?

—Eso mismo: los jíbaros distinguen tres tipos de almas, pero la más importante, la más fundamental, es el alma *arutam*. Todo guerrero jíbaro que se precie posee un alma *arutam* que lo protegerá de un asesinato a traición. Los jíbaros son muy aficionados a asesinarse; las mujeres son especialistas en venenos para cargarse a sus maridos.

—¿Y el doctor Peddeckoe cree que los *arutams* existen físicamente, como el Hombre de las Islas?

Wifredo sonrió con suficiencia.

—Naturalmente. Y aquí es donde Peddeckoe se desmarca de los etnógrafos tradicionales, que atribuyen los *arutams* a la superstición de los indios y al efecto de los alucinógenos. Pero ni el doctor ni yo dudamos en absoluto de su entidad, una entidad diferente, se entiende, pero...

—No acabo de comprender lo que es un *arutam* —le interrumpió de nuevo Otilia con sincero interés.

Wifredo dudó.

—Hummm... Un *arutam* sólo se hace visible en el momento en que el jíbaro lo hace suyo y, normalmente, este *arutam* le acompañará hasta que muera.

—¿Como si fuese un ángel de la guarda?

—Sí, eso mismo. Una vez muerto el jíbaro, el *arutam* vuelve a las cascadas sagradas, que son su morada, hasta que se apropia de él otro jíbaro.

Otilia estaba fascinada.

—¿Y cómo son los *arutams*?

—Pues pueden tener formas diferentes. Un jíbaro no lo puede ver hasta que no lleva cinco días de ayuno, bebiendo agua de tabaco y haciendo el ritual del tau tau. Al parecer, el *arutam* es horrible: hay indios que no lo resisten y se mueren del susto al verlo, quiero decir que les da un ataque al corazón. Tal vez porque están un poco colocados, bueno, alucinados, o sea, drogados; Y no es para menos. La primera forma *arutam* es una inmensa cabeza humana de fuego.

Otilia se estremeció.

—Pero éste no es el aspecto más terrible. Es mucho peor cuando el *arutam* se convierte en dos inmensas anacondas entrelazadas o en dos veloces jaguares peleándose...

—¿Y conviven con ellos para siempre? —se asombró Otilia—. ¿Un guerrero jíbaro se acompaña de anacondas, jaguares o cabezas que duermen y comen con él?

Wifredo asintió con la cabeza, suspirando.

—Se necesita valor, ¿verdad? Pues los guerreros, a veces, inician a sus hijos a los seis años.

—¿A los seis años nada más? —se escandalizó Otilia.

—Sí, así se aseguran de que no morirán asesinados antes de la adolescencia.

—¡Qué salvajes!

—Sí y no —corrigió Wifredo—. El concepto *salvaje* aplicado a la agresividad también se encuentra en las sociedades tenidas por civilizadas. ¿Sabes que hasta hace muy poco, en los medios rurales europeos, se practicaba el infanticidio femenino?

—No —respondió rápidamente Otilia intentando retener todos los datos sin apuntarlos. Sonaba impresionante lo del infanticidio femenino en Europa—. ¿Hay algún libro sobre eso?

—No está demasiado estudiado. Tengo un amigo que está haciendo la tesis doctoral sobre este tema.

Otilia no se perdía detalle y Wifredo no se pudo resistir. Le encantaba sorprender a sus interlocutores.

—Aunque te cueste creerlo, a las niñas no se les daba alimento, y se decía que no querían comer. Era una forma pasiva de matarlas. También se dejaba que las cuidasen sus hermanitas pequeñas, que las dejaban caer accidentalmente. O bien un día frío sus madres las olvidaban fuera de casa.

Otilia tragó saliva. Estaba muy impresionada. El mundo estaba lleno de noticias apasionantes. Pero intentó no distraerse y arrinconó mentalmente para otro momento

el infanticidio femenino.

—¿Y tienes bibliografía acerca de los jíbaros y los *arutams*?

—Naturalmente. ¿Te interesa?

—Pues claro. Me parece una noticia, quiero decir una realidad muy sorprendente.

Wifredo sonrió de oreja a oreja.

—¿Sabes...? Creo que... bueno... no sé cómo decírtelo. Diría que tienes alma de antropóloga.

Y, tras decirlo, enrojeció como un pimiento maduro. Era el piropo más elaborado que jamás había dicho a ninguna chica. Otilia quedó encantada.

—Oh, qué bonito. Gracias, Wifredo.

Pero el pobre Wifredo lo estaba pasando fatal. No era más que un vil traidor.

DESDE la desaparición de Otilia, D. J. vivió en una pesadilla constante. En el breve lapso en el que creyó que estaba muerta y hasta su milagrosa resurrección como rehén del barco de Peddeckoe, se sucedió un infierno de trámites y desgraciados incidentes. El trance peor de todos fue poner en conocimiento de los padres de la chica el trágico suceso.

Mr. Wilt, tras conocer la terrible noticia, reaccionó virulentamente.

Es usted un miserable criminal y pagará por ello.

D. J. le perdonó el exabrupto fuera de lugar atribuyendo su reacción desmesurada al dolor y la desesperación de un padre. La sorpresa llegó cuando, tras recibir el mensaje de Wifredo —según el cual Otilia estaba viva y en buen estado de salud—, lo comunicó inmediatamente a su familia loco de alegría y obtuvo la respuesta siguiente.

Es usted un pirata marino que ha atentado contra la vida y la seguridad de mi hija y pagará por ello. Exijo que me la devuelva inmediatamente sana y salva. En caso contrario, lo denunciaré por secuestro.

D. J., atónito por esa salida de tono, respondió con una desabrida nota aclaratoria:

Incorre usted en un grave error. Su hija tomó sola la decisión de navegar en mi barco y tomó sola la decisión de abandonarlo. La encontrará usted en el yate del doctor Peddeckoe, a bordo del cual no tengo acceso. Póngase en contacto con ellos y hable con ella.

Pero el señor Wilt respondió inmediatamente.

¿Me cree usted idiota acaso? Desde este mismo momento he puesto en manos de la justicia mi caso y es usted responsable absoluto ante la ley de cualquier percance que le suceda a mi hija Otilia Wilt, menor de edad. Lamentará usted haberla conocido.

D. J. se desgañitó por activa y por pasiva intentando convencerlo de la verdad, de que él, y no su hija, había sido víctima de un secuestro, pero se dio cuenta de que la versión era incongruente, que no convencía y de que ningún juez con dos dedos de frente la daría por buena. Tenía las de perder y, lo peor de lo peor, Otilia era una menor, lo odiaba y tal vez decidiera declarar en su contra.

D. J. había navegado durante diez años por el Atlántico Norte sorteando a embaucadores, truhanes, timadores, contrabandistas, asesinos, mafiosos y criminales. El padre de Otilia, el muy ilustre míster Ronald Wilt, resultó mucho más peligroso y desconcertante que todos ellos juntos. Un burgués leguleyo amigo de políticos, jueces y empresarios que a buen seguro le perseguiría hasta el fin del mundo y le haría la vida imposible si no le retornaba a Otilia Wilt sana, salva, intacta y sonriente. A todas éstas, el barco de Peddeckoe cambió su rumbo, dirigiéndose al sur, y Wifredo dejó de responder a sus mensajes desesperados. D. J. tuvo que virar el timón de su barco 180.º y luchar contra el enfado de Anarfiq y El Hombre de las Islas, que le exigían que cumpliera su palabra de regresar al norte.

D. J. llegó a pensar seriamente en lanzarse al mar y acabar tontamente con su tonta vida. Desde que Otilia (¡la odiaba, cómo la odiaba!) se cruzó en su camino ya no llevaba las riendas de su destino. Esa niña caprichosa le hacía ir por donde ella quería. En aquel momento, estaba condenado a seguirla al sur mal que le pesase. Y hacia el sur se dirigió a despecho de las protestas de sus otros dos tripulantes.

El lío se complicó, naturalmente, cuando Wifredo le comunicó que Otilia era su rehén y que tan sólo sería devuelta a cambio del Hombre de las Islas y al final de su destino. Un vil cambalache. D. J. no se permitió dudar. O, dicho de otra forma, no quiso pensar, y aceptó el intercambio de prisioneros sin rechistar y dejando a un lado los escrúpulos. Su vida se reducía a un principio: sobrevivir. Y, sin embargo, y a pesar de autoconvencerse de que obraba en consonancia a su credo y de que no le debía nada a nadie, se convirtió en una sombra de él mismo. Delgado, desganado y apático, apenas dirigía la palabra a Anarfiq ni al Hombre de las Islas más que para dar órdenes. Por las noches bebía asomado a popa, con los ojos perdidos en la lejanía. Durante el día mascullaba improperios contra las jovencitas mentirosas, las periodistas ambiciosas, los antropólogos plagiarios y el aquavit de Nuuk. Su vida, a punto de zozobrar, iba a la deriva, a merced del viento que soplaba ladinamente Otilia. ¿Dónde demonios le llevaban sus flaquezas? Se preguntaba una y otra vez asombrado de que en tan sólo dos semanas se hubiese hundido en la miseria por culpa de una chiquilla de diecisiete años.

Anarfiq y el Youq se negaron a hablar y a comer al saber de la desaparición de Otilia. Luego el cambio de rumbo les causó una gran tristeza. Sin embargo, el recuerdo era para ellos efímero, y enseguida recobraron las ganas de vivir. D. J. los sorprendió una mañana disputando un extraño partido de voleibol con una red improvisada en medio de cubierta. El Youq, aparentemente gaseoso y volátil, lanzaba la pelota con fuerza. Anarfiq, a pesar de su corta talla, la devolvía hábilmente. Desde aquel día, los partidos de voleibol se añadieron a las escasas diversiones que proporcionaba el *Mediterráneo*. La vida a bordo del mercante transcurrió monótona y regular, sin incidencias. D. J. ignoraba la ruta del yate y, por tanto, no podía prever las posibles escalas. Bordearon las costas canadienses y americanas a una velocidad razonable sintiendo la punzada de la añoranza a medida que se alejaban del norte. Las

focas, los pingüinos y los cielos acerados que dejaban atrás eran su patria verdadera.

Unos grados al norte del trópico de Cáncer, D. J. estuvo atento a las decisiones de Peddeckoe. Era un punto crucial para clarificar la futura ruta. Se preguntaba si el yate optaría por atravesar el mar de las Antillas o se desviaría al este para continuar navegando hacia el Atlántico Sur. Si rodeaba las Pequeñas Antillas por el este, significaba casi con toda probabilidad que se dirigían al hemisferio sur, sin descartar la remota posibilidad de que se dirigiera al continente africano. Por el contrario, si Peddeckoe cruzaba el Paso de los Vientos, al norte de Jamaica, y se internaba en el Caribe, seguramente el viaje finalizaría en algún rincón perdido de las selvas centroamericanas. Una cosa estaba clara: se aproximaban al calor, a las lluvias torrenciales y a las costas de los mosquitos. D. J. no era amante de los climas tropicales y sudaba con sólo imaginar la perspectiva de atravesar la línea ecuatorial. Anarfiq y el Youq ya acusaban el calor desde hacía días y se lamentaban ruidosamente.

Continuaron hacia el sur. Fueron unas semanas bochornosas e inacabables durante las cuales D. J., sudoroso y maldiciendo a la familia Wilt, seguía al yate con dificultades. Consiguió reducir distancias cuando el yate de Peddeckoe fondeó en el puerto de la isla Maraguayana, una de las más orientales del abigarrado conjunto de las Bahamas. El calor se hizo más y más insoportable, y D. J. y sus compañeros caían rendidos a mediodía, jadeantes e incapaces de moverse bajo la brisa tórrida que hacía el aire irrespirable. Hasta que, sorprendentemente, cuando sus cuerpos ya comenzaban a habituarse al calor, el yate de Peddeckoe enfiló la boca del Amazonas, el delta del río más caudaloso del planeta. ¿Qué demonios se le había perdido en aquel rincón de mundo medio podrido por las lluvias, la malaria y las moscas pegajosas? D. J. estaba harto de su deambular, pero, afortunadamente, la travesía y su pesadilla tocaban a su fin. Wifredo le comunicó que el intercambio de rehenes se produciría en Manaos y dispusieron una cita. Eso le animó a sobrellevar los últimos días.

Remontar aquel inmenso caudal de agua dulce surcado por embarcaciones de todos los tamaños, ruidosas, repletas de tripulantes y pasajeros que intercambiaban saludos a gritos, oyendo las bocinas escandalosas, los gritos de los vendedores, las risas de las muchachas con los pies descalzos, fue una experiencia inolvidable para Anarfiq y para el Hombre de las Islas, acostumbrados al silencio de alta mar.

Ambos resistían estoicamente el calor, la lluvia y los insectos para no perderse ni un minuto del espectáculo. En las costas se distinguían los poblados, las plantaciones y las carreteras polvorientas. Al pasar por Óbidos y Gurupú, las dos ciudades más densamente pobladas antes de llegar a Manaos, corrieron contentos por la cubierta, contagiándose mutuamente la alegría.

La proximidad de los hombres los alborozaba. El Youq resplandecía bajo el sol del trópico. Anarfiq había advertido un cambio constante en su textura al tiempo que descendían de latitud. Al cruzar la línea ecuatorial, el Hombre de las Islas se había

tornado brillante y luminoso. Atrás quedaba el recuerdo del Youq helado de las leyendas, nebuloso como los desiertos de hielo. El Youq y Anarfiq respiraron ansiosos el aire ardiente de la Tierra Firme. Deseaban desembarcar y correr, divertirse a su aire. Los dos habían descubierto el encanto del viaje.

D. J. procuraba no pensar en su traición y se distraía contemplando aquel universo sorprendente. La fauna acuática era muy variada y no supieron identificar ninguno de los muchos peces que logró pescar. La mayoría, pequeños y espinosos, tenían formas insospechadas y originales combinaciones de colores. A veces, al acercarse a la orilla, allí donde el hombre no había plantado sus simientes, la selva lamía los márgenes del gran río. Era casi imposible distinguir las múltiples especies de la flora tropical. Árboles gigantes de anchas hojas, que impedían que el sol penetrase a través del follaje, crecían amontonados los unos sobre los otros. Ninguno de ellos era igual, o eso le parecía a Anarfiq, que los contemplaba interesado.

Al llegar a Manaos, la encrucijada entre el Amazonas y el río Negro, allí donde se produce el sorprendente encuentro de las aguas, D. J. esperó prudentemente durante dos días para entrar a puerto sin ceder a las súplicas de Anarfiq, que le pedía que le dejase desembarcar. No quería arriesgarse a perder al Youq y esperó hasta recibir el *ok* de Wifredo.

Entraron de noche, amparándose en la oscuridad, y atracaron en el extremo más alejado del muelle, a poca distancia del yate de Peddeckoe. Una vez anclados, D. J. ordenó de la forma más autoritaria posible a Anarfiq que vigilase su mercante mientras él y el Youq iban a aprovisionarse. Mentir no era su especialidad, pero resultó convincente y el pequeño esquimal le creyó.

A pocos metros de su objetivo sintió que le flaqueaban las piernas. Pero recordó el último mensaje de *Mr. Wilt* conminándolo a cumplir con su tarea sin dilaciones so pena de lanzar tras él a la Interpol. No. No podía echarse atrás. Cuanto antes mejor. Al abrir las puertas del almacén y oír la voz cantarina de Otilia, intuyó que las cosas no serían fáciles. Con Otilia no lo eran nunca.

OTILIA estaba exultante. Imbuída de la falsa alegría de los que se convencen de que su estado anímico tiene que ser positivo y edificante. Reía exageradamente, hacía aspavientos sobreactuados, llevaba un vestido de muselina color amarillo chillón e iba cargada de abalorios, pulseras, pendientes, collares y ajorcas que relucían y tintineaban al ritmo de sus pasos. Había comprado compulsivamente un montón de cosas inútiles en un desesperado intento por convencerse de que todo era exótico, excitante y maravilloso. A su lado, Wifredo ofrecía una triste figura. Con los hombros hundidos y los ojos bajos, la seguía como un perrillo complaciente de aquí para allá asintiendo a sus caprichos y doblegándose a sus sugerencias.

—¿Buscamos un lugar para cenar tranquilamente? —sugirió Otilia, que acusaba el roce de las sandalias y soñaba con sentarse y sacarse los zapatos de un vez.

Wifredo miró su reloj, nervioso, y se azoró.

—Es que, quería, quería enseñarte algo.

Otilia se relajó. Por fin Wifredo proponía alguna cosa y tomaba la iniciativa. Comenzaba a estar cansada de tener que tomar todas las decisiones ella solita.

—¿El qué?

Wifredo tosió, trastabilló y palideció. Todo a la vez.

—Es, es una, una sorpresa.

Otilia sintió su angustia y se fijó en las gotas de sudor que perlaban su frente, en los movimientos de sus manos y en su mirada huidiza, que la esquivaba tan pronto como ella lo miraba de frente. Era como si su presencia le causase vergüenza, incomodidad o como si Wifredo le ocultase algo. Lo miró con curiosidad. Era desgarrado, inseguro y no estaba nada acostumbrado a tratar con chicas. Era servil y complaciente y, sin embargo, en el fondo del fondo de sus pupilas leía un orgullo que a veces afloraba en una amplia sonrisa, la misma que exhibía cuando la ilustraba sobre aspectos de la cultura de los jíbaros y los entresijos de las creencias mágicas de los indígenas.

Y de pronto se le ocurrió. Wifredo se había enamorado de ella.

¡Oh, no! Siempre le pasaba lo mismo. Su amabilidad con los compañeros torpes y tímidos acababa confundiéndonos. ¡Qué idiota! Pero eso no era no peor. Lo peor es que la estaba llevando hacia una zona mal iluminada y tenebrosa del puerto y estaba abriendo la puerta de un almacén abandonado. ¿Qué pretendía?

Otilia, con disimulo, metió la mano dentro de su bolso y palpó el *spray* antivioladores que había comprado nada más poner los pies en Manaos cuando Wifredo, en un susurro, la advirtió de que era un lugar inseguro y nada recomendable. Sí, su *spray* estaba ahí, solamente tenía que presionar con el dedo índice y dirigirlo a

los ojos. Pero se avergonzó inmediatamente de su impulso al contemplar la enclenque silueta de Wifredo agachada sobre una caja. Era una buena persona. Un niño grande, un tipo encantador incapaz de matar una mosca. Resultaba absurdo imaginar que alguien como Wifredo pudiera pretender hacerle daño. Se reprendió por ser tan malpensada.

Wifredo ya había estado allá y había trasladado un extraño aparato con una antena parecida a una parabólica controlada por un mando que se apresuró a conectar.

—¿Qué es esto?

—Oh, nada, artilugios. No te preocupes. Yo lo que quería era regalarte algo muy personal.

Otilia encendió todas sus alarmas al detectar el tono lastimero y melifluo de la voz. Era el estilo de los amigos enamorados, de los inseparables confidentes que un día se confiesan heridos en sus sentimientos y profundamente colgados. ¿Era el momento de huir? Pero Wifredo le adelantó un voluminoso paquete que Otilia no tuvo más remedio que aceptar.

—Gracias —murmuró sin tener ni idea de lo que podría ser.

—De nada, ya verás que, bueno, querría que no te llevaras una mala impresión mía. Suceda lo que suceda quiero que sepas que soy un buen amigo y que estos días a tu lado han sido los mejores que recuerdo.

Otilia lo cortó por lo sano. Se acercaba peligrosamente al terreno de las confesiones personales que no quería oír.

—Qué ilusión, no sabes cómo me gusta que me hagan regalos sorpresa. Y de verdad que estoy muy contenta de este viaje y de lo mucho que he aprendido de ti.

Y al acabar de arrancar el papel del envoltorio se encontró en las manos un voluminoso mamotreto de miles de páginas mecanoescritas.

—¿Qué, qué, qué es esto?

Wifredo sonrió de oreja a oreja y levantó la cabeza con orgullo.

—*Estados de conciencia alterada*. Mi tesis doctoral.

Otilia repitió dos veces para creérselo.

—¿Tu tesis? ¿Tu tesis doctoral?

Wifredo asintió con entusiasmo.

—Es lo más personal que puedo ofrecerte. Seguro que te encantará.

Otilia pensó que era el regalo más *freaky* de su vida, pero lo aceptó hablando sin parar para no darle tiempo a pasar a la segunda fase, la que más temía, la de las confesiones personales y la declaración de amor.

—No dudes que la leeré con mucho gusto. Será un recuerdo bonito de un amigo gracias al cual aprendí muchas cosas.

Y su propio charloteo nervioso le impidió escuchar el leve chirrido de la puerta y los pasos que se iban acercando a ella por su espalda. Únicamente advirtió la mirada ausente e idiotizada de Wifredo, que parecía perderse en el más allá de la oscuridad de la sala. Hasta que comenzó a sentir un bienestar insólito, una felicidad plena

asociada a una luz resplandeciente que inundó súbitamente la estancia y al halo mágico que la envolvió con calidez. Otilia sintió la risa clara del amigo y abrió los ojos asombrada. Era el Hombre de las Islas, que se había materializado ante ella y, tiernamente, le palpaba la cara con sus manos brillantes. Otilia apenas podía asimilar aquella aparición. ¿Qué hacía el Youq ahí, en Manaos? ¿Cómo la había encontrado? Se sorprendió del cambio de su amigo: su cuerpo dúctil había atraído la luminosidad del sol y ahora irradiaba calor. ¿Se había transformado en un hombre de luz? Su imagen la cegaba y al cerrar los ojos y volverlos a abrir descubrió horrorizada que, junto al Youq y frente a ella, se encontraba D. J.

Sufrió un vahído y a punto estuvo de caer al suelo del susto. Parecía un fantasma. Estaba delgado, moreno y mal rasurado. La miraba a su vez como si ella también fuera una aparición, pero, al darse cuenta de que le fallaban las piernas, la sujetó solícito por la cintura. Otilia, al notar sus manos, sintió inmediatamente el deseo de besarlo y estrangularlo. Todo mezclado. ¿Por qué? ¿Por qué volvía a encontrarse con D. J.? Se debatió con furia y se zafó de él.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has venido hasta Manaos? ¿Qué significa esto?

Y, mientras preguntaba y miraba a unos y a otros, se iba dando cuenta de la extraña situación e iba atando cabos. Leyó la vergüenza en los ojos de Wifredo. La determinación en los de D. J. El desconcierto en el Youq. Y comprendió rápidamente que debía actuar antes de que fuese demasiado tarde. Efectivamente, Wifredo se agachó junto al extraño aparato y, al accionar una palanca, el Youq emitió un leve quejido. Unas extrañas ondas lo rodearon impidiéndole moverse. Algo así como un halo invisible. El dolor del Youq la hirió como un cuchillo.

—¿Qué hacéis? ¡Dejadlo!

Pero D. J. atajó por lo sano.

—Mira, guapa, no des otro espectáculo. He recorrido medio mundo para recuperarte sana y salva y desgraciadamente ése era el precio.

Otilia apenas pudo creerlo. ¿Ella era tan importante como para que D. J. la siguiese hasta Manaos y aceptase intercambiarla por el Youq? ¿Y Wifredo? ¿El buenazo de Wifredo había accedido a engañarla y hacer de Judas? Con voz inaudible Wifredo le pidió perdón.

—Otilia, espero que no me guardes rencor. Yo no quería. Me obligaron a hacerlo.

Otilia, ofendida, le dio la espalda y se dirigió a D. J. Era el mismo D. J. con el que había soñado todas las noches y que, a pesar de todos los artículos del mundo, no había podido quitarse de la cabeza. Y ahora estaba ahí, dispuesto a rescatarla. Sintió un cosquilleo. Pensándolo bien, era una situación muy romántica.

—¿Has venido hasta aquí por mí?

—¿Por qué si no?

Otilia enrojeció hasta las orejas. Quizá le había juzgado mal, quizás había sido muy dura con él. Se dejó coger la mano y apretó a su vez la mano rugosa y nervuda de D. J. Sintió un estremecimiento cuando él la arrastró hacia la noche.

—Anda, vámonos.

Pero el grito del Youq la retuvo.

—No podemos dejarlo aquí. Tenemos que llevarlo con nosotros.

Wifredo se disculpó.

—No le haremos daño, te lo prometo. Ahora se siente extraño, pero procuraré que esté cómodo. De verdad que lo siento. Yo no quería que esto ocurriese, pero Peddeckoe se enteró de quién eras y me obligó...

Otilia, esa vez sí, comprendió su apuro y sus nervios. Pero la había traicionado y era imperdonable. Se dirigió a D. J., suplicante.

—¿No sientes su sufrimiento?

D. J., impasible, la arrastró lejos de su amigo, hacia la oscuridad.

—¿No has sentido el mío cada vez que tu padre me enviaba un mensajito intimidatorio?

Otilia se quedó atónita.

—¿Mi padre? ¿Estás en contacto con mi padre?

—¿Y por qué te crees que he venido hasta aquí?

A Otilia se le derrumbó su castillo de naipes de una ventolera.

—Eres asqueroso. Me quieres devolver a mi familia. No me has venido a buscar por tu propia iniciativa.

D. J. intentó sacarla del almacén, pero Otilia se resistió y le golpeó con la tesis doctoral de Wifredo.

—¡Déjame, no me iré, no iré contigo!

Y, para demostrárselo, le lanzó la tesis sobre el pie, lo cual provocó que D. J. pegase un grito y la soltase y que Wifredo también gritase y corriese hacia ellos. Otilia, furiosa y lanzada, abrió su bolso, sacó su *spray* y roció a D. J. en la cara. Luego se dio media vuelta y repitió el gesto con Wifredo. Ambos cayeron al suelo cegados y doloridos. Otilia, decidida y en un raptó de heroísmo final, se hizo con el mando de Wifredo, lo puso en *off* y liberó al Youq.

—¡Vámonos, corre!

Fue lo último que Wifredo y D. J. pudieron oír desde el suelo.

Cuando un buen rato más tarde abrieron por fin los ojos enrojecidos, comprobaron que sus prisioneros habían huido y que se habían quedado con un palmo de narices.

MANAOS recibió a D. J. y a Anarfiq calurosamente. Ciudad monumental y moderna, conservaba la ingenuidad de los caucheros que la fundaron. En su inquieto deambular tropezaron con sus fuentes de bronce, que, según la leyenda, manaban champán allá por los años de la opulencia; sus residencias coloniales, transportadas piedra a piedra desde el viejo continente; su Palacio de la Ópera, fastuoso e impensable en medio de la selva. La otra Manaos, la de los palafitos miserables y los vendedores de radios y relojes, les salió al paso ahogándolos con sus ofrecimientos pegajosos. Mangos y papayas, mulatas de caminar provocativo, indios tan diversos como las especies selváticas, turistas con ridículos *shorts* y un sinfín de gritos proferidos en todas las lenguas, como una torre de Babel, llenaban las calles y hacían el aire irrespirable.

D. J., poco acostumbrado al ajetreo y al ruido, después de la larga travesía, caminaba perdido entre la muchedumbre. Al cabo de un rato, decidió volver al barco. Se sentía desorientado y mareado por el calor. Anarfiq hubiese preferido quedarse, pero lo siguió entre protestas. Llevaban tres días buscando infructuosamente a Otilia y al Youq. Definitivamente, se los había tragado la ciudad y jamás los encontrarían. D. J. subió la pasarela con los ojos bajos y se dirigió a su hamaca. Necesitaba descansar en silencio y dormitar durante las horas más tórridas del día.

Unas horas más tarde el sol perdía fuerza tras la bruma del atardecer. Al estirar perezosamente el cuerpo tras la larga siesta, D. J. tuvo la sospecha de que era observado. Levantó la cabeza con recelo y se encontró con los ojos melosos de Otilia.

—Buenas noches. ¿Has dormido bien?

D. J. se incorporó bruscamente.

—¡Maldita niñata! ¿Dónde demonios te habías metido? ¿Y el Hombre de las Islas?

Otilia, sorda a sus preguntas, se acercó a la hamaca. Hablaba con dulzura y D. J. percibió un aroma de guayaba: el cuerpo de Otilia exhalaba una fragancia especial.

Otilia rió con risa cristalina.

—Para tu información, he dejado de ser una niñata. Tengo dieciocho años.

D. J. se frotó los ojos desconcertado. No era únicamente un dato. Parecía una evidencia. ¿Otilia había «crecido»?

—Se me ha ocurrido que esta noche podríamos salir juntos a cenar y a tomar unas copas, tú y yo solos. —Calló enigmáticamente—. Soy mayor de edad.

Otilia lucía pendientes y brazaletes y calzaba unas sandalias con tacones.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada. Sólo propongo que charlemos civilizadamente. Tú y yo. Sin interferencias. Por si no lo sabías, el equipo del doctor Peddeckoe ha partido hacia la

selva. Se acabó el estúpido intercambio de rehenes.

D. J. se rascó la cabeza indeciso y oyó los gritos de júbilo de Anarfiq, que acababa de reencontrarse con su amigo.

Suspiró e intentó pensar con rapidez. Otilia se había presentado ante él por propia iniciativa y le proponía charlar civilizadamente. Era un buen comienzo. Se puso en pie y Otilia se colgó de su brazo con naturalidad y le dio un beso en la mejilla.

—Pactemos tus condiciones y las mías.

Durante un instante tuvo la leve sospecha de que acababa de caer en una trampa, pero minutos después paseaban por las calles de Manaos. Otilia caminaba hablando con despreocupación y admirando todo lo que veía. Lo llevó hasta un restaurante céntrico y le aconsejó a la hora de elegir el menú. Sus días de estancia en Manaos le habían servido para ambientarse con envidiable facilidad y rapidez. Se movía con la cadencia de las mulatas, reía alegremente como los nativos y su voz imitaba la musicalidad sensual del portugués.

D. J. simulaba dominar la situación mientras maquinaba torpemente una estrategia coherente para enviar a Otilia con su papá y finalizar su pesadilla, pero se sorprendía a sí mismo falto de iniciativa y distraído. Se le distraía la mirada y se le perdía entre los pliegues del vestido de Otilia. Le faltaban ojos para mirarla.

—Mi padre es un hombre sanguíneo. Tiene reacciones desorbitadas e impetuosas, pero yo sé apaciguarlo. Puede ser afectuoso como un perrillo.

—A mí no me lo pareció.

—No supiste tratarlo. Lo irritaste.

—La forma de apaciguarlo definitivamente es embarcándote en un avión rumbo a Londres.

—De momento le informé de que estaba sana y salva en el Amazonas.

—¿Le informaste también de que sus acusaciones contra mí eran infundadas?

Otilia rió levantando su copa y cambiando hábilmente de tema.

—Por mi artículo del Hombre de las Islas.

D. J. levantó su copa con asombro. Otilia era un pozo de sorpresas.

—¿Lo escribiste?

—Naturalmente. Wifredo fue de gran ayuda. ¿Quieres leerlo?

Y le mostró un pequeño lápiz de memoria que extrajo de su bolso.

—En ese caso, ya tienes lo que querías. Puedes volver a tu país y hacerte famosa.

Otilia le dedicó una sonrisa arrebatadora y D. J. lamentó que ahora que ya era mayor de edad su encuentro fuera tan breve.

Acompañaron el pirarucú y la feijoada con una botella de burdeos que se bebió D. J. solito y brindaron con champán francés a la hora de los postres. D. J. se levantó de la mesa con las mejillas encendidas y las pupilas brillantes. Desconfiaba, sin embargo, de tanta amabilidad y se debatía entre la urgencia de cerrar su asunto con Otilia Wilt y su odiosa familia y la de aparcar las obligaciones y dejar paso al placer.

Otilia se le acercó y le murmuró con voz velada:

—¿Puedo llevarte a un lugar muy especial?

D. J. se detuvo. Estaban ante la puerta del restaurante. Le pasó la mano por la cintura y decidió que si Otilia jugaba con él, le seguiría el juego.

—Me dejo llevar donde quieras.

Otilia pareció complacida y D. J. la atrajo hacia sí.

—¿Sabes que estás muy guapa?

Otilia, ágil, se escabulló del abrazo y le cogió la mano alegremente.

—¡Vamos!

D. J. acariciaba la mano de Otilia, que caminaba despreocupadamente a su lado. La miraba con el rabillo del ojo. No había mentido, Otilia brillaba aquella noche con luz propia y su figura pletórica regalaba sensualidad con los ojos, la boca, el revuelo de su falda al moverse y el gesto ingenuo de retirarse los cabellos de la frente. Caminaron en silencio un buen rato, atravesando callejones tortuosos y mal iluminados. A medida que se alejaban del centro animado y populoso, la miseria se hacía más patética. D. J. apenas se percató del extraño itinerario que seguían. Oyeron el ladrido de un perro hambriento y Otilia apresuró el paso. Al cabo de poco, salieron de Manaos, subieron por un sendero y llegaron hasta la cima de un montículo. Era una explanada, un campo. Otilia señaló un punto, y D. J. forzó la vista intentando distinguir alguna casa o alguna luz, pero no vio nada, excepto una sombra. Tal vez era una cabaña. Fuese lo que fuese, no le importaba. Se volvió hacia Otilia, le retiró los cabellos de la cara y le acarició la boca y las mejillas. La besó. Otilia era preciosa. Su cuerpo latía con fuerza bajo el ligero vestido, pero, de pronto, se escurrió de sus manos y se recompuso el cabello.

—Lo siento, pero no es el momento, ni el día, ni la mujer apropiada para ti.

D. J. se quedó sin habla. Esperaba cualquier cosa menos aquello. Aquéllas eran palabras suyas. ¿Se estaba mofando de él?

—Lo comprendes, ¿verdad? Podemos ser amigos. Como amigo te aprecio mucho, créeme. Lo otro sería una locura. Tenías toda la razón.

D. J. estaba perplejo. Otilia se había insinuado. O tal vez habían sido imaginaciones suyas. No se rindió y, tomándola de nuevo, le confesó una verdad que se había negado.

—Créeme, he pensado en ti día y noche —susurró.

Otilia se desasíó con decisión. Ya había oído lo que quería oír.

—Olvídalo. Fue una tontería y tenemos otras cosas más importantes de las que preocuparnos.

D. J. miró sus manos vacías y se sintió estúpido. Otilia continuó avanzando hasta topar con un objeto metálico. Lo mostró orgullosa.

—Ésta es la sorpresa. Mi avioneta.

D. J. se acercó, al tiempo que encendía una cerilla, y dio rienda suelta a su resentimiento:

—¿Que has comprado una avioneta? ¿Y con qué dinero, si se puede saber?

—He hecho una transferencia de mi cuenta. Mi abuela me dejó libertad para gastarme la herencia como quisiera. Al cumplir los dieciocho años he podido disponer de mucho dinero. Pero eso no es asunto tuyo.

—Estás loca. Malgastar una fortuna en semejante trasto. ¿Y para qué quieres una avioneta? ¿Vas a regresar a Londres en avioneta?

Pero no, no era eso. Otilia le estaba llevando a su terreno.

—Quiero escribir otro reportaje sobre la expedición de Peddeckoe.

D. J. se despejó de la bruma sensiblera que le había obturado el raciocinio y se puso serio.

—De acuerdo que seas mayor de edad. Pero ante tu padre soy el responsable de tu integridad. No quiero que el FBI me detenga en el primer puerto en el que recale por secuestrar a una menor de edad. Cuando te devuelva con tu familia te puedes volver a escapar y hacer todas las locuras que te apetezcan. No antes.

Otilia acarició el ala del aparato.

—Voy a volar hasta la selva, hacia territorio jíbaro. Ahí se dirige la expedición de Peddeckoe para capturar a los *arutams*, los espíritus que conviven con los indígenas. Es una noticia fabulosa y no voy a dejarla perder.

D. J. contó hasta diez.

—Me ha parecido oír que te planteas volar con una avioneta. Eso es totalmente absurdo. Ni siquiera sabes pilotarla.

—Pero tú sí —le cortó rápidamente Otilia—. Me lo dijiste el primer día; supongo que no fue para impresionarme.

D. J. farfulló algo entre dientes. Empezaba a entender el motivo de la reaparición de Otilia. Lo necesitaba.

—¿No pretenderás que yo pilote una avioneta hasta el fin del mundo para que tú puedas escribir otro sensacional artículo?

—Sí —concluyó Otilia con desfachatez.

—¿Y por qué supones que yo aceptaré?

Otilia lo tenía todo pensado.

—Porque he escrito un documento en el que explico todo lo sucedido y te exculpo de responsabilidad en mi supuesto secuestro cuando era menor de edad.

D. J. adelantó la mano.

—Dámelo.

Otilia se lo entregó complacida y D. J. lo leyó de corrido. Efectivamente, ese papel era su salvación.

—Pero no está firmado —observó D. J.

—Exactamente. Lo firmaré al regreso. Una vez conseguida esa historia exclusiva sobre los *arutams*.

—¿Y si me niego?

Otilia frunció el ceño malévolamente.

—Yo misma te denunciaré y te acusaré de lo que me apetezca. Piensa lo peor.

D. J. pensó lo peor y se le pusieron los pelos de punta.

—No serás capaz.

Otilia lo retó en silencio y D. J. supo que quizá sí, quizá sí que sería capaz. Era una digna hija de *Mr. Wilt*.

—Explícame tu plan.

—He comprado la avioneta para adelantarnos a Peddeckoe. Salió hace dos días en un vuelo regular hacia Iquitos, y allí le espera una canoa fueraborda para remontar el Amazonas, el Marañón y el Pastaza hasta territorio *Shuar*. No hay billetes hasta dentro de una semana. Pero con una avioneta podemos llegar directamente. Está bien equipada y me han asegurado que tiene el motor en perfectas condiciones, aunque el chasis parezca un poco viejo.

D. J. chasqueó la lengua.

—¿Has pensado que la selva está plagada de problemas: los indios, los ríos, las lluvias, la malaria, las serpientes, las arañas venenosas?

Otilia se estremeció: le repugnaban las arañas, pero fingió entereza e imitó a su padre cuando no daba su brazo a torcer.

—Ya veo que eres muy impresionable. No tengo más remedio que denunciarte a las autoridades de Manaos. Una lástima, pero nos arreglaremos nosotros solos.

—¿Quiénes?

—Anarfiq, el Youq y yo.

—¿Piensas llevártelos contigo? No están preparados para el calor. Se los cargará un mosquito, cualquier picadura de insecto.

—No te preocupes. Me he provisto de antídotos, tengo una farmacia completa, carburante para llegar hasta Iquitos, comida para una semana y material de acampada. Ya espabilaremos solos. Y si tú no pilotas porque estás en la cárcel, no me quedará más remedio que hacerlo yo misma.

—Muy graciosa. ¿Te crees que pilotar es como ir en patinete? Necesitas un permiso y muchas horas de vuelo. Te estrellarías a la primera.

—No hay otra alternativa. Claro que, si prefieres pilotar tú en lugar de visitar una prisión brasileña... Creo que son poco recomendables.

D. J. no quería reconocer que Otilia lo había derrotado a base de chantaje, malicia y tozudez. Intentó llevarla a su terreno.

—Y dices que Peddeckoe pretende capturar *arutams*.

Otilia se quedó desconcertada.

—¿Sabes lo que son los *arutams*?

D. J., esa vez, se tomó la revancha.

—Naturalmente, bonita, he leído al respecto y quizás hasta esté interesado en ese proyecto.

—No me lo creo —objetó Otilia a pesar de que Wifredo le había puesto en antecedentes.

—Digamos que tomé contacto con la antropología en Berlín y tuve un amigo de

quien me siento deudor.

Otilia no quería que le quitasen protagonismo y esas ínfulas intelectuales de D. J. la molestaban.

—Yo te he hecho una propuesta para que pilotes mi avioneta.

D. J. estaba totalmente lúcido.

—Me has chantajeado, bastante groseramente por cierto, para que te acompañase a una expedición antropológica en territorio de los *Untsuri Shuar*. Y bien, acepto, pero con unas cuantas condiciones. Cobro en dólares. Continúo siendo el capitán de la expedición y tengo mis propias ideas con respecto a los *arutams*, Peddeckoe y la antropología. ¿Queda claro?

Otilia asintió sin atreverse a objetar ni una coma y presa de una gran curiosidad.

—¿Y cuáles son esas ideas si puede saberse?

—Lo siento, pero son confidenciales. Tú escribe tu artículo y yo me dedicaré a mis asuntos. Mis emolumentos son diez mil euros, no dólares.

Otilia se lanzó al regateo como buena negociante.

—Cinco.

—Diez.

—Seis.

—Diez.

—Siete.

—Diez.

Otilia transigió.

—De acuerdo, paga mi abuela, pero que conste que me quedo desplumada.

D. J. no se apiadó de ella y sonrió arrebatador.

—Y te agradezco la invitación. Pensándolo bien, me apetece pasar una temporada en tierra firme. Llevo muchos años navegando y creo que es hora de cambiar de paisaje —dijo dando por concluida la negociación.

A pesar de que había acabado claudicando, había conseguido disfrazar su derrota en victoria honrosa y bien pagada. Y si no iba errado sus palabras lo habían dotado de un halo respetable. A lo mejor hasta era coherente con sus ideas, rescataba su honorabilidad perdida y degustaba su venganza en un plato frío.

Aunque, mal que le pesase, había una razón poderosa e inexplicable con nombre y apellidos que le empujaba a aceptar una propuesta tan disparatada. Su nombre era Otilia. Otilia Wilt.

LA avioneta, un modelo con más de treinta años de antigüedad, despegó a las nueve en punto. El armazón rechinaba a causa del esfuerzo, y los pasajeros se estrellaron contra el asiento delantero. D. J. se llevó las manos a la cabeza.

—No me extraña que te haya salido barata: este trasto es un carro con alas. Puede que hasta tenga agujeros en el techo.

Anarfiq y Otilia miraron inquisitivamente a su alrededor: no se fiaban nada de los sospechosos ruidos del aparato.

D. J. revisó los paneles de mandos y echó leña al fuego.

—¿Has calculado el carburante que necesitamos? En esta selva es prácticamente imposible aterrizar y, si nos falla el motor, que es lo más probable, no encontraré ni un palmo de tierra donde dejar esta maravilla prehistórica.

Otilia calló avergonzada. D. J. sabía perfectamente que ella era una ignorante en ese terreno y disfrutaba desautorizándola. Se cobraría con creces esa humillación.

Durante el despegue, Anarfiq y Otilia no osaron respirar. El Hombre de las Islas, en cambio, inconsciente de los peligros que corrían, se balanceaba sonriente por encima de los asientos. D. J. pilotaba la avioneta a golpes. El motor despedía un humo espeso y negruzco, y el chirrido de las alas cada vez era más agudo. Al cabo de unos minutos de silencio tenso, D. J. comenzó a silbar despreocupadamente.

—¡Bah! Sea como sea, a un sitio u otro llegaremos. He pasado por situaciones mucho peores. Estamos enteros, ¿no?

El silencio forzado, la inactividad y el traqueteo invitaban a cerrar los ojos. Otilia, tras sacar unas cuantas fotografías y anotar cuatro frases en su libreta de notas, cayó en un sueño inquieto, acunada por las sacudidas, y al despertar no supo situarse. ¿Dónde se encontraba? A través de las ventanillas, empañadas y perladas de minúsculas gotas de vapor, no se divisaba nada. Posiblemente estaban atravesando una nube densa y caliente. D. J. pilotaba dando tumbos. Parecía cansado.

—¿Dónde estamos?

D. J. señaló a su alrededor significativamente.

—Buena pregunta. Desde que nos ha atrapado esta nube no veo absolutamente nada, y la sofisticación de los aparatos de esta reliquia arqueológica te la puedes imaginar.

Otilia sacó su mapa.

—Pero ¿no tienes una idea aproximada?

—Sí, claro. Estamos en un radio de cien kilómetros alrededor de Iquitos. Quizá hemos sobrevolado Iquitos, o quizá no hemos llegado todavía.

Otilia exclamó:

—No puede ser. Si hemos salido hace un momento.

—Si te parecen un momento las tres horas que llevas durmiendo.

Otilia no se lo creía. Era absurdo que hubiera dormido tanto rato. Claro que estaba muy nerviosa, pero miró el reloj y calló de nuevo. Comenzaba a estar arrepentida de su idea de comprar la vieja avioneta. La tormenta no tenía aspecto de desvanecerse. La neblina era espesa y lo suficientemente molesta como para no permitir la visibilidad. D. J. se hacía oír por encima de los ruidos del motor.

—No me atrevo a perder altura. Vuelo muy bajo y, si salgo de la nube, puedo chocar con algún árbol o con el campanario de Iquitos.

—¿Y aterrizar? —sugirió Otilia.

—¿Aterrizar en la selva has dicho? Tengo la sospecha de que, aunque intentásemos el aterrizaje en una autopista, tan pronto como tocásemos tierra, tu preciosa avioneta se partiría en dos mitades como un melocotón maduro, saltaría el tren de aterrizaje y caerían las alas. Mientras haya carburante.

Lo interrumpieron unos bandazos bruscos y el sonido estertóreo del motor. Anarfiq ocultó su rostro en el pecho etéreo y brillante del Youq, que era el único que seguía tranquilo. Con sus brazos luminosos, rodeó al pequeño esquimal y lo calmó; tenía la suavidad de una madre.

—¡Nos hemos quedado sin carburante! —gritó alarmado D. J. por encima del ruido—. ¡La aguja no funcionaba!

Otilia se puso su preciosa bolsa en bandolera, pálida como una muerta, mientras D. J. continuaba pilotando y trataba de dominar la avioneta sin éxito.

—Intentaremos aterrizar en algún claro, pero tendremos que salir del aparato antes de que explote. Poneos junto a las puertas y, cuando grite «¡ya!», saltad fuera y procurad agarraros a alguna rama... ¡Ahhh!

En realidad, la avioneta iba más rápido que las instrucciones de D. J. y, antes de que acabara de hablar, se estrelló contra una muralla verde y los cuatro ocupantes del aparato salieron disparados. La avioneta, tal y como había vaticinado D. J., se partió en dos, pero no se incendió. No quedaba ni una sola gota de carburante que permitiese que las chispas prosperasen, y la lluvia empapó enseguida el maltrecho almacén.

Durante unos instantes disminuyó la algarabía de la selva; pero muy pronto reemprendieron tímidamente sus gritos algunos papagayos, los mosquitos volvieron a volar con suavidad, las ranas cantaron afónicas y el incidente quedó sepultado en el olvido. Los habitantes de la selva carecían de memoria.

OTILIA, que no había perdido del todo el conocimiento, quedó sumida en un duermevela inquietante. Estaba viva, pero le faltaba algo, algo importante. Muy nerviosa se palpó el cuerpo para comprobar que conservaba sus brazos, sus piernas, sus orejas. Todo estaba en su lugar, pero la angustia no la abandonaba y recordó sus tesoros, los que guardaba celosamente en su bolsa, metió la mano dentro y tanteó su cámara, sus documentos, su lápiz de memoria. Y, sin embargo, le faltaba algo y no podía recordar qué. Algo muy importante, muy querido. De pronto oyó un enorme griterío. Entrecerró los ojos con desconfianza y se dio cuenta de que estaba rodeada de indios. Inmediatamente, los cerró y, sin atreverse a respirar, simuló que dormía. Unas manos la alzaron, la depositaron en una hamaca y la transportaron por un camino pedregoso. Caminaron durante largo rato. No iban solos; detrás de ellos había otros indios. Cuando la depositaron nuevamente en el suelo, sintió que alguien le sujetaba el brazo y le tomaba el pulso. Una mano experta le apartó suavemente los cabellos de la cara buscando heridas. Otilia, insegura, luchaba contra el deseo de abrir los ojos.

—La chica está bien, sólo tiene rasguños.

—¿Y el niño?

Otilia ahogó un grito de alegría. Hablaban una lengua conocida. Trató de incorporarse y topó con una venerable barba blanca que enmarcaba un rostro tranquilizador.

—Un momento, no te alarmes: los dos estáis sanos y salvos.

Otilia, con los nervios alterados, se abrazó al cuello del misionero. Ella y Anarfiq estaban vivos. Entonces, milagrosamente, supo lo que le faltaba: D. J. Su ausencia era dolorosa. Algo así como una amputación. Eso significaba que debía de estar muerto. Sí. Era eso.

—D. J. —sollozó en brazos del misionero—. D. J.

—Cálmate. Ha sido un milagro; os habéis salvado saliendo despedidos de la avioneta. Afortunadamente, los árboles han amortiguado el golpe y sólo tenéis cuatro arañazos.

Pero Otilia no se calmaba y su llanto se hizo tan sentido que el misionero la hizo recostarse de nuevo en la hamaca y se levantó asustado. Otilia, con la cara empapada en lágrimas, sólo atinaba a exclamar.

—No, no, no... D. J. No...

Y la mano del misionero le recogió amorosamente las lágrimas y le acarició el cabello y las mejillas y se tomó la confianza de cosquillear su cuello y su mentón y, cuando la mano se posó en sus labios, Otilia, desconcertada por las confianzas que se estaba tomando el misionero, abrió los ojos y topó con la sonrisa de D. J.

Otilia se incorporó bruscamente y se lo quedó mirando sin poder pronunciar palabra. D. J. le ofreció un pañuelo.

—Anda, suénate los mocos, que pareces una plañidera. Como ves estoy vivo. Tengo cuerda para rato.

Otilia tardó unos segundos en reaccionar y asimilar que D. J. estaba vivo y que continuaba tan insolente como siempre.

—Me conmueve que llores por mí. Sinceramente me ha tocado la fibra sensible.

Otilia se irritó. No le daría ese gusto. Recogió el pañuelo ofendida y se justificó.

—Lloraba por el Youq.

—No te preocupes. Seguro que lo encontraremos.

—¿Dónde estamos?

—En una misión, hemos tenido suerte.

La misión, donde fueron recibidos como huéspedes de honor por los dos jesuitas que allí había destinados, era un edificio colonial de estructura rectangular, con la escuela y el pequeño hospital adosados a las dependencias centrales. Construida en medio de un claro ganado palmo a palmo a la selva que la rodeaba, disponía de un huerto amorosamente cultivado y de unos frutales impropios de la zona. Los indios cristianizados, de mirada triste, llenaban de vida aquel extraño reducto de civilización.

Los alojaron en unas celdas individuales cuyo único mobiliario consistía en una hamaca con su mosquitera, una inmensa cruz colgada en medio de la pared y una especie de baúl que servía de armario, de mesilla de noche o de lo que se terciara. La vivienda, a pesar de su sobriedad, resultaba fresca y confortable. Entre aquellas paredes, la selva parecía lejana e irreal.

Una vez bañados y vestidos con la poca ropa que habían podido recuperar del equipaje, bajaron al refectorio para compartir la cena con sus anfitriones. Era evidente que el Youq no había dado señales de vida; de lo contrario, los misioneros habrían hecho alguna alusión. Anarfiq estaba inquieto y deseoso de salir en su búsqueda y tironeó el vestido de Otilia.

—Youq solo. Youq perdido en árboles.

Otilia lo abrazó afectuosamente.

—No te preocupes, él no necesita comer ni descansar. Nos esperará.

—Tierra extraña. Miedo. Vamos.

Pero Otilia lo hizo recapacitar.

—Mañana. Ahora los jesuitas nos esperan para cenar y, aunque lo encontrásemos, nos sería imposible traerlo aquí.

Anarfiq quería una certeza.

—¿Mañana?

—Sí, te lo prometo y ahora a cenar, que estoy desfallecida.

Otilia estaba realmente muy hambrienta y se sorprendió del dominio de D. J., que, sin evidenciar ni gota de hambre o cansancio, parecía sumamente interesado en la

conversación con sus anfitriones y apenas le dedicó una mirada.

Les sirvió la cena una india desdentada, y cada plato que llevaba a la mesa era recibido con aplausos por los dos misioneros. Dedujeron que la cocinera había preparado en su honor un menú de fiesta. Comieron cocas sin levadura, rellenas de verduras y condimentadas con especias muy picantes, que les hicieron olvidar momentáneamente las penalidades. El plato fuerte fue un estofado de una carne blanca y dulce que los dos religiosos degustaron lentamente como dos verdaderos *gourmets*. Otilia reconoció que era deliciosa y Anarfiq recuperó el color de las mejillas.

El misionero más viejo llenó de vino el vaso de D. J. y se refirió a la charla que habían mantenido antes de cenar.

—Así pues, por lo que veo, su viaje no es exclusivamente de placer. Últimamente han proliferado tanto los turistas y las aventuras organizadas, que apenas tenemos ocasión de conocer grupos que viajen por otros motivos.

D. J. tosió.

—Si hubiésemos formado parte de un *trekking*, quizá no habríamos tenido problemas. Antes me ha confirmado que estábamos cerca de Iquitos, pero no sé dónde hemos aterrizado ni qué ruta tenemos que seguir para llegar a territorio jíbaro.

Una sombra se cernió sobre la mesa al pronunciar la palabra *jíbaro*. Los postres, plátanos con leche, dulcificaron las expresiones, pero no consiguieron disipar el temor del rostro de los anfitriones.

—Perdón, ¿ha dicho «jíbaros»? ¿Piensan realmente internarse en territorio jíbaro? —inquirió con ojos expectantes el misionero más joven.

—Sí, claro —respondió rauda Otilia—. Formamos parte de una expedición científica.

—Pero... pero los jíbaros son unos indios salvajes. —El misionero blandió su tenedor con un gesto elocuente—. Practican el asesinato, el infanticidio, hacen la guerra por placer. Son una raza cruel que rechaza la palabra de Dios.

—¿Saben que también en la sociedad occidental se practicaba el infanticidio femenino hasta hace muy pocos años?

Los cuatro comensales fijaron sus ojos en Otilia.

—Un investigador amigo nuestro está ultimando su tesis sobre este tema.

D. J. contempló a Otilia estupefacto. En aquellos momentos, el misionero de la barba blanca, que se había levantado en silencio, volvió con un gran mapa de la zona y lo colocó sobre la mesa.

—Bueno, sus suposiciones eran acertadas —comentó dirigiéndose a D. J.—. La misión está exactamente aquí —y señaló un punto—, ochenta kilómetros al suroeste de Iquitos. Nos encontramos en las orillas del río Tigre, un importante afluente del Amazonas.

—¿Y para dirigirnos a territorio *Shuar*?

El viejo suspiró.

—Ya veo que las advertencias de mi compañero no les han servido de mucho. — Movi6 la cabeza con resignaci6n—. Yo, si tuviera que dirigirme desde aqu6, dudar6 entre estos dos caminos: o bien navegar6 el Tigre abajo, remontar6 el Amazonas hasta encontrar el Mara66n y continuar6 hasta el Pastaza, o bien estudiar6 la alternativa m6s corta, pero probablemente m6s dif6cil, que ser6 remontar el Tigre unos pocos kil6metros hasta el Copalyac6 y seguirlo hasta su nacimiento, a orillas del Pastaza, en el coraz6n del territorio j6baro. —Mir6 a D. J. de frente—. Pero, si desean conocer mi opini6n, creo que lo mejor que podr6an hacer es volverse a su casa. La selva es traicionera, pero el j6baro mata. Nosotros, los jesuitas, hemos sufrido mucho a causa de esa tribu, y han sido innumerables los m6rtires que han perdido la vida por su causa.

—¿Ah, s6? —se interes6 Otilia inmediatamente.

El jesuita, sirvi6ndose una taza de caf6, comenz6 a hablar.

—Vosotros sois muy j6venes y ven6s desde muy lejos, pero aqu6 todo el mundo sabe que los j6baros han sido siempre los indios m6s alejados de la civilizaci6n y de la palabra de Dios. No os hablo de a6os, ni tan s6lo de los a6os de la conquista. Fijaos bien, ya en tiempos inmemoriales, mucho antes de la llegada de los espa6oles, el inca Huayna C6pac desisti6 de sus prop6sitos b6licos por miedo a sus guerreros.

El anciano hizo una pausa para beber un sorbo de caf6 y se cre6 un silencio espeso; todos los ojos estaban pendientes de sus labios.

—Cuando los espa6oles pusieron los pies en el continente y trajeron su religi6n, sus misioneros extendieron la fe cristiana a todo el imperio, fundado tristemente, en muchos casos, por la fuerza de las armas. El virrey del Per6, entonces muy poderoso, quiso conquistar hasta el 6ltimo rinc6n de su territorio y envi6 expedici6n tras expedici6n hacia tierras j6baras. Todas fueron salvajemente asesinadas. Pasaron los a6os y, finalmente, a fuerza de sudor y sangre, se fundaron las primeras ciudades a orillas del r6o Upano. All6 los espa6oles hicieron un gran descubrimiento, que tambi6n signific6 su perdi6n: hab6a oro. El oro siempre desata las pasiones humanas y, en esta ocasi6n, como ver6is, fue causa de grandes desgracias.

»En la confluencia de los r6os Zamora y Upano surgi6 una bonita ciudad, Sevilla del Oro, y muchos buenos cristianos, ignorantes de lo que les deparaba el destino, se instalaron en ella. Construyeron sus casas, llevaron a sus familias y creyeron que los indios, aparentemente cristianizados, les prestar6an ayuda y ser6an sus aliados.

»En 1599, por culpa de ese oro, se produjo la gran tragedia. ¿Qui6n fue el culpable? —Levant6 los hombros en un gesto interrogante—. ¿Quiz6 el rey Felipe III, que exig6a oro para su coronamiento? ¿Quiz6 el virrey del Per6, que trat6 con inquina a sus subordinados? ¿Quiz6 el gobernador de Sevilla del Oro, que no supo ver el peligro a tiempo? Lo cierto es que en todo el territorio se promulg6 un edicto que aumentaba a los ind6genas, de forma abusiva, los impuestos en oro. Una decisi6n terrible que sali6 muy cara. El gobernador, ingenuo, lo comunic6 a los jefes de los salvajes y, como quiera que no hallara ninguna resistencia, crey6 que los hab6a

convencido. Pero aquel mismo día, un guerrero llamado Quirraba convocó a todos los guerreros jíbaros a luchar contra los invasores. La conspiración se llevó con el máximo secreto. El gobernador de Logroño, otra villa fundada con el esfuerzo de los colonizadores, abrió las puertas a los traidores en plena noche cuando les dijeron que transportaban el oro del edicto. Al amparo de las sombras, los jíbaros cogieron desprevenidos a los soldados, a la población y al gobernador. Todos dormían plácidamente hasta que, de repente, estalló el terror y corrió la sangre. La ciudad se llenó de gritos y cabezas que rodaban por las calles. Más de dos mil indios invadieron Logroño esa noche y no quedó ni un alma con vida. Mataron a todos sin piedad: a las mujeres embarazadas, a los niños que lloraban, a los viejos indefensos. Y en medio del terror, despertaron al gobernador, fundieron el oro en su presencia y le obligaron a beberlo hasta hacerlo reventar. Después, no satisfechos con la matanza, se dirigieron a la capital, a Sevilla del Oro, y la pasaron a sangre y fuego. Ambas ciudades fueron arrasadas y no quedó con vida ni un solo habitante, excepto las mujeres jóvenes que capturaron como botín. Sevilla del Oro tenía aproximadamente veinticinco mil habitantes, y Logroño, diez mil. Fue la masacre más sangrienta de la historia de la colonización española. Durante trescientos años, nadie se acercó a esa tierra de dolor y miseria, excepto nuestros consagrados a Dios, los valientes misioneros de la Compañía de Jesús, que también fueron brutalmente sacrificados. Este pueblo lleva la destrucción y el asesinato hasta límites insospechados. Si queréis un consejo, no os acerquéis; observadlos de lejos, pero no crucéis sus fronteras. Ya soy viejo, y quizá no me importaría morir por la memoria de Nuestro Señor, pero vosotros sois jóvenes aún.

El jesuita suspiró y miró las estrellas.

—Sin embargo, no os impediremos seguir vuestro camino. Actuad como creáis más conveniente y, en cualquier caso, sabed que tenéis nuestra bendición y nuestra ayuda.

Otilia, que no había abierto la boca durante todo el relato, se percató de que tenía la piel de gallina. Wifredo, con sus etnografías y sus estudios sobre los sistemas mágico-religiosos no la había puesto al corriente de ese tipo de detalles. Interrogó con los ojos a D. J. O conocía ya la leyenda, o era impermeable a las emociones. No parecía impresionado. Con voz firme, tomó la palabra.

—Sin duda, todo lo que nos habéis explicado es cierto. Las conquistas comportan muerte y destrucción. Pero nosotros no buscamos oro ni riquezas; nos mueven otras razones que no pueden esperar. Agradecemos vuestros consejos de todo corazón y os prometemos que seremos prudentes.

El misionero joven rompió el hielo. Pidió a su compañero, con un gesto, mantener una conversación en privado. Ambos se disculparon educadamente y salieron al jardín. Al poco rato, regresaron del conciliábulo.

—Hemos dado órdenes para que os preparen una canoa con suministros suficientes para una semana. Estará esperándoos en el embarcadero mañana por la

mañana. Sin canoa es prácticamente imposible viajar por esta selva.

Ante las miradas estupefactas de los huéspedes, el misionero joven creyó oportuno dar explicaciones:

—Aunque desaprobemos vuestra ruta, no podemos hacer otra cosa que desaconsejaros. En cambio, es nuestro deber proporcionar ayuda al desvalido. La hospitalidad no conoce diferencias.

El otro misionero asintió en silencio. Evidentemente, accedía de mala gana. Otilia les agradeció sus atenciones deseosa de retirarse a su celda para escribir acerca de esa nueva y espeluznante información sobre los jíbaros. Sin embargo, tuvo que acompañarlos hasta el embarcadero, donde los religiosos les enseñaron el funcionamiento del pequeño motor y la utilidad de los materiales y los víveres. El misionero más joven, a hurtadillas de su compañero, les mostró el fondo de la embarcación.

—He incluido en la carga un rifle y municiones; por estas tierras, nunca se sabe...

No quisieron aceptar ni una sola moneda. La hospitalidad de las misiones, dijeron, dejaría de serlo si vendieran su ayuda.

Esa noche, Otilia escribió palabra por palabra la estremecedora historia de la conquista de los jíbaros y al acabar cerró su libreta y descansó confiada. La frescura de las celdas y la protección de los mosquiteros le proporcionaron un sueño profundo y tranquilo. Aunque, sabiendo que D. J. dormía a unos pocos metros, tal vez fuera la certeza de que no le faltaba nada.

De buena mañana, después de un agradable desayuno en compañía de los dos religiosos, se despidieron y emprendieron la marcha. Tan pronto como la misión desapareció en el horizonte, escondieron la canoa en la orilla, entre la vegetación, y salieron en busca de la avioneta. El Hombre de las Islas no podía estar muy lejos. Lo llamaron en todas las lenguas que conocían, ensayaron ruidos, se concentraron para comunicarse telepáticamente, pero todo fue en vano. Tras un montón de horas de infructuosa búsqueda, optaron por aceptar la realidad del suceso: el Hombre de las Islas se había perdido irremediablemente.

—Acéptalo. No podemos quedarnos eternamente aquí —resumió D. J., pragmático.

Pero Otilia se negaba a marchar y abandonarlo.

—Es un ser frágil, procede de otro hábitat y probablemente no se adapte.

D. J. estaba quisquilloso.

—Publica un artículo explicando nuestro delirante viaje y su desaparición e inventarán un *reality* de televisión para capturarlo. Créeme, está mejor perdido.

—Muy gracioso.

Pero quien decantó la balanza fue Anarfiq, quien, contra todo pronóstico reapareció con una sonrisa beatífica en su cara y les dijo muy convencido.

—Youq está bien, Youq no tiene miedo.

Otilia necesitaba pruebas.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sabe y punto —cortó D. J. por lo sano, actuando como el capitán que era.

Fue una partida triste. Mientras la canoa, remontaba la corriente del río y el reflejo acerado del ala de la avioneta se desvanecía en la lejanía, Otilia sintió una pequeña punzada en el corazón, allí donde duele cada vez que se pierde a un amigo.

PEDDECKOE, recostado en una palmera que se inclinaba decorativamente sobre el río, supervisaba las operaciones de rescate de la canoa bebiéndose un refresco de limón. El calor sofocante del atardecer, unido al esfuerzo de sus subordinados, le hacía sudar de una forma inusual. Sujetaba un pañuelo con la mano izquierda y continuamente se secaba la frente y la palma de las manos.

Hacía casi tres horas que la canoa en que viajaba había embarrancado en el fango del supuesto río Pastaza, y Peddeckoe había tenido tiempo suficiente para reflexionar y llegar a la conclusión de que se habían equivocado. Aquel pequeño afluente sinuoso que habían confundido con el Pastaza moría donde ellos se encontraban, en un simulacro de pantano de aguas fétidas con millares de insectos que pululaban en busca de víctimas propiciatorias para contagiarles malaria, la fiebre amarilla y otras lindezas. Pasar la noche cerca de la canoa hubiera sido una locura.

Aplastó la lata vacía, la depositó en el tronco hueco del árbol y ordenó a Wifredo que se acercase. Wifredo, cubierto de fango de pies a cabeza, se limpió las gafas con una hoja de plátano y se las colocó chapuceramente sobre su nariz acartonada.

—Doctor Peddeckoe, es más difícil de lo que creíamos.

—Evidente, Wifredo. Me he dado cuenta enseguida, pero tu impetuosidad me ha hecho concebir esperanzas.

—Oh, es que al principio me ha parecido fácil. Claro que después se han complicado las cosas.

Peddeckoe se refrescó las sienes dándose un ligero masaje con colonia.

—Como acostumbra a suceder, Wifredo. Lo que para los demás es sencillo, para ti es complicado. Como el intercambio frustrado de rehenes.

Wifredo hizo una mueca de contrariedad. Peddeckoe no había dejado de recordarle su fracaso ni un solo día.

—Ya le he explicado lo que sucedió. La chica nos atacó con un *spray* antivioladores y nos cegó.

—Ya lo sé, no quiero oír más excusas. He comprobado desde mi observatorio todas las complicaciones; principalmente, tu brillante idea de atar la cuerda al árbol.

—Lo siento. No me podía imaginar que las raíces estuvieran podridas y que el árbol..., ejem, caería encima de la canoa.

Los dos contemplaron el deplorable espectáculo de la canoa medio partida, por un árbol arrancado de cuajo, y hundida irremediabilmente. Peddeckoe se levantó y se sacudió algunas voraces hormigas que paseaban confiadas por sus pantalones.

—Wifredo, tenemos que tomar una determinación e irnos de aquí antes de que oscurezca. Buscaremos un claro lo suficientemente alejado de este mosquitero y acamparemos. Diles a los otros que se preparen. Sólo nos llevaremos el material

necesario.

Escoger el material necesario fue una empresa ardua. Peddeckoe no quiso prescindir de su trípode, su cámara digital, su ordenador portátil ni sus enseres personales. Así que tuvieron que desprenderse de alimentos, mantas y, sobre todo, de la ropa de repuesto de Wifredo, del cocinero y del contraamaestre. La bolsa personal del doctor quedó intacta, y Wifredo la añadió a la voluminosa carga que transportaba. Cuando estuvieron todos a punto, Peddeckoe extendió un mapa sobre el suelo y señaló un punto imaginario.

—Según mis cálculos, debemos de estar aquí. Nos hemos equivocado de río; pero si seguimos en dirección oeste, llegaremos, sin duda, al Pastaza. Allí podremos comprar otra canoa y seguir el viaje.

El cocinero chismorreó al oído del contraamaestre.

—¿Has oído ese «nos hemos equivocado»? Será él, porque, lo que es nosotros, ni pinchamos, ni cortamos, ni la cagamos.

El contraamaestre le dio un codazo y le indicó que se callase. Peddeckoe era muy susceptible a todo tipo de comentarios hechos por lo bajines; los interpretaba como sediciones.

—¿Tiene algo que objetar a los planes? —preguntó Peddeckoe al cocinero en un tono agresivo.

—No, no, en absoluto. Me parecen magníficos. A mí me basta con tener un rinconcito donde poner mi fogón.

—Pues, si no hay ninguna objeción, adelante.

Wifredo flaqueaba bajo el peso excesivo. Tras media hora de camino, las fuerzas lo abandonaron, y tuvieron que detenerse.

—Veo que aún no estás en buena forma, Wifredo.

El contraamaestre salió impulsivamente en defensa del becario:

—Señor, lleva la carga de dos hombres y está muy delgado. Es natural que se canse.

Peddeckoe era inmovible.

—Es el más joven de todos, y sus células se reproducen a mucha mayor velocidad que las nuestras, su sangre circula con más fuerza y todo eso implica que debe tener más vitalidad; claro, que siempre hay raras excepciones.

Dudó. Realmente, Wifredo tenía muy mala cara.

—Bueno, no forcemos las cosas; acamparemos por aquí cerca. —Indicó con un gesto al cocinero que dejase su mochila en el suelo—. Anda, busca un sitio donde no haya mosquitos y se pueda encender fuego e instalar a tu gusto la cocina.

El cocinero se marchó protestando entre dientes. Estaba hasta las mismísimas narices de Peddeckoe y su expedición. Él era un cocinero y no un soldado de la guerrilla. De pronto, se le iluminó el rostro, dio media vuelta y volvió hacia donde estaban sus compañeros gritando de alegría:

—¡Lo hemos encontrado! ¡Ya estamos! ¡El río está aquí!

Efectivamente, se habían detenido a sólo unos metros de la orilla del Pastaza, que, ancho y silencioso, fluía sin prisas hacia el Amazonas. Los demás, incluido Wifredo, se levantaron de un salto y se acercaron. Aquello era un río de verdad, y no el escupitajo donde habían abandonado la canoa. Se remojaron la cabeza para refrescarse e intentaron arrancarse el fango adherido a la piel, que se había endurecido por el camino hasta convertirse en una coraza reseca.

Peddeckoe, con su impecable camisa de hilo color crudo, se frotó las manos satisfecho. Así pues, las perspectivas ya no eran tan negras. Había cometido un grave error, pero lo había solucionado con rapidez. Hizo visera con una mano y fijó la vista en la lejanía; allá donde el río formaba un meandro, le había parecido distinguir, unos momentos antes, una sombra, algo escurridizo que desapareció inmediatamente de su campo visual. Estuvo alerta durante unos minutos y se vio recompensado: una embarcación bajaba río abajo. Avisó a los demás y se dirigió decidido hacia su equipaje. Si las cosas salían bien, podrían continuar el viaje al día siguiente a primera hora. Llevaban dos días de retraso porque el motor de la canoa se había averiado al salir de Iquitos.

—Son indios —murmuró el contraamaestre.

Peddeckoe los enfocó con sus prismáticos y sonrió con suficiencia.

—Inofensivos, de la tribu de los waiwai.

Wifredo saltó como movido por un resorte.

—Doctor, es imposible: los waiwai habitan en el altiplano de la Guayana, cerca del Essequibo; están a cientos de kilómetros de aquí, éste no es su territorio.

Peddeckoe lo miró, ofendido.

—Wifredo, las razones por las que una canoa waiwai navega por el Pastaza se me escapan. Pero me rindo a la evidencia y no rechazo los hechos de antemano, como haces tú.

Wifredo se estiró de nuevo en el improvisado lecho en que descansaba.

—Lo siento, doctor. Simplemente, me ha parecido muy extraño y...

Peddeckoe le indicó que se callara. Con unos cuantos collares de cuentas de vidrio en la mano hacía señales a la canoa para que se acercara. El contraamaestre y el cocinero contemplaban la escena aburridos. Peddeckoe les dio instrucciones.

—Ahora parlamentaré con ellos. No intervengáis para nada: son sumamente asustadizos y lo estropearíais todo.

La canoa, conducida por cinco indios silenciosos, se adentró en la vegetación baja de la orilla del río y sus ocupantes saltaron a tierra. Llevaban la cara y los brazos pintados en tonos bermejos e iban armados con unas pesadas mazas. Peddeckoe avanzó hacia ellos con cordialidad mientras Wifredo se incorporaba un poco para distinguirlos mejor. Se sentía débil. Al ver a los indios, abrió unos ojos como naranjas e instintivamente quiso levantarse, pero el contraamaestre lo sujetó.

—¡Alto, doctor, no son *waiwai*!

Peddeckoe, enfadado, volvió la cabeza y fulminó a Wifredo con una mirada

asesina.

—Cuando quiera tu opinión, te la pediré. Mientras tanto, calla y aprende. Los waiwai son un grupo pacífico que evita las confrontaciones. Evidentemente, se trata de un grupo de hombres jóvenes que han salido de pesca.

Wifredo lanzó un gemido que sólo fue audible para el contraamaestre. Peddeckoe estaba diciendo un montón de barbaridades, y lo peor del caso era que se las creía y los liaba a todos.

—Esto, tesoros. Nosotros cambiamos por canoa.

El cocinero se tapó la boca con las manos para que Peddeckoe no oyese su carcajada. El doctor pretendía que los indios le diesen su embarcación a cambio de cuatro cuentas de vidrio. ¡Estaba loco!

Los indios rodearon a Peddeckoe, interesados. Evidentemente, no habían entendido sus pretensiones de trueque. Se limitaban a contemplar los collares. Peddeckoe le limpió el polvo a uno, lo brillantó con su aliento y lo frotó a conciencia con su pañuelo. Estaba resplandeciente. Con cara de satisfacción, se lo colgó del cuello al que parecía el más importante del grupo. Wifredo y los indios contemplaron la escena horrorizados. Inmediatamente, el indio del collar cayó a tierra, retorciéndose como una serpiente envenenada, y sus compañeros comenzaron a lamentarse a gritos y a proferir exclamaciones de dolor. Peddeckoe se secó el sudor y preguntó discretamente a Wifredo, con un gesto, la razón del extraño suceso. Wifredo se tapaba la cara con las manos: Peddeckoe acababa de embrujar al jefe guerrero con un maleficio producido por el halo mágico con que había limpiado el collar.

Los guerreros blandieron sus mazas amenazando a Peddeckoe. Uno de ellos lo sujetó por el brazo y lo arrastró hasta la canoa. El cocinero, el contraamaestre y Wifredo, lívidos, se pusieron en pie y contemplaron la escena anonadados.

—¡Wifredo! Yo no hablo la lengua de los waiwai. Comunícales que soy un importante jefe blanco.

—¡No son waiwai y no hablan la lengua de los waiwai, ni visten como los waiwai, ni usan las armas de los waiwai, ni tienen las costumbres de los waiwai! Éstos son bastante más agresivos y no temen a los jefes blancos.

Peddeckoe intentaba conservar la calma, pero estaba francamente atemorizado. En aquellos momentos no le importaba haber metido la pata, quería salvar la piel y desconocía absolutamente las intenciones de aquellos indios, cualquiera que fuese su tribu.

—¡Grítales en su lengua, amenázalos, dispara! ¡Haz algo, por favor!

Peddeckoe estaba ya en la canoa, prisionero de dos indios, que lo tenían inmovilizado, mientras que los otros recogían a su compañero, que se retorció gritando y babeando como si fuera víctima de un ataque de epilepsia. Peddeckoe perdió la calma y lanzó un grito:

—¡Auxilio!

Antes de que ninguno de los tres espectadores pudiera reaccionar, sonó un tiro y tras una columna de pólvora quemada, apareció un hombre apuntando a los indios con un rifle. Volvió a disparar, esta vez hacia el suelo, y por señas les indicó que dejaran libre a Peddeckoe. Los indios obedecieron con rapidez, cargaron a su enfermo y empujaron la canoa hacia la corriente.

Peddeckoe, tirado como un saco de patatas, quedó en el suelo cubierto de polvo y de vergüenza. Sin embargo, intentó conservar la dignidad en la medida de lo posible. Otra vez interfería en su camino aquel odioso D. J. que le había robado a su espíritu de los hielos. Los fantasmas lo seguían a través de la selva, y D. J. era el fantasma más corpóreo, material y aborrecible de cuantos había conocido.

—Muy agradecido, señor D. J. Extrañas circunstancias para volvernos a encontrar. ¿Dónde ha dejado su mercante, si no es indiscreción?

D. J., satisfecho, se colgó cuidadosamente el rifle al hombro. Había sido testigo mudo de la tragedia. Alertado por los gritos de los indios, se había encontrado con aquel curioso espectáculo.

—Mi mercante está con su yate, descansando en Manaos. Por lo que a mí respecta, descanso muy cerca de aquí. Tenemos el campamento un centenar de metros más arriba, en un lugar ideal para dejar la canoa y pasar la noche.

Peddeckoe tragó saliva e intentó hacerse una composición de lugar, pero no lo conseguía.

—¿Ha dicho «tenemos»? ¿Debo suponer que usted y nuestra invitada Otilia Wilt van de safari amazónico, señor D. J.?

D. J. rió sin contestar y Peddeckoe, mosqueado, trató de parecer amable.

—Ya veo que está muy contento. Ejem, su amigo, mejor dicho, nuestro amigo común, ¿está bien de salud?

La simple idea de que podía estar a pocos metros del Hombre de las Islas, su codiciada presa, le hizo temblar.

—¿Quién? ¿El Hombre de las Islas por el que usted me hizo recorrer medio mundo para intercambiarlo ilegalmente por una ciudadana británica? Pues, siento comunicarle que ya no se encuentra en mi compañía. Lástima, porque en los últimos tiempos había sufrido unos cambios muy interesantes: emitía luz como un fluorescente. Wifredo puede dar fe de ese milagro. Seguro que le hubiera apasionado.

Peddeckoe, que había contenido la respiración, pareció decepcionado. Su destino era no coincidir jamás con sus criaturas, y D. J. tenía mucho que ver con ello, además de ser la voz de la conciencia de su pasado poco romántico. Sin embargo, seguía teniendo un as en la manga. Le recordaría a D. J. su poder para que se le borrara de la cara aquella odiosa sonrisa.

—Sigo pensando que lo veo muy confiado y tranquilo. Yo, si estuviera en sus circunstancias, sería más circunspecto y no me mostraría tan abiertamente ante quien lo puede denunciar.

D. J. miró a Peddeckoe de arriba abajo.

—¿Aún cree de verdad que puede asustarme? Reconozco que la primera vez me cogió desprevenido; al menos, su convicción me hizo dudar. Pero, tan pronto como pude, comprobé lo que ya sabía: mi caso está sobreseído. Estoy en paz con la justicia, Peddeckoe, y aunque volviera a denunciarme, su denuncia no tendría ningún efecto. Yo sí podría abrir un caso nuevo: una denuncia por plagio.

Peddeckoe palideció.

—No tiene pruebas. Es una vil calumnia.

D. J. le hizo temblar. Le gustaba hacer sufrir a Peddeckoe. Su amigo Pamuk se merecía eso y más.

—Podría reunir a cierto tribunal de tesis doctoral, aunque dos de sus miembros han muerto, ¿no es cierto?

Peddeckoe no comprendía cómo podía estar enterado de aquellos detalles. D. J. le leyó el pensamiento.

—Es que siempre he creído que un día u otro reemprendería los estudios de mi amigo Omar, me doctoraría definitivamente y competiría por su plaza.

Peddeckoe rió nerviosamente.

—Es usted un bromista, D. J. Me admira que en plena selva le queden ganas de hacer chistes. Je, je.

Pero a lo mejor no se trataba de ningún chiste: en los ojos de D. J. había cierta determinación.

—Aún no nos ha explicado qué hace por estas tierras.

—No es ningún misterio: en estos momentos, mi trabajo consiste en seguirlo. Para ser exacto, lo seguía hasta hace poco, porque ahora veo que le hemos ganado terreno.

—¿Y por qué motivo nos sigue, si no es indiscreción?

—En absoluto. Me he propuesto impedir que capture un *arutam*. ¿Le parece suficientemente convincente la explicación, o quiere más detalles?

Peddeckoe, blanco como un papel de fumar, fingió indiferencia y se sentó junto a D. J.

—Así que se trata de un duelo.

—Si quiere interpretarlo así...

—¿Cómo debo interpretarlo, si no?

—Como el saldo de una cuenta pendiente.

Peddeckoe calló anonadado. D. J. se acercó al becario y le tendió la mano.

—Hola, muchacho; me alegro de verte. Por cierto, ¿de qué tribu eran esos indios?

Wifredo se reanimó inmediatamente.

—Bueno, al principio he dudado; pero, por el atuendo de pesca y por la forma de los remos, sólo podían ser *atsuaras*. Claro que el miedo al halo mágico es común a la mayoría de los pueblos amazónicos y...

Peddeckoe resolvió intervenir. D. J. lo retaba, y Wifredo lo desautorizaba públicamente. Acabaría con Wifredo, pero antes tenía que enfrentarse a D. J.

—Señor D. J., permítame que le invite a cenar esta noche en pago por su heroísmo. ¿O piensa poner un precio más alto a su hazaña?

D. J. suspiró.

—Doctor Peddeckoe, ha sido simplemente una cuestión ética; no ayudarlo habría sido como hacer trampas en el póquer. A mí me gusta jugar limpio.

Peddeckoe pensó en su interior que D. J. era uno de esos estúpidos que se dejan ganar por culto a la ética.

—¡Vaya, vaya, un jugador! ¡Quién lo hubiera creído! Entonces, señor D. J., lo invito no sólo a mi mesa, sino también a jugar conmigo. Siempre viajo con mis cartas y nunca tengo el honor de enfrentarme a contrincantes de mi categoría.

D. J. aceptó gustoso. Además de devorar su exquisita cena, lo desplumaría como a un angelito.

—Acepto. ¿A qué hora?

—¿Le va bien a las nueve?

—Perfecto. Seré puntual.

D. J. se alejó silbando con las manos en los bolsillos. Aquella noche se ahorraría cenar latas asquerosas, se haría rico y pasaría una velada emocionante. Debía reconocer que, a pesar de todo, Peddeckoe tenía mucha clase.

En aquellos momentos, ignorando la suerte que el destino le deparaba, se sentía profundamente feliz.

D. J. palideció. Volvió a mirar sus cartas y las que le mostraba Peddeckoe. No podía creerlo. Acababa de perder la canoa al póquer. Tras quedarse sin dinero, se había jugado la canoa y Peddeckoe se la había ganado limpiamente, con un miserable trío de reyes.

Maldijo sus huesos por haberse fiado de su intuición y por haber menospreciado a su adversario.

Peddeckoe le llenó la copa, sonriente.

—Vamos, D. J., no se lo tome a mal. Todo buen jugador debe saber perder.

D. J. dudó entre apurar la copa o tirársela a la cara para mostrarle así su desdén. Se contuvo. Se comportaría como un caballero y aceptaría la derrota, pero la apuntaría en su lista de agravios.

Dando traspiés, siguió a Peddeckoe y a Wifredo hasta donde tenía amarrada la canoa. El trayecto se le hizo interminable y, por el camino, le asediaron un sinfín de remordimientos. ¿Qué le diría a Otilia? ¿Cómo justificaría ante Otilia y Anarfiq la desaparición de la canoa? Les había mentado a los dos: les ocultó el encuentro con Peddeckoe, adujo que iba a realizar una exploración y les pidió que lo esperaran dormidos.

La canoa se mecía suavemente, arropada por la luz de la luna. A Peddeckoe se le iluminaron los ojillos. Por fin podría continuar río arriba y deshacerse de D. J., que jamás podría alcanzarlo sin canoa.

—Wifredo, acerca la canoa.

Wifredo estaba avergonzado. Aquello le parecía una vileza.

—Doctor Peddeckoe, ejem, ¿no cree que al menos podríamos llevarlos a algún lugar donde puedan comprar otra? Yo...

—Wifredo, no somos la Cruz Roja. ¡Ya me has oído!

D. J. le agradeció el esfuerzo, conmovido por su buena fe.

—Haz lo que te indica, Wifredo. He perdido la canoa, y Peddeckoe puede hacer con ella lo que desee.

—Pero existe el humanitarismo y...

—Con los saboteadores no hay humanitarismo que valga, y eso es lo que es nuestro invitado. La ciencia, por otro lado, no se cimienta en eso que tú llamas humanitarismo.

Wifredo se mordió la lengua y obedeció a Peddeckoe. Tiró de la cuerda, se metió en la canoa y cogió un remo. Peddeckoe subió tras él, cuidando de no mojarse, y se acomodó.

—Muy bien, señor D. J. Le deseo mucha suerte. Espero no verlo nunca más.

Wifredo remó en silencio y la canoa surcó las aguas en dirección al campamento

de Peddeckoe. D. J. los vio alejarse recostado contra un árbol. Estaba borracho, pero no tanto como para ignorar la difícil situación en que quedaban.

ANARFIQ había contemplado la escena, a distancia suficiente para no ser visto. ¡Unos occidentales se llevaban su canoa tras charlar amigablemente con D. J.! ¿La había vendido o era una cuestión de hospitalidad? Cualquiera de las dos posibilidades le parecieron posibles y hasta razonables. La canoa era una mercancía cara y valiosa y D. J. tenía derecho a hacer negocios con ella, por algo era el capitán de la expedición. Por otra parte, si D. J. había ofrecido amablemente su canoa a los blancos como muestra de amistad, también resultaba comprensible. Los inuit, su pueblo, eran sumamente hospitalarios y ofrecían a los viajeros comida, abrigo y cama y otras muchas cosas que los occidentales consideraban impropias. Pero, fuera cual fuera la explicación, no le importaba. Se sentía feliz como no lo había estado en toda su corta vida. Ya no estaba solo. Tenía un amigo diferente, especial, mágico, un amigo al que podía oír y sentir aunque en aquellos momentos no lo pudiese ver. Con eso le bastaba, puesto que le contagiaba su alegría.

Anarfiq transitaba por ese mundo novedoso de la selva amazónica con los ojos bien abiertos y sorprendiéndose de las diferencias y las similitudes con su tierra. El verde sustituía al blanco. El calor, al frío.

Y los mosquitos, a los osos polares. Por lo demás, todo era cuestión de detalles y matices. Hasta diríase que los indígenas guardaban un cierto parecido con sus antepasados, y su cuerpo pequeño, moreno y esférico, sus ojos rasgados y sus narices chatas le resultaban más familiares que los enormes cuerpos blancos, huesudos y de ojos húmedos de los europeos.

Los compañeros de expedición, D. J. y Otilia, eran buena gente, pero a veces le cansaban. Discutían por nimiedades, se enfadaban sin razón alguna, hablaban sin parar de estupideces y se quejaban constantemente por todo. Su abuela, a quien conoció de niño, odiaba a los occidentales. Decía que trajeron consigo la bebida, el ruido y el dinero y que por su culpa los inuit perdieron el honor, el valor y la libertad.

En la selva, a pesar del griterío de todas las especies de animales, había más silencios que en Nuuk e intuía que más libertad, honor y valor de los que nunca le fue permitido vivir en la ciudad portuaria. Por eso deseaba adentrarse en el corazón de la selva y soportaba sin queja las penalidades. Y por eso no haría preguntas. No le incumbía lo que el jefe de la expedición hiciese con la canoa porque no era un blanco quisquilloso, un chivato ni un fisgón.

Había topado con D. J. por casualidad cuando, como cada noche, salió en busca de su amigo caminando solo entre el follaje, escuchando los sonidos y aprendiendo a leer los mensajes de la selva. Lo único que pretendía era encontrar al Youq. Sentía su presencia y tenía la certeza de que no le había abandonado. Sabía que el Youq ya no le abandonaría nunca porque los amigos los son para siempre. Ése era su consuelo.

D. J. se dispuso a regresar al campamento con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha y Anarfiq dio media vuelta y se internó en la espesura, corrió silenciosamente entre la maleza para encaramarse rápidamente a su hamaca, aplacar sus jadeos y fingir un sueño plácido. Al poco rato, oyó acercarse los pasos de D. J. y, mientras pasó por su lado, contuvo la respiración y escondió la cabeza contra el pecho.

D. J. se dirigió a Otilia, que estaba tendida en su hamaca y rompió con sus gritos la paz de la noche.

—¡Otilia, despierta!

Otilia remoloneó dormida. D. J. la zarandeó con más fuerza.

—¡Otilia, nos han robado la canoa!

Otilia se pegó un buen susto y Anarfiq supo que por culpa de la dichosa canoa volverían a tener problemas.

—¿La canoa?

—Sí. De regreso de mi exploración he pasado por la orilla y no está.

—¿Cómo ha sido? ¿Cómo es posible? Aquí no hay nadie.

D. J. parecía francamente preocupado. Anarfiq se sonrió por lo bajines. Era un perfecto hipócrita.

—Tal vez hayan sido los indios. Bajan por el río y es un buen cebo para ellos.

Otilia pretendió salir en su busca.

—Vamos.

—Ahora no podemos hacer nada, imposible encontrarla de noche. Mañana por la mañana buscaremos una solución.

D. J. dio por acabado el monólogo y se dirigió a su hamaca. Se agarró con ambas manos, trepó con dificultad, cayó como un saco y comenzó a roncar. No así Otilia, que pasó la noche en vela dando vueltas y más vueltas, y que de madrugada salió hacia el embarcadero improvisado y regresó abatida y pesimista.

La luz del día diluyó las sombras y de buena mañana Otilia no tuvo más remedio que aceptar la certeza. Tendrían que continuar su camino a pie.

—Ha sido una gran irresponsabilidad no montar guardia para protegerla.

D. J. le dio la razón.

—Desde luego, la próxima vez ya no seremos tan confiados.

Y D. J. tomó las riendas de la situación y no volvió a aludir a la desgracia del robo, aunque la mala consciencia lo empujó a cargar con todo el peso del equipaje a pesar de las objeciones de Otilia.

—Anarfiq y yo podemos cargar algunos fardos también.

D. J. accedió a dejarse ayudar y, convencido de que no era tan mala persona, sacó su mapa.

—Caminaremos cerca del río procurando no perder de vista la orilla. Encontraremos algún poblado donde comprar otra canoa.

Cargaron las mochilas cuando el sol ya estaba muy alto y, con cierto desánimo,

iniciaron una marcha incierta. Hacia media tarde, el calor se hizo tan insoportable que cada diez minutos tenían que parar para remojarse en los riachuelos. Anarfiq sentía el sudor pegajoso adherido a la piel. Una sensación nueva y desconocida.

La marcha era agobiante, tenían que sortear constantemente zonas pantanosas o muros de espinos infranqueables, hasta volver a encontrar la orilla del río. Se detuvieron un par de veces para tomar un bocado y beber unos sorbos de agua hervida. A medida que avanzaban, las mochilas se tornaban más y más pesadas y las correas se hundían en su carne hasta causarles heridas. Su ropa se desgarró y sus cabellos quedaron empapados de sudor y repletos de insectos y hojas. La más afectada por el esfuerzo era Otilia, que se comportaba de una forma inusual. Tenía los ojos brillantes, la frente perlada de sudor y decía incoherencias. Hasta que D. J. detuvo la marcha y le administró quinina. Cuando se puso el sol, estaban exhaustos. Sólo tuvieron ánimos para abrir unas latas de comida y encender fuego con el fin de ahuyentar a los mosquitos.

Luego, Otilia, más sosegada por el fresco de la noche, sacó su libreta y escribió un montón de garabatos al tiempo que repasaba las fotos que había tomado durante la jornada.

—Mira, Anarfiq, mira qué impresionante. Es un mono.

Anarfiq prefería verlo en movimiento a contemplarlo ahí, prisionero de la cámara, pero, si a Otilia le gustaba capturar imágenes, no sería él quien objetara nada. Lo que lo llenaba de curiosidad era su extraña manía de anotar.

—¿Por qué lo haces?

—Verás. Nuestra aventura no será sólo nuestra. Escribo las cosas que nos suceden, lo que veo, las impresiones que tengo y un día lo publicaré en un artículo junto con las fotografías. Tú también saldrás y todo el mundo te conocerá.

Anarfiq se asustó. Sorrag lo odiaba.

—No quiero que me conozca todo el mundo.

—¿Por qué? Es una forma de inmortalizarte.

D. J. rompió a reír.

—Ya lo ves, no tienes los derechos de imagen de Anarfiq. Eso te pasa por hablar.

—Tú calla. No tienes derecho a meterte con mi trabajo. Has venido aquí por dinero y para no dar con tus huesos en la cárcel.

—En cuanto a derechos, disiento. Me puedo reír de ti, está dentro de los derechos del capitán.

Anarfiq los dejó discutiendo y salió a avistar a su amigo. Cuando regresó, aún estaban enzarzados en una pelea estúpida. Le aburrían. ¿Por qué no se besaban si era lo que en realidad querían? Los occidentales eran complicados y disfrutaban con el sufrimiento. Se balanceó en su hamaca para no oírlos y, afortunadamente, se durmió al instante.

La esperanza de encontrar algún lugar habitado les dio fuerzas para levantarse de madrugada y cargarse a la espalda las odiadas mochilas. La mañana fue

decepcionante. Tuvieron que internarse en una vegetación baja que los agujijoneó con sus espinos y sus insectos. El bochorno les obligó a reducir el paso. Hacia media tarde, caminaban dando tumbos sin importarles ni el dolor ni los arañazos. Se habían insensibilizado a las penalidades, pero estaban al límite de su resistencia.

De pronto, Anarfiq se paró bruscamente y, con el cuerpo en tensión, escuchó atentamente. Se volvió a sus compañeros y les comunicó su descubrimiento:

—¡Gente! ¡Oigo gente!

Otilia suspiró aliviada y D. J. encendió un cigarrillo con dedos temblorosos.

—¿No oís? Les preguntó sorprendido.

Otilia negó con la cabeza y D. J. no se dio por aludido. Anarfiq no lo comprendía, ¿acaso eran sordos? Y se le ocurrió que, puesto que tenían la cabeza tan llena de palabras, discusiones y gritos no podían oír. Así pues, se puso al frente y actuó de guía.

El pequeño grupo duplicó el ritmo de la marcha. La perspectiva de llegar a una zona habitada era como una inyección de vitalidad para todos. Una media hora después, se oyó una música lejana y sus compañeros pudieron distinguirla de los gritos de las cacatúas a pesar de su sordera. Anarfiq les señaló con el brazo la dirección del sonido. Seguramente habría alguna aldea o alguna pequeña población a orillas del Pastaza, justo en la dirección que seguían ellos.

Llegaron al cabo de dos minutos y se quedaron atónitos. Estaban en una aldea de indígenas que retumbaba al ritmo de una música estridente. Las cabañas eran coquetonas y estaban construidas delicadamente con paja trenzada sobre un sólido armazón de madera; las entradas de las cabañas estaban decoradas con armas y cerradas con hojas de palmera; sobre unas hogueras apagadas había unas ollas, cuidadosamente dispuestas, sin nada dentro. Todo estaba limpio, impoluto, ordenado, y resultaba artificial. No se veían ni perros hambrientos, ni niños sucios y llorosos, ni restos de comida, ni moscas; sólo aquella música insistente y el aroma de una bebida dulce que Anarfiq reconoció enseguida, su olfato no lo engañaba.

Anarfiq curioseó una cabaña y levantó indiscretamente la cortina de hojas de palmera que hacía de puerta. De inmediato se oyó un gran jaleo, y fue literalmente arrastrado por un alud de indios que se empujaban unos a otros para huir de la tienda. Salieron escopeteados, hablando con excitación y señalándolos. Finalmente, uno de ellos se adelantó al resto y tomó la palabra en un inglés de academia nítido y comprensible. Les tendió la mano.

—Hola, me llamo Tarsicio. Bienvenidos. Ejem. ¿Sois del *trekking* de las cinco?

Anarfiq se dijo que aquellos indios eran francamente estrambóticos. Vestían tejanos ajustados, lucían aparatosos relojes sumergibles y llevaban gafas de sol.

Los había sorprendido durmiendo la siesta arrullados por los transistores y bebiendo latas de refrescos. D. J. se adelantó y estrechó la mano que le tendía Tarsicio.

—Mucho gusto. Nosotros somos un grupo independiente, no formamos parte de

ningún *trekking* organizado. Simplemente, nos han robado la canoa y queríamos una.

El indio respiró y comunicó la noticia a sus compañeros, que, rápidamente, pusieron otra vez sus transistores a todo volumen y se tumbaron a la sombra de las cabañas. Tarsicio les indicó con un gesto que le siguiesen, y los condujo hasta un pequeño muelle que hacía las veces de embarcadero. Les mostró la variada gama de canoas que allí había expuestas, como si se tratase de una feria.

—Los motores los guardamos dentro; aquí las exponemos con remos —les aclaró.

D. J. les echó un vistazo de experto. Casi todas las embarcaciones se encontraban en muy mal estado. No habían sido reparadas desde hacía tiempo, y las lluvias y la humedad las estropeaban enseguida si no se tenía cuidado. Finalmente escogió una, de tamaño mediano, que parecía más nueva que las demás.

—¿Cuánto pedís por ésta?

El indio observó a sus clientes, calculó sus posibilidades y les pidió una cantidad tan exorbitante que Anarfiq se irritó. D. J. y Tarsicio regatearon hasta que el precio inicial se redujo a la mitad. Aun así, era el triple de lo que en realidad valía la canoa.

Anarfiq tenía mucha sed, y olía un olor familiar.

—¿Tenéis Coca-Cola?

El indio respondió afirmativamente y Otilia gritó de alegría. Tarsicio, sin cerrar el trato con D. J., los condujo a una cabaña aislada del resto donde había de todo: Coca-Cola, tabaco, latas, montones de transistores, bolsas de patatas fritas, paquetes de chicles y pelotas de goma. D. J. los puso sobre aviso:

—Preguntad el precio de las cosas.

Efectivamente, todo era escandalosamente caro, pero Anarfiq y Otilia no resistieron la tentación de la Coca-Cola. Mientras la paladeaban con placer, sonó una sirena y Tarsicio, después de advertirles que no se movieran de allí, salió a toda prisa. D. J. fisgoneó a través de la rendija de la puerta. Sonrió e indicó a sus compañeros que se acercasen.

—¡Mirad!

Anarfiq, saboreando su lata con fruición, no daba crédito a lo que veía. Los indios con tejanos y gafas de sol se habían transformado milagrosamente en aguerridos cazadores autóctonos, disfrazados con el tocado de plumas, que sólo se utiliza en las grandes ocasiones. El centro del poblado, unos minutos antes desierto y silencioso, hervía de animación. De todas partes surgían mujeres, niños y hombres con indumentarias de enciclopedia, pintados como portadas del *National Geographic*, que tomaban posiciones junto a las cabañas. Las hogueras se encendieron como por arte de magia y las mujeres vertieron harina en las ollas y comenzaron a remover con un cansancio afectado. Los niños se distribuyeron unos extraños juguetes y los esparcieron por el suelo, simulando jugar con entusiasmo; hasta salió un perro, ¡sabe Dios de dónde! Luego apareció un guía hastiado y de caminar cansino y, a su lado, el primer turista. Era un alemán rubio, con salacot y botas altas, tenía la cara destrozada

por las picaduras de los insectos y acarreaba una cámara de vídeo. Detrás de él se arracimaba un grupo de hombres y mujeres silenciosos que escuchaban con devoción las explicaciones de Tarsicio, disfrazado de cazador. Ahora hablaba un alemán impecable y les mostraba educadamente la vida del poblado que habían tomado por sorpresa.

Durante un buen rato, el guía roncó a la sombra de un guayabo mientras los turistas iban de un lado a otro curioseando a su aire, interrogando por señas a los salvajes, que se mostraban muy tímidos, fotografiándose con ellos, acariciando afectuosamente la cabeza de los niños, oliendo la comida que se cocinaba, sopesando las armas de caza y hasta probando la comodidad de las hamacas. Al final, Tarsicio reunió a los alemanes y, recomendándoles sigilo, los acompañó con aire de complicidad hasta la cabaña donde se hallaban D. J., Anarfiq y Otilia.

—Chiiist, disimulen. Ahora entraremos silenciosamente y podrán ver una sorpresa que les tengo preparada.

Tarsicio empujó hacia dentro a una pareja desconfiada.

—Estos salvajes, que, como han podido comprobar, son buena gente, creen que esta cabaña está embrujada; ya se sabe, supersticiones. Temen a los espíritus y, por eso, no se acercan. Pero ¡adelante! Entren sin miedo, cojan, cojan. ¿Tienen sed?

Los alemanes se deshacían en elogios. Tarsicio sonreía satisfecho. Les presentó a Otilia, D. J. y Anarfiq.

—Éstos son unos aventureros auténticos: han estado a punto de ser devorados por las pirañas y han sido capturados varias veces por tribus salvajes.

Sin duda, su aspecto corroboraba las palabras del indio. Una alemana más atrevida tocó a Anarfiq con la punta del dedo, con miedo a ensuciarse y Anarfiq chapurreó unas palabras en alemán dándoles amablemente la bienvenida. La turista, encantada, le dio una moneda. Tarsicio los animó en alemán:

—Toquen, toquen. Son de verdad. Aquí no hay engaño. Esta muchacha ha sido violada por una tribu entera. Una pena, ¿verdad?

Los alemanes los rodearon, entre compadecidos y admirados. Otilia no entendía nada, y D. J. se mordía los labios para no reír. Afortunadamente, antes de que los alemanes pudiesen sacar las cámaras de su funda, los reclamó una sirena. El vapor pasaba a recogerlos.

La consumición costó una fortuna y, al despedirse, Tarsicio apenas podía soportar el peso de las generosas propinas que llenaban sus bolsillos. El *trekking* de las cinco, que se alejaba hacia el muelle tras su abúlico guía, había resultado espléndido.

Una vez desaparecidos los alemanes, la tribu recontó las ganancias. A los niños les habían regalado cinco relojes, cuatro encendedores, dos sombreros, un montón de euros y una Sony digital que se disputaban encarnizadamente.

Anarfiq los contempló con nostalgia. Ya no era un niño como ellos. Ahora él era un viajero intrépido que pagaba con dólares, bebía Coca-Cola y regalaba *souvernirs*. Así pues, les regaló su moneda. Tarsicio cobró el importe de la canoa en la tarjeta

Visa de Otilia y tuvo el detalle de mandar que les ayudaran a instalar el pequeño motor fueraborda y a cargar sus equipajes. D. J., disgustado, puso en marcha el motor y salió como alma que lleva el diablo.

—Vámonos. Por nada del mundo pasaría una sola noche bajo el techo de estos ladrones; saldría más caro que un hotel de cinco estrellas.

Otilia, liberada de responsabilidades y pesos, sacó su libreta de notas y escribió sin parar durante horas. D. J. estudió con detenimiento los mapas y trató de reconocer accidentes geográficos en la caótica vegetación de ribera.

Anarfiq no hizo nada. Iban río abajo, el trabajo lo hacía el agua que los transportaba. Se dejó mecer por el vaivén de la canoa y se fue adormeciendo dulcemente mientras pensaba que todo tenía un sentido oculto, una razón para que así fuera.

Si D. J. no hubiese entregado la canoa a los blancos visitantes, no habría bebido Coca-Cola.

Y se durmió con la sonrisa puesta.

PEDDECKOE y su expedición avistaron Macás desde lo alto del precipicio por donde descendía el escarpado sendero que provenía de Riobamba. Llevaban viajando tres días desde la noche en que le ganaron la canoa a D. J. A buen seguro que sus rivales no habían tenido tanta suerte como ellos. En aquellos momentos, Peddeckoe estaba convencido de que D. J. y los suyos habían desistido de sus planes. A lomos de asnos, contemplaron la colonia con ojos nostálgicos. El contramaestre deseó encontrar alguna cosa que le recordara una hamburguesa, y el cocinero soñó con un colchón mullido. Macás, a pesar de su aspecto precario, era lo más parecido a la civilización que habían visto desde hacía cerca de una semana.

A orillas del río Upano, Macás había gozado del privilegio de ser la única ciudad blanca en territorio jíbaro durante más de tres siglos. Sus habitantes, procedentes del otro lado de la cordillera andina, habían llegado en busca de oro, de caucho y de tierras de cultivo. Los macabeos vivían del ganado y de sus granjas y, con el paso del tiempo y la disminución de las hostilidades, habían mantenido una convivencia pacífica con los jíbaros de la frontera, a quienes utilizaban a menudo como trabajadores y mineros.

Wifredo no estaba de acuerdo con los planes de Peddeckoe. Habían evitado cuidadosamente el contacto con los poblados jíbaros, desviándose mucho de su ruta hacia las cascadas, para ir a parar a aquella especie de colonia descafeinada. Peddeckoe se había cerrado en banda y se había negado a explicarle las razones.

—Doctor Peddeckoe, estamos perdiendo el tiempo. Aquí no encontraremos a los informantes adecuados. Hemos atravesado un territorio infestado de jíbaros auténticos. Cualquiera de ellos, una vez perdido el recelo, nos hubiera servido como guía. En Macás sólo viven colombianos y peruanos, que no saben lo que es una cascada y únicamente entienden de rebaños y de pastos.

Peddeckoe guardaba silencio, como cada vez que Wifredo tocaba el tema, y continuaba descendiendo por las rocas al frente del grupo. Wifredo insistió:

—Doctor, si le da miedo acercarse a los indios, puedo hacerlo yo solo. Es la ilusión de mi vida. El trabajo de campo me entusiasma. Podría instalarme en una casa familiar y vivir con ellos un mes hasta que quisieran iniciarme y llevarme a las cascadas... Yo, de verdad...

—Wifredo, cállate de una vez, que me das dolor de cabeza.

—Pero, doctor...

—¡Ni doctor ni narices! Estoy harto de tu cantinela. ¿Quién dirige la expedición, si se puede saber? ¿Quién asume las responsabilidades? ¿Tú, quizá? ¿Quién se enfrentará a la comunidad científica? ¿El doctor Wifredo?

—Yo, yo no he pretendido ofenderlo ni desautorizarlo. Pero me parece, vaya,

quiero decir, sin que se lo tome a mal; sobre todo, no se ofenda, pero creo que se equivoca.

Peddeckoe paró en seco su asno y fulminó a Wifredo con la mirada.

—¿Quieres insinuar que no sé lo que me hago?

—Yo, yo, lo siento, pero le estoy dando vueltas durante todo el camino y, naturalmente, como no sé qué pretende, pues me da la sensación de que no toma las decisiones correctas. No sé si me explico...

Peddeckoe siguió sin dar su brazo a torcer.

—No, no te explicas en absoluto.

—Bueno, pues yo creo que tengo derecho a conocer los planes como miembro de la expedición.

—Wifredo, eres impetuoso, inmaduro y, en las condiciones en que me acompañas, no tienes derecho a exigir nada. —Calló unos instantes—. Pero, para que te sirva de lección, y sin que lo consideres un precedente, te explicaré por qué razones nos dirigimos a Macás.

Wifredo prestó atención a sus palabras.

—Queridísimo Wifredo, los antropólogos de los tiempos heroicos quedan muy lejos de nosotros, y algunos de ellos, mitificados por la historiografía, no fueron ni pretendieron ser nunca unos héroes. De Malinowski, por ejemplo, se sabe perfectamente que no probó un solo alimento que le repugnase, ni durmió sobre suelo duro, ni jamás dejó de fumar sus cigarrillos; en cambio, pudo escribir unas monografías respetables. Wifredo, el sacrificio no es necesariamente el camino hacia la gloria. Por otra parte, ya se sacrificaron algunos tontos, gracias a los cuales podemos saber todo aquello que nos interesa sobre los jíbaros. Nuestro objetivo no es el trabajo de campo ni hacernos amigos de los jíbaros, que es una tarea larga y antipática. Nosotros venimos a cazar un *arutam*. —Miró al becario por encima de su cabalgadura—. ¿Te has preguntado alguna vez cuánto tiempo deberíamos convivir en una comunidad *Untsurí Shuar* para que nos aceptasen, nos iniciasen y nos concedieran el privilegio de apropiarnos de un *arutam*? Es una labor que, siendo optimistas, duraría por lo menos, de tres a cinco años. Y, naturalmente, tendrías que sobrevivir a sus ataques de ira, a sus razias, a sus enfermedades y a su deficiente alimentación.

Wifredo palideció.

—¿Quiere decir que el trabajo de campo no tiene sentido? ¿Está desautorizando las técnicas de estudio que nos distinguen como disciplina?

Peddeckoe sonrió.

—El trabajo de campo es para quien tenga tiempo. Yo no puedo disponer de cinco preciosos años de mi vida para dedicarlos a un montón de indios sucios y sanguinarios. —Pensó en sus niñas y se horrorizó—. De hecho, no puedo perder ni un minuto más en esta expedición inacabable. Tenemos que ser prácticos, Wifredo, y dejarnos de romanticismos y de cursilerías. La forma más rápida de localizar un

arutam es a través de un jíbaro aculturado que hable inglés y cobre en dólares. Estará encantado de acompañarnos, no nos traicionará por miedo a no cobrar y no nos matará porque ya no practica las costumbres violentas de sus antepasados.

Wifredo no podía aceptarlo.

—Pero, pero... ¿y capturarlo? El *arutam* sabrá que no somos jíbaros ni amigos suyos.

—Bueno, ésta es la segunda parte de mi plan. Encargué a la universidad que me enviasen a Macás los aparatos del Departamento de Física que el doctor Carter diseñó especialmente para esta operación. Así podremos crear un campo magnético constante, que retenga al *arutam*. El doctor Carter cree que la intervención de los rayos ultravioletas en el proceso de reducción del *arutam* puede ser fundamental; por tanto, hemos incluido estos aparatos a última hora. Naturalmente, para transportar todo hasta las cascadas necesitaremos más hombres de los que creía.

Wifredo estaba decepcionado...

—Pero, pero... esto no es ético.

—Wifredo, la ciencia y la ética no tienen nada que ver. Si fuesen la misma cosa, aún estaríamos en el Paleolítico.

Wifredo se conformó de mala gana.

—Es que... Lo siento, doctor, pero me hace sentirme... No sé, me hace sentirme muy mal pensar que veremos un *arutam* pagando con dólares y que lo capturaremos con ayuda de la NASA. Es como si, en lugar de formar parte de una expedición científica, visitásemos Disneylandia.

—Wifredo, tienes que endurecerte. Eres demasiado idealista. Ya te lo he dicho otras veces, pero te lo vuelvo a repetir: estás inmaduro. —Sonrió mefistofélicamente recordando el ridículo que había pasado junto al Pastaza y el descrédito sufrido ante D. J.—. Precisamente en estos días, tu inmadurez ha sido un tema recurrente en las conversaciones del tribunal que adjudica la plaza de Wilson.

Wifredo estuvo a punto de caerse del burro. El contraamaestre, solícito, le ayudó a recobrar el equilibrio.

—¿Ha..., ha dicho la plaza de Wil... Wilson?

—Sí, la plaza de Wilson; me has oído perfectamente.

—Pero ¿no pensaba pedir una comisión de servicios dentro de un año?

—Sí, pero cambió de opinión y me lo comunicó anteayer por móvil. Naturalmente, a pesar de la distancia, formo parte de la comisión para la contratación del nuevo profesor.

Wifredo tragó saliva y tuvo que violentarse para seguir preguntando. No tenía valor para hacerlo.

—¿Y... y... y ya está adjudicada?

—Sí, no fue demasiado difícil. No había color. Los únicos candidatos erais tú y el joven McGorth, un muchacho excelente. Tiene un expediente magnífico, sí señor.

Wifredo musitó:

—Yo..., yo también.

—Sí, ya sé que fuiste premio extraordinario de carrera; pero eso es diferente, Wifredo. Tú eres duro, tozudo, lento en el trabajo y poco elegante; en cambio, McGorth tiene una inteligencia natural que todos reconocen y aprecian.

Wifredo se mordió la lengua. McGorth era un fatuo petulante que no había leído un libro entero en toda su vida. Su especialidad era hablar sin decir nada, asistir a congresos para llevarse a la cama a las estudiantes rubias y regalar botellas de *bourbon* a los profesores. Al hacer la pregunta delicada, Wifredo notó que se le quebraba la voz:

—Y la plaza, ¿para quién es?

Peddeckoe le dejó sufrir unos minutos más.

—Hummm... Hubo una discusión, pero prevaleció mi criterio. McGorth era el aspirante ideal. La plaza será para McGorth.

Wifredo bajó la cabeza, y una lágrima redonda cayó sobre su cabalgadura. El cocinero, conmovido, le dio unas palmaditas amistosas en la espalda.

—Pero no te desanimes. Estoy seguro de que lo hice por tu propio bien.

Wifredo no abrió la boca en todo el camino y, al llegar a Macás, no obedeció a Peddeckoe cuando le ordenó que buscara alojamiento. Simplemente se quedó alelado, mirando al infinito, con la espalda doblada sobre su apestoso asno. Una vez instalados en una miserable fonda de habitaciones llenas de moscas y arañas, Peddeckoe le instó a que saliera en busca de información sobre los jíbaros que trabajaban en las minas; pero Wifredo se quedó tendido en la cama, mirando al techo y contando las moscas que sobrevolaban su cabeza.

Por la noche, el contraamaestre, compadecido del estado del becario, le obligó a levantarse y lo llevó hasta un bar, donde lo emborrachó a conciencia con un fuerte aguardiente ecuatoriano que quemaba como un demonio. Al descorchar la segunda botella, Wifredo reaccionó. Ante la sorpresa del contraamaestre, se puso en pie, empujó la puerta de la taberna y salió a la calle. Caminaba decidido, con la cabeza muy alta y las manos en los bolsillos. Su compañero lo seguía a una distancia prudencial y no entendió sus propósitos hasta que Wifredo cruzó la demarcación del pueblo y se internó en los espesos matorrales que flanqueaban la selva.

No lo detuvieron ni los gritos ni las súplicas. Sin volver la vista atrás una sola vez, Wifredo se adentró en la espesura y fue engullido por la noche tropical. Fue la última vez que el contraamaestre pudo verlo, y siempre lo recordó como un mártir del cruel sistema universitario. Sin una palabra, sin un gemido, renunció definitivamente a la sociedad de consumo.

ERA de día, pero no lo parecía. No habían visto el sol desde que, a primera hora de la mañana, levantaron el campamento para continuar la marcha. Todos los ocupantes de la canoa estaban calados hasta los huesos. A Otilia le castañeteaban los dientes y le daban escalofríos y D. J. volvió a administrarle quinina. El río no protegía en absoluto contra aquella especie de lluvia, persistente y fastidiosa, que en la espesura de la selva sólo empapaba las copas de los árboles. El único que se sentía feliz por el clima era Anarfiq. El agua, la niebla y la humedad eran las cosas que más añoraba de su tierra, al margen, claro está, del frío y del hielo.

La navegación se hacía lenta y monótona. El motor funcionaba cada vez peor y se paraba a menudo. En aquellos momentos, D. J. estaba seguro de que Peddeckoe había llegado a territorio *Untsuri Shuar*; la canoa que le había ganado era rápida y muy segura. El día gris y húmedo les pesaba como el plomo y les hacía ver el panorama muy negro; hasta Anarfiq, que estaba pendiente de los peces para pescar alguno, se enfadó con el río porque sus aguas se tornaban cada vez más turbias e inhóspitas.

D. J. tenía los ojos vidriosos y fijos en un punto inexistente y Otilia estaba enfebrecida y sensibilera. La fiebre la hacía más vulnerable. En aquellos momentos, su única tarea se reducía a sobrevivir. ¿Sobrevivirían a la selva? La lluvia aumentó de intensidad y pronto derivó en una verdadera tormenta que impedía la visibilidad y dificultaba la navegación. D. J., prudentemente, dirigió la embarcación hacia la orilla, que se perfilaba vagamente tras la cortina de agua, cada vez más espesa.

—¡Desembarcaremos cuando deje de llover! —gritó a pleno pulmón, para hacerse oír por encima del rumor de las aguas.

En el fondo de la canoa se había acumulado un palmo de agua, que aumentaba a ojos vistas. Otilia y Anarfiq se pusieron a la tarea de achicarla con cubos y manos. Mientras tanto, D. J. intentaba, sin éxito, encontrar un lugar adecuado para desembarcar. Hasta donde alcanzaba su vista, la selva, exuberante, lamía los márgenes del río sin ofrecer la más mínima discontinuidad. Celosa del espacio, no dejaba adivinar ningún recodo accesible para internarse en la vegetación y librarse del naufragio. La situación era muy delicada: Anarfiq había descubierto una vía de agua. Un antiguo agujero, tapado con pasta, se había reblandecido con la lluvia hasta abrirse de nuevo. Rápidamente, D. J. tomó una decisión: dio un salto y se agarró a las ramas de un árbol de la orilla. Tenían que abandonar la embarcación llevándose todo lo que pudieran. Ataron la canoa con una cuerda, y Anarfiq y Otilia saltaron a tierra y fueron recogiendo todo lo que D. J. les lanzaba. Consiguieron salvar casi todo el material y lo pusieron al abrigo de la lluvia, pero no pudieron evitar que la canoa, lenta e inexorablemente, se hundiera en las turbulentas aguas del Pastaza. D. J. resistió hasta que el agua le llegó al pecho. Entonces, con un par de brazadas, ganó la

orilla y pudo contemplar, junto a sus desolados compañeros, cómo el fango engullía lo que había sido su canoa. Otilia se tapó los ojos. La selva, sin canoa, podía ser terrorífica.

D. J. salió del agua con los brazos cubiertos de bestias negras y pegajosas del tamaño de una babosa. Eran sanguijuelas. El río estaba infestado de ellas. Otilia se estremeció al ver cómo D. J. les echaba sal y las pinchaba con su cuchillo. Donde había habido una sanguijuela, quedaban una señal morada y una pequeñísima incisión que, si no se tenía cuidado, podía infectarse.

Estaban desanimados y mojados. Ni siquiera disponían de un lugar donde instalarse: aquí y allá, ramas podridas, lodo, árboles de gigantescas hojas que privaban de la luz y la visibilidad y causaban una sensación próxima a la claustrofobia. Se sentían enjaulados, acorralados entre la selva y el río. D. J. sacó un machete y comenzó a limpiar de vegetación un pequeño espacio. Poco a poco, delimitó un reducido claro donde poder descansar y pasar la noche. Febrilmente, los tres se pusieron manos a la obra, acompañados por el zumbido persistente de los insectos. Horas después, presentaban un aspecto lamentable. Estaban cubiertos de fango y hojas muertas, de arañazos, de sudor y de sanguijuelas. Otilia observaba con estupor sus manos llenas de ampollas.

Finalmente, consiguieron extender las mantas húmedas sobre las hojas que habían amontonado pacientemente en medio del claro. En un principio, el colchón resultó mullido y confortable, pero las hojas mojadas empaparon pronto las mantas, convirtiéndolas en una esponja. Otilia desistió de estar tendida y se incorporó. Chorreaba agua por todas partes.

—¡Esta selva es una bañera! Todo está inundado y cubierto de agua.

D. J. y Anarfiq compartían la misma sensación: formaban parte de un universo húmedo y putrefacto que se descomponía bajo el agua. Sin embargo, era imposible huir de él. Ningún rincón seco, ningún habitáculo humano, ningún fuego confortable. Estaban condenados a vivir sumergidos en un vaho pestilente y a sobrevivir con él y a pesar de él.

D. J. se desinfectó las heridas, los tres tomaron un ligero refrigerio para matar el hambre y se instalaron en las hamacas, pues ésa seguía siendo la forma más sencilla y segura de pasar la noche. Los nervios, la precariedad de la situación, la incomodidad de la ropa mojada y la frugalidad de la cena no contribuyeron en absoluto a facilitar el descanso. El primero en dormirse fue Anarfiq. Otilia percibió su respiración rítmica y lo envidió: estaba excitada y se sentía totalmente incapaz de dormir. Trató de relajarse: las piernas, pesadas; después, los brazos. Comenzó a notar un leve cosquilleo que al principio confundió con su propia sugestión, pero luego lo distinguió claramente: en su brazo derecho, un contacto peludo se desplazaba por el codo y subía hacia el hombro. Otilia sintió un escalofrío súbito, que le recorrió el cuerpo como una descarga eléctrica. Lanzó un grito y agitó el brazo con nerviosismo. El asco y el terror se adueñaron de su voluntad. La bestia se había deslizado por la

manga de la camisa y había quedado prisionera entre la ropa y el cuerpo. Otilia, incapaz de identificarla, sentía cómo se acercaba lentamente a su pecho. Sin poder dominarse más, se rasgó histéricamente la ropa, al tiempo que lanzaba manotazos inútiles para aplastarla. D. J., alarmado por sus gritos, comprendió enseguida la situación. Con rapidez y sangre fría tapó la boca a Otilia para impedir que gritase. Una araña peluda enorme, del tamaño de un puño, se encontraba a sólo un palmo de su cuello. Con los ojos desorbitados y al borde de un ataque de nervios, Otilia se resistía bajo las manos de D. J. Anarfiq siguió en silencio las instrucciones que D. J. le daba por señas. Lo más importante era no espantar a la araña. Si se desplazaba unos centímetros, la picadura podía ser mortal; así que cogió la camisa de Otilia, envolvió a la araña en una fracción de segundo, la tiró al suelo y la pateó con rabia.

Otilia rompió en un llanto incontenible.

—Era repugnante..., asquerosa...

D. J., más preocupado por la integridad de Otilia que por sus sensaciones, no respiró tranquilo hasta que terminó de examinarla palmo a palmo.

—Has tenido suerte.

Otilia, con los cabellos sobre la espalda, el pecho desnudo y anegada en lágrimas, ofrecía la más viva imagen de la desolación. Protestó enérgicamente con la cabeza.

—¿Suerte? ¿Dices que he tenido suerte? Eres un cínico. ¡Tú no estabas debajo de sus patas!

Anarfiq le ofreció otra camisa mojada y se retiró a su hamaca. Él ya había hecho lo que estaba en su mano. Se tendió y se durmió tranquilamente.

Mientras Otilia se abrochaba la camisa llorando, D. J., a su lado, la cogió por los hombros y comenzó a acariciarle el cabello como a una niña.

—Tranquila, ya ha pasado todo.

Otilia recostó la cabeza sobre su pecho y se abandonó a la placentera sensación de sentirse protegida y aliviada.

—No te preocupes. Estoy aquí, contigo. Aunque sea un mercenario traidor, esta vez no me moveré de tu lado.

Los sollozos menguaron y el pulso se aceleró. D. J. le besaba la cara mojada de lluvia y lágrimas y ella misma buscó su boca con ansia, sintió su mano acariciando su pecho y se estremeció. Abrió los ojos y no pudo evitarlo; volvió a gritar de nuevo... Delante de ella, justo detrás de D. J., había una docena de indios mirándolos amenazadoramente.

OTILIA, Anarfiq y D. J. caminaban jadeando entre los indios, que avanzaban a buen paso. Los de detrás los empujaban a menudo para obligarlos a seguir el ritmo. D. J., con Otilia cogida de la mano, resoplaba. Otilia había montado un número porque se empeñó en recoger su bolsa. Antes muerta que dejar atrás su lápiz de memoria y su cámara. Y, de pronto, D. J. se dio cuenta de que Otilia, a trompicones, metía su mano en la bolsa y sacaba su Canon con la intención de hacer una foto a los indígenas.

—Guarda eso inmediatamente.

—¿Por qué?

—Simplemente porque te la triturarían en cuanto hicieses la primera foto.

Otilia la guardó sin rechistar y D. J. miró a su alrededor. Era imposible escapar; se hallaban rodeados por todos lados y, a juzgar por los resplandores de las hogueras y el olor de carne quemada, debían de estar muy cerca del poblado. Pronto les cayó encima un enjambre de niños que, gritando y gesticulando, los escoltaron hasta una pequeña plaza formada por unas pocas cabañas construidas en círculo. Aquel pequeño núcleo habitado en medio de la selva, polvoriento como la pista de un circo, era el pueblo. Los guerreros impedían a los pequeños acercarse a los prisioneros. Las mujeres los saludaron a gritos y se sumaron a la comitiva bailando y cantando. Otilia, que se debatía entre el miedo y la curiosidad y se moría de ganas de tomar imágenes, reconoció que las mujeres amazónicas, danzando bajo la fantasmagórica luz de la luna frente a las llamas, ofrecían un espectáculo bello e insólito. D. J. había descartado la posibilidad de huir. Suponiendo que consiguiesen salvar la distancia entre las cabañas y los árboles, los indígenas los detendrían en un santiamén. Escapar era imposible a todas luces.

Los indios los obligaron a sentarse en el suelo. Otilia apretó con fuerza la mano de D. J. A pesar de sus reparos, unos minutos antes él había vuelto a besarla y ella le había correspondido. ¿Cómo podía estar enamorada de un mercenario que traficaba con todo lo que se le pusiera a tiro? Lo miró de reojo y suspiró. Tal vez no tuvieran ocasión de repetirlo jamás. Quizá moriría con el recuerdo de los labios de D. J. sobre los suyos. Esos indios no estaban dirigidos por misioneros ni colonizados por la Coca-Cola. Eran de verdad. Sintió un temblor en las rodillas.

—¿Qué nos van a hacer?

D. J. frunció el entrecejo.

—Puede que nos coman asados o a la brasa. Vete a saber. No conozco sus gustos culinarios.

Otilia se alteró.

—¿Cómo puedes bromear con una cosa así? ¿Por qué no intentas hablar con

ellos?

—Primero observemos; después intentaremos alguna cosa.

—Sí, pero... —Otilia no pudo acabar la frase.

Una mujer le sirvió una inmensa calabaza llena de líquido y una hoja de palmera con diversos manjares. Su mirada no admitía réplica. Otilia, bajo el impacto de aquellos ojos, trató de comer y beber venciendo la repugnancia que sentía.

—Nos dan comida. ¿No es muy extraño?

Anarfiq, sonriente, devoraba su ración y se limpiaba la boca con el brazo, sin hacer ningún comentario. Parecía feliz y relajado. Otilia se maravilló.

—¡Fíjate! ¿Cómo puede estar tan tranquilo?

D. J. también envidiaba la sangre fría del pequeño esquimal. Habría dado su mano derecha por conocer las intenciones de los indios. ¿Por qué les ofrecían alimentos? ¿Eran sus prisioneros o sus huéspedes?

Los guerreros indios bebían de las calabazas que les servían sus mujeres y acusaban una creciente excitación. Nadie se preocupaba de ellos. Ahora los ojos se dirigían hacia una cabaña; esperaban la llegada de alguien. De repente, hubo un gran revuelo y todos los indios se levantaron, casi al unísono, y entonaron un canto rítmico acompañándose con los pies. Poco a poco, ampliaron el círculo alrededor de la cabaña y permitieron que los tres prisioneros contemplasen la ceremonia.

Las caras de los nativos se habían transformado y expresaban una felicidad absoluta. Otilia revivió en el acto una sensación que le resultó familiar; una alegría, primero suave y dulce, después avasalladora, que la fue invadiendo lentamente. Sintió un cosquilleo en las piernas y un deseo de cantar y bailar que tuvo que reprimir.

—¿No te sientes extraño? —susurró a D. J.—. Como si...

—Como si nos hubiesen drogado —respondió D. J. con una expresión de alegría difícil de fingir—. Me siento genial.

Otilia le dio la razón.

—¡Es eso! Nos han drogado.

Pero el grito de Anarfiq los descolocó.

—¡Youq!

Inmediatamente, una forma volátil y brillante como un cometa surgió de las profundidades de la cabaña. Sus vibraciones se expandieron en las sombras de la noche. Reía; había encontrado a sus amigos.

El Hombre de las Islas, como una sombra benéfica, quedó suspendido unos instantes sobre sus sorprendidos compañeros y se corporeizó, luminoso y etéreo, abrazado al pequeño esquimal. Con un ronroneo fraternal, restregaba su cara desdibujada contra los cabellos de Anarfiq. El niño, encogido de emoción, lo acariciaba en silencio. D. J. emocionado, lo comprendió.

—Ha sido él. Nos ha detectado y ha enviado a los indios a rescatarnos. Ese bicho se ha portado como un caballero. Nos ha salvado.

De improviso, el Youq se alzó de un salto y comenzó a girar como una peonza al ritmo de la música. Anarfiq le siguió dando saltos y palmeando y los indígenas se lanzaron a danzar enloquecidos al son de sus instrumentos musicales. Había comenzado la gran fiesta del Youq.

Al cabo de un rato, Otilia, impulsada por un resorte invisible, se les sumó entusiasmada y arrastró con ella a D. J. El Hombre de las Islas, en un espectáculo dantesco, caracoleaba su cuerpo fosforescente a la luz de las hogueras y lo dispersaba en minúsculas partículas, que ascendían como una columna de fuego y se recomponían bajo la apariencia de mil formas fantásticas.

La danza se prolongó hasta el alba. Justo cuando la selva despertaba inquieta de su somnolencia, el cansancio abatió a los últimos indígenas. Empapados en sudor, fueron cayendo extenuados en un sopor febril unos encima de otros.

Otilia despertó muchas horas después fresca y animosa, sin signos de fiebre ni cansancio y, esa vez sí, sacó su cámara y tomó instantáneas del poblado, del Youq, de los indígenas atareados en una laboriosa faena. Le pareció un testimonio de primera mano fabuloso. Quiso anotar su ultimísima experiencia y, al sacar su libreta de notas, su cara se descompuso y gritó con todas sus fuerzas. D. J. y unos cuantos indígenas acudieron a su lado inmediatamente.

—¿Qué ocurre?

Otilia horrorizada les mostró su libreta empapada, una pasta informe de papel inservible de color negruzco.

—¡Mi libreta! ¡Mis notas!

D. J. hizo una mueca de fastidio.

—Creía que era algo importante.

—¿Te parece poco importante mi trabajo? Llevo tomando notas desde el principio de este viaje.

—Tienes tu memoria.

—No es lo mismo. Lo tenía todo apuntado, los detalles, las impresiones, las descripciones.

—La selva no se deja anotar ni describir. Es preferible que la vivas.

—No digas sandeces.

D. J. no se sintió conmovido por su pérdida y Otilia le hizo pagar su disgusto.

—Voy a publicar ese reportaje aunque reviente. Como hice con el del Hombre de las Islas.

Y al extraer el lápiz de memoria empapado de agua, tuvo una sospecha horrorosa.

—Mi lápiz. ¡No puede ser! ¡Está mojado!

D. J. lo revisó.

—No quiero ser agorero, pero ha quedado inservible.

Otilia pateó el suelo con rabia, lanzó el lápiz, la libreta, el bolígrafo y se arrancó un mechón de cabello, pero le dolió tanto que prefirió no repetirlo.

D. J., con los brazos cruzados, la miraba impávido.

—Muy bien. Veo que no tienes valor para continuar con tu duelo y quedarte calva, pero ya te has desfogado. Ahora piensa en positivo y da gracias al destino por conservar todavía la cámara.

Otilia lo señaló con el dedo índice.

—¡No me rendiré, no tiraré la toalla, no te daré ese gustazo!

—¿Por qué no te relajas y disfrutas del paisaje? —le sugirió D. J.

—Porque no me da la gana.

—Cómo me gusta cuando pierdes los estribos.

D. J. se marchó riendo y Otilia se enfureció aún más por haberle dado el gusto de verla fuera de sus casillas y se preguntó cómo pudo haberlo besado la noche antes.

Se sentó bajo una palmera, contó hasta mil doscientos cincuenta y siete y se levantó.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó a D. J. con el tono más neutro posible. Le demostraría a ese mercenario que tenía autodomínio.

Los indios buscaban ramas y hojas de palmera y luego fabricaban una especie de literas rudimentarias.

—Bueno, digamos que será nuestro transporte.

—¿Quieres decir que nos van a llevar con eso?

Antes de que pudiera expresar sus dudas, Otilia fue alzada en volandas y sentada en una litera que cuatro indígenas llevaban a hombros.

—Es su forma de servir al Youq —le apuntó D. J.

Al frente de la comitiva, el Hombre de las Islas, impregnado de energía, dirigía la expedición como un verdadero dios.

La marcha se prolongó hasta el río, donde los esperaban sus pertenencias ya dispuestas en una canoa de remos. Los indígenas añadieron provisiones frescas y decidieron a gritos quién de ellos remaría. Finalmente, dos jóvenes cogieron los remos e invitaron a Anarfiq, D. J. y a Otilia a acomodarse. El Youq se volatilizó en la proa y los indígenas prorrumpieron en cantos. Arrullada por el ritmo de los tambores de la selva que le rendían el último homenaje al dios volátil, la canoa se alejó río adentro.

Anarfiq se abrazó de nuevo al amigo recuperado. Habían sido días de incertidumbre y ahora apoyaba tiernamente su cabeza en el espíritu de luz.

—Youq...

La travesía transcurrió pacíficamente. Comieron pescado fresco y frutas, navegaron sin lluvia y durmieron confiados. Poco a poco, Otilia se iba reponiendo del golpe de perder sus materiales. Había aprendido su segunda lección periodística, proteger con la vida la información. No se le ocurrió aislar sus posesiones en bolsas herméticas. Pero se dijo que podía repetir el artículo del Hombre de las Islas porque sabía una cosa que antes ignoraba. Podía escribir un reportaje.

Luego, tal y como le había recomendado D. J., se relajó y disfrutó del paisaje.

Al cuarto día llegaron ante un muro que delimitaba el territorio de una casa jíbara.

Los dos indios mudaron la expresión y pidieron permiso al Hombre de las Islas para regresar a su poblado. Les dejaron marchar. No tenían ninguna queja; habían sido unos guías excelentes que no se habían desviado un palmo de su camino ni habían perdido el tiempo. Los remeros acercaron la canoa a la orilla, ayudaron a descender a los pasajeros, descargaron su equipaje, hicieron una reverencia de despedida al dios de la luz, al que tanto respetaban, y huyeron rápidamente. Temían a los jíbaros más que al demonio.

D. J., Anarfiq y Otilia, solos en la orilla, echaron de menos el refugio de la piragua. A sus espaldas se erguía, amenazador, el muro de la casa jíbara. Quizá el fin de su largo camino.

UN día después de la misteriosa desaparición de Wifredo, Peddeckoe partió de Macás al frente de una expedición impresionante y desproporcionada. Nunca se había visto nada semejante en aquella zona. El volumen de los aparatos enviados por el Departamento de Física le obligó a contratar veinte asnos y diecisiete portadores que, junto con el informático, el becario del Departamento de Físicas, el jíbaro aculturado, el cocinero, el contraamaestre y el mismo Peddeckoe, formaban una babel idiomática y cultural de más de veinte personas, en aparente hermandad gracias a los dólares con que les pagaba la universidad.

Partieron de Macás, como verdaderos héroes, entre las aclamaciones de los colombianos de las minas, que aprovechaban cualquier excusa para dejar de trabajar. Fueron necesarios tres días de dura travesía que agotaron a Peddeckoe, incapaz de luchar al mismo tiempo con la estupidez de los burros, la superstición de los nativos, las chapuzas de los portadores y las manías de los técnicos. Durante el viaje había que preservar los delicados aparatos de precisión de las inclemencias del tiempo, de los golpes y de las desgracias. El informático y el becario invirtieron una mañana entera en habilitar el programa, distribuir los radares y los aparatos de rayos ultravioleta y delimitar el campo magnético; y, bajo la supervisión del antropólogo, siguieron al pie de la letra las detalladas instrucciones del doctor Carter vía telefonía móvil. Finalmente, Peddeckoe pudo contemplar su gran obra. No había escapatoria ninguna para el *arutam*; caería en su trampa. Sin embargo, antes había que convocarlo, y eso era incumbencia del jíbaro.

Una vez comprobada la instalación, despidió a todo el personal y se quedó sólo con el guía. Ahora todo era cuestión de paciencia. La suerte no tenía cabida en sus planes.

SEGURAMENTE, ellos solos no habrían reconocido la casa jíbara. Era una pequeña fortaleza, alejada de todo camino transitado, en la cima de un montículo.

Apenas habían dado un paso, cuando su presencia fue advertida a gritos, y un reducido grupo de mujeres y niños armados los recibió amenazadoramente y les cerró el paso. Señalaban al Hombre de las Islas y parloteaban, sin permitirles moverse ni un centímetro. Esperaban alguna orden.

Otilia se sentía perdida, D. J. no parecía dominar la situación y los jíbaros eran sumamente agresivos. No conocían su lengua, y hacerse comprender representaría un problema insalvable. D. J. estaba exasperado. Cada vez que intentaba avanzar, los pequeños jíbaros le empujaban con violencia. El Youq no les causaba ninguna impresión. Finalmente, llegó otro grupo de mujeres, y una de ellas, de aspecto joven, se separó del resto y los interpeló en un inglés correctísimo.

—Bienvenidos a territorio *Untsuri Shuar*. Si no son periodistas ni antropólogos, estaremos encantados de tenerlos entre nosotros.

D. J. lanzó una mirada penetrante a Otilia que bajó los ojos y disimuló su incomodidad estrechando su mano en un estilo plenamente occidental.

—Perdonad la recepción, pero no nos fiamos demasiado de los extranjeros, sean blancos o indios de otras tribus. Yo vivo en una casa situada más arriba, y han venido a buscarme para que hable con vosotros. Os han respetado porque os acompaña vuestro espíritu blanco. —Se mostró interesada—. Ahora que me doy cuenta, tiene cierto parecido con un ser mitológico de tierras groenlandesas.

—Hombre de las Islas —la interrumpió Otilia, molesta por el aire pedante y agresivo de la india—. Es un espíritu de los hielos y nos protege.

D. J., en cambio, se mostraba más amigable.

—No somos turistas. Tenemos que tratar de un asunto sumamente importante con la comunidad jíbara y venimos como amigos.

Otilia no supo si las palabras de D. J. respondían a su voluntad de confundirla, estaban en clave o eran sinceras. ¿Qué tenían que tratar con la comunidad jíbara? Se trataba simplemente de que les acompañaran hasta las cascadas sagradas. La india parlamentó con las otras mujeres y gesticuló. Intentaba convencerlas de algo.

—Los hombres están de caza, y sin los hombres no tenemos permiso para admitir extranjeros en la casa; pero, como os acompaña vuestro espíritu, podemos alojaros provisionalmente. Dadnos vuestras armas.

Otilia se sintió ofendida.

—Pues menuda sociedad más machista —murmuró—. Las mujeres no tienen ni voz ni voto.

D. J. le pegó un codazo y la reprendió por lo bajines.

—Puedes pensar lo que quieras, pero no lo digas en voz alta.

—¿Por qué?

—Porque es una falta de respeto.

Se deshizo del rifle, lo entregó a Suamak con una inclinación de cabeza y se dispusieron a seguir a sus anfitriones. La comitiva ascendió por un sendero que serpenteaba ladera arriba. Otilia aún estaba algo picada.

—¿Y por qué le has dicho que tenemos que parlamentar? ¿Sobre qué? Lo que tenemos que hacer es contratar a unos guías que nos acompañen a las cascadas. Seguro que Peddeckoe ya está ahí desde hace años.

D. J., enigmático, la desconcertó.

—Ahora yo también opino. Ése era el trato. Tú quieres tus fotos y las tendrás, pero yo decidiré otras cosas.

—¿Cuáles?

—Si únicamente somos espectadores o bien tomamos parte del espectáculo.

Otilia se quedó de una pieza.

—¿Pretendes cazar tu propio *arutam*? ¿Es eso?

D. J. no respondió ni sí ni no, se encogió de hombros y chasqueó la lengua.

—Algo así.

Al tomar la curva vieron otra casa, hasta entonces oculta tras la espesura. Era una cabaña amplia y alta que podía albergar cómodamente hasta a veinte personas. Otilia estaba llena de curiosidad y la mano se perdía en su bolsa acariciando la cámara.

—Perdona. ¿Podría echar un vistazo al interior de la casa?

La jíbara negó con la cabeza.

—Yo no puedo mostrártela porque no formo parte de este grupo doméstico, pero ahora mismo pediré permiso a la mujer de más autoridad.

D. J. se rascó la cabeza. Comenzaba a atar cabos.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad?

La mujer se volvió hacia él.

—No, yo pertenezco a otra comunidad de familia extensa emparentada con ésta, y las dos formamos un grupo endogámicamente unido; es decir, intercambiamos mujeres y nos unimos frente a enemigos comunes. También colaboramos en circunstancias extraordinarias, como ceremonias de iniciación, rituales de nacimiento, entierros y, como hoy, en cacerías que requieren un grupo numeroso. Los hombres de las dos casas están cazando pécaris.

D. J. estaba ya plenamente convencido.

—Yo quería saber tu lugar de nacimiento, no de adopción.

La jíbara sonrió.

—¿Lo has adivinado?

Aunque la indumentaria era impecable y no había excesivas diferencias en las características faciales ni en la altura, su academicismo la había traicionado.

—En realidad, cuando vivía en Tokio me llamaba Mitshuri Yeng, pero hace diez años que soy simplemente Suamak y he renunciado a mis orígenes. Definitivamente seré Suamak hasta que mi espíritu vuele a reunirse con el de mis antepasados.

Suamak se retiró educadamente y se dirigió a una mujer vieja y arrugada como un higo. Otilia se había quedado de una pieza.

—¿Y qué hace una japonesa en medio de toda esta gente? —preguntó Otilia.

D. J. aventuró una interpretación.

—Será una antropóloga que se ha quedado a vivir con los indígenas. Estuvo de moda hace unos años.

Otilia se sorprendió construyendo titulares de prensa: «Una japonesa perdida en el Amazonas. La japonesa que quiso ser una jíbara. Suamak, la jíbara que devoró a Mitshuri Yeng». La realidad no dejaba de proporcionarle noticias sorprendentes.

—Pero ¿por qué?

D. J. se encogió de hombros.

—Fue una corriente llamada antropología radical. También hubo *hippies* y aventureros. Era una forma de expresar el desprecio que sentían por su mundo. Lo que me extraña es que ella haya sobrevivido tanto tiempo.

Otilia receló si cabe aún más de Suamak. Lo de antropóloga radical sonaba a extremista, a fanática enloquecida que odia a antropólogos y periodistas. Era una lástima, puesto que la historia de Suamak le pareció, de pronto, fascinante. Pero Suamak, antes Mitshuri Yeng, no querría desvelar su nueva vida a los medios para no convertirse en una atracción de turistas. En ese momento, Suamak la invitó con un gesto para que se acercara y pudiera mostrarle la casa y Otilia la siguió sin atreverse a sacar la cámara.

En el suelo del poblado, las mujeres, sentadas en cuclillas en torno a unas ollas, masticaban unos tubérculos que luego escupían en unos recipientes. D. J. lo observaba con fingido interés mientras esperaba. Estaban acercándose al final de su camino y tenía que reconocer que el viaje había sido tan intenso que había llegado a olvidar hasta su mercante. Tenía sus dudas, sin embargo, sobre si conseguirían interceptar la expedición de Peddeckoe, que, tal vez, ya estuviera de regreso con su botín. Por otra parte, ¿los creerían los indígenas? ¿Les prestarían su ayuda? Demasiadas preguntas para una mañana.

Anarfiq y el Youq habían desaparecido con unos niños. Otilia regresó entusiasmada de regreso de su visita. Hablaba observando de reojo a D. J. y a Suamak.

—Es curioso. Están organizados por sexos y edades. Tienen un lado para las mujeres y otro para los hombres, hamacas para los bebés, cama para los invitados, una especie de calefacción individual para cuando hace frío; unas pequeñas hogueras situadas bajo los pies de la cama.

Suamak aprobaba con movimientos de cabeza las impresiones de Otilia.

—Estas culturas son mucho más racionales que las del mundo industrializado.

Disculpád mi falta de hospitalidad. ¿Queréis tomar alguna cosa? Hacemos una bebida de mandioca muy refrescante.

Tenían la garganta reseca y no rechazaron el ofrecimiento. Suamak les sirvió un líquido blanco y espeso en boles de cerámica. Otilia se bebió el contenido en un abrir y cerrar de ojos y pidió repetir.

D. J. paladeaba la extraña bebida y buscaba las palabras precisas para explicar sus intenciones a Suamak. Otilia, nerviosa, monopolizaba la conversación intentando sonsacar informaciones a Suamak.

—¿Y es muy dura la vida aquí?

De improviso, un gran alboroto cortó la conversación en seco. Algo sucedía. Suamak se levantó. Estaba excitada.

—Los hombres vuelven de cazar. Parece que han tenido suerte. Han capturado dos pécaris machos. Tendremos carne abundante para unos días.

Los dejó con la palabra en la boca y corrió hacia los recién llegados, que volvían con las piezas abatidas. Entre los cazadores jíbaros, armados con lanzas y cerbatanas, destacaba uno que sacaba al resto casi dos cabezas y llevaba unas horribles gafas de cristales gruesos. El jíbaro larguirucho y miope miró a su alrededor y, al descubrir a Suamak, se le iluminaron las facciones. Fue entonces cuando Otilia lo identificó.

—¡Wifredo!

Wifredo no podía creer lo que estaba viendo: ¡la preciosa náufraga en compañía de D. J.!

Se quedó helado.

—¿Habéis llegado hasta aquí?

Suamak quedó más sorprendida todavía.

—¿Os conocíais?

Otilia sentía deseos de besarlo y de reírse de su aspecto. Pero estaba sorprendida y preocupada. Ahora era casi seguro que Peddeckoe ya había capturado su *arutam*.

Wifredo parecía desolado.

—¿Cómo, cómo me habéis descubierto?

D. J. lo tranquilizó:

—No te buscábamos a ti. Ni siquiera podíamos imaginar que te encontraríamos. ¿Ya finalizó la expedición? ¿Y el doctor Peddeckoe?

Sin embargo, Wifredo reaccionó de una forma muy extraña. Lanzó su cerbatana al aire y gritó:

—¡A la mierda Peddeckoe! ¡A la mierda los doctores! ¡A la mierda la universidad! ¡A la mierda la ciencia! ¡Ahora soy libre! He vuelto a nacer. Ahora soy Natemä. El nombre de Wifredo no me gustó jamás. De pequeño me cantaban «Wifredo, cara de pedo». En cambio, nadie me hace pareados con Natemä. No tienen tiempo para esas estupideces. Son auténticos, son de verdad y no tienen nada que ver con la sociedad podrida y mezquina de la que provenimos. ¡Soy un jíbaro!

Otilia y D. J. escuchaban boquiabiertos el discurso de Wifredo.

—Aquí se respira aire puro, comemos alimentos no contaminados y trabajamos sin intermediarios. Todo es artesanal. Fijaos. —Les señaló su bol—. Este bol de arcilla está hecho a mano y secado al sol. La bebida de mandioca la hacen a diario las mujeres —y señaló a las mujeres que escupían dentro de los recipientes; Otilia sintió náuseas— y se fermenta sin aditivos ni conservantes. Aquí todo es tan natural que hasta he aborrecido el tabaco. Yo también me siento integrado en mi entorno, y supongo que se me nota. Esto es como un paraíso natural: tomas lo que deseas, y lo que no necesitas lo dejas ahí, pero no lo destruyes, como hace nuestra civilización, por el placer de destruir. Por cierto, ¿queréis comer algo?

Otilia se lo agradeció. Estaba hambrienta.

—No sé qué me pasa, pero desde que soy un jíbaro como mucho más que antes y no me hace daño nada. Estoy como nuevo. —Abrazó efusivamente a la japonesa—. Y todo se lo debo a Suamak, la estrella que me guió en la oscuridad. Yo tenía una intuición, pero no podía soñar con un destino tan maravilloso como éste. Cuando abandoné al doctor Peddeckoe en Macás y me interné en la selva, quería morir, deseaba que alguna bestia me devorara y acabara de una vez con aquella vida tan mediocre. Pero resulta que no era bueno ni para eso, y los únicos que disfrutaban conmigo eran los mosquitos. Creo que me desmayé de cansancio y, al abrir los ojos, ella estaba delante de mí. —Señaló a Suamak—. Fue un amor a primera vista.

Suamak le frotó tiernamente la nariz, sucia de fango.

—Cuando lo encontramos, hace tan sólo tres días, era un cadáver, un subproducto del mundo capitalista competitivo y cruel que lo había arrinconado como inservible. Pero esta cultura ha obrado el milagro: de las cenizas de Wifredo ha nacido Natemä. Yo lo velé y lo alimenté con mis propias manos porque supe enseguida que estábamos predestinados. Somos dos almas gemelas que compartimos la misma forma de pensar y de vivir y un pasado sombrío. Un pasado lleno de libros que queremos olvidar, ¿verdad, tupín mío?

No cabía duda de que Wifredo era otro. Su transformación no era únicamente física: también habían cambiado sus constantes vitales. Rebosaba energía y la transmitía en cada gesto y en cada palabra. A modo de aperitivo, les ofreció unas pastitas blancas colocadas sobre una hoja.

—Comed, comed. ¡Hummm, son deliciosas! La cacería me ha abierto el apetito. Mi primera cacería ha sido una experiencia increíble. He sentido cómo me hervía la sangre; pero no por el instinto de matar, no, sino por una especie de relación primaria entre el hombre y su alimento. Yo buscaba mi propio alimento. Por primera vez, yo, Wifredo, perdón, Natemä, he luchado por mi supervivencia. He dejado de ser un parásito que chupa del trabajo de los demás y me he convertido en un individuo activo que consigue carne fresca. Es fantástico. Lo que nos estamos comiendo no lo he adquirido en una pastelería, ni he usurpado la fuerza de trabajo de nadie. Lo recogí yo mismo ayer por la mañana y lo guardé para hoy. Soy un cazador recolector y, cuando me admitan para celebrar el ritual de iniciación y pueda unirme a Suamak,

fundaremos una casa independiente con otras esposas y mis pequeños jíbaros. Seré capaz de procurar alimentos para todos.

Otilia no lo había entendido bien.

—¿Tendrás más de una esposa?

—Sí, es la costumbre. Hay aproximadamente el doble de mujeres que de hombres. Ya se sabe: las guerras, las cacerías. Es inevitable.

Pero Otilia saltó indignada.

—¿Y cómo puedes estar de acuerdo? —interpeló a Suamak sin poderse reprimir y dejando clara su disconformidad con esa prerrogativa machista.

D. J. palideció y los interrumpió oportunamente alzando su galleta.

—Me preguntaba de qué está hecha la galleta, parece viva.

Otilia, de pronto, se dio cuenta de que su galleta era más blanda de lo que creía y de que tenía un sabor salado parecido al embutido.

Wifredo, masticando una con deleite, le contestó:

—Larvas del escarabajo de la chuta.

Otilia dejó caer al suelo su larva mordisqueada y notó cómo el asco le contraía espantosamente las tripas. Afortunadamente, la imagen de D. J. levantándose a toda prisa y vomitando junto a un árbol le hizo tanta gracia que olvidó su propia repugnancia. Wifredo lo miró con comprensión.

—Mi madre tampoco se lo creería si me viese. De pequeño me daba náuseas el jamón y en cambio, ahora me saben deliciosas las hormigas y me entusiasman las larvas.

Suamak, zalamera, le dio un golpecito afectuoso.

—Sólo lleva unos días viviendo con nosotros y está hecho un jíbaro de los pies a la cabeza.

D. J. volvió con los ojos enrojecidos y la cara pálida como el papel de fumar. Se sentó con gesto grave y se dirigió a Wifredo:

—Mira, Wifredo, quiero decir Natemä. Nos conoces, pero hasta cierto punto ignoras las razones últimas de nuestro viaje. —Y miró de reojo a Otilia, que le escuchaba sorprendida—. Nos hemos propuesto impedir que el doctor Peddeckoe se apropie de un *arutam*, pero le hemos perdido la pista.

Otilia abrió la boca y la volvió a cerrar tres veces. ¿Qué decía D. J.?

—Pero, pero... —objetó sin atreverse a plantear algo coherente.

—Otilia, te ruego que te calles. Luego hablaremos —interrumpió D. J. enérgicamente, y se dirigió de nuevo a Wifredo—: Tú tienes excelentes relaciones con los jíbaros y conoces perfectamente la operación del doctor Peddeckoe y los recursos de que dispone. Si podemos contar contigo, nos resultará muy fácil boicotearlo.

Wifredo se tapó los oídos:

—Oh, por favor, no habléis más de Peddeckoe. Intentaba olvidarlo. No quiero tener nada que ver con él nunca más.

En este punto intervino Suamak:

—Un momento. ¿Qué habéis dicho de un *arutam*? ¿Quiere Peddeckoe cazar un *arutam*? ¿Por qué no me lo has explicado antes?

—Es mi pasado y deseo borrarlo para siempre. Lo siento.

Otilia intervino, no se podía estar callada.

—Necesitamos guías para que nos acompañen a la cascada sagrada, al lugar donde se capturan los *arutams*. Seguro que Peddeckoe está ahí. A no ser que ya haya capturado uno.

Wifredo negó con la cabeza.

—No. Sé que se dirigió hacia ahí y que se está preparando para el ceremonial. Es cuestión de días, pero no contéis conmigo.

D. J. no dio su brazo a torcer:

—Si no contamos con tu ayuda, los jíbaros se convertirán en el zoológico del Amazonas. Nadie podrá impedir que expropien el territorio, instalen hamburgueserías, concierten vuelos chárter y vendan camisetas con *arutams*.

Suamak intervino furiosa.

—Si Peddeckoe se lleva un *arutam*, los jíbaros y los *arutams* desaparecerán para siempre. ¿Te das cuenta?

Wifredo negó con la cabeza.

—No quiero verlo nunca más, nunca más.

Suamak, encendida de ira, reaccionó levantándose y arengando a Wifredo:

—No podemos permitirlo bajo ningún concepto. ¡Tendría que darte vergüenza! Vienen a defender nuestros territorios sagrados unos extranjeros blancos, y tú, un jíbaro, te quedas llorando como un niño con la cabeza entre las manos.

Escupió al suelo como una jíbara.

—Si no te comportas como un verdadero guerrero y destruyes a tu enemigo, tu Suamak no vendrá a tu hamaca y envenenará tu cerveza. ¡Un jíbaro que tiene miedo no merece vivir!

Acabada su alocución, miró a Wifredo con desprecio y se reunió con el grupo de mujeres.

Otilia estaba sorprendida. ¿Hablaban en serio D. J. cuando decía que boicotearían a Peddeckoe? ¿O era solamente un recurso ingenioso para conseguir la ayuda de los jíbaros?

De pronto, el ex becario gritó unas palabras en una lengua extraña. Suamak dio media vuelta y se arrojó a sus brazos.

Otilia respiró. Comprendió que se habían reconciliado, pero no había entendido sus palabras. Hizo un ademán interrogativo a D. J. y él se las interpretó:

—Le ha dicho algo así como que él, Natemä, será un guerrero fuerte y valiente y vencerá a Peddeckoe antes de que capture un *arutam*.

Anarfiq, junto con un grupo de pequeños jíbaros que jugaban a perseguir la luminosa figura del Hombre de las Islas, corrió hacia ellos para mostrarles una

sorpresa. Una cabeza humana reducida. Otilia, sin poderlo remediar sacó su cámara y la fotografió. Y entonces, Anarfiq señaló a Wifredo boquiabierto.

—Ése es el amigo de canoa —exclamó.

Otilia no comprendía nada.

—¿Qué canoa?

Anarfiq señaló a D. J. a su vez.

—Él ofreció hospitalidad y canoa a ellos.

D. J. palideció y Otilia se puso en pie como un ciclón.

—¿Nuestra canoa?

—Un momento. —Medió D. J.—. Te lo puedo explicar. Tuve un encuentro casual con Peddeckoe.

—¿Quieres decir que tú le ofreciste nuestra canoa a Peddeckoe y me mentiste diciendo que la habían robado?

—No se la ofrecí, fue un percance.

Otilia alzó la voz, indignada.

—Claro, les pediste dinero por ella.

D. J. se defendió con uñas y dientes.

—No, no es cierto. La perdí al póquer.

Otilia le saltó a la yugular.

—¿Cómo? ¿Además de borracho eres jugador?

D. J., exasperado, dio media vuelta.

—Estamos en paz. No eres más que una mentirosa puritana.

Si Otilia había creído que estaba cerca de D. J., en ese momento se sintió a años luz.

PEDDECKOE, mareado por el ayuno de dos días y por la ingestión de agua de hojas de tabaco, régimen que el guía había impuesto como condición absolutamente imprescindible para atraer a los *arutams*, intentaba infructuosamente tomar contacto con sus hijas.

Recostado en la roca de la cueva que hacía las veces de refugio durante las noches, manipulaba nerviosamente el móvil intentando conseguir cobertura. Tal vez había demasiada vegetación. Calló. Al parecer, había conectado. Sí, había reconocido la voz de su hija mediana.

—Hola pequeña. Soy papá. Sí, papá jíbaro explorador. Avisa a tus hermanas, anda, que os tengo que explicar un montón de cosas.

Mientras esperaba, sacó un peine del bolsillo y se acicaló cuidadosamente. Aunque las niñas no podían verlo, él se sentía mejor sabiéndose limpio y pulido. Se miró en un pequeño espejo portátil y ensayó una media sonrisa. En aquellos momentos, la voz de sus hijas era exactamente el tipo de soporte espiritual que necesitaba. Minutos antes se sentía deprimido y sin valor para resistir la dura prueba ni un día más. Durante dos noches seguidas había intentado en vano atraer al *arutam*, y no estaba dispuesto a otro fracaso. Si no conseguía cazarlo aquella noche, exigiría al guía que le proporcionase *maikua*, la bebida mágica que toman los jíbaros. Su guía se negaba: había visto a un blanco morir entre terribles dolores a causa de un sorbo de *maikua*.

—¡Papá!

—¡Papaíto!

—¡Papuchi!

—Muac, muac, muac, muac.

Peddeckoe se transfiguró.

—¿Cómo están mis niñas queridas?

—¡Bieeen! —contestaron al unísono con un grito aterrador que hizo enmudecer a todos los animales del entorno.

—Estupendo. Puesto que habéis sido buenas, os contaré el cuento del *arutam*. A la una, a las dos y a las...

—¡Tres!

El indio, que dormía la siesta dentro de la cueva, salió espantado.

—Una vez había un *arutam* que salía por las noches, pero el valiente explorador, ¡qué horror!

—¡Papá!

Peddeckoe se calló. Sus niñas, desde la otra América, estaban parlamentando.

—Díselo tú.

—No, tú.

—Tú.

—Que me lo diga alguna.

—Papá, queremos el tao, tao.

Peddeckoe palideció.

—Pero, mandioquitas mías, ya sabéis que os lo he hecho todos los días. Ahora papá tiene frío y...

—¡Oh, papi! ¡Nos gusta tanto el tao, tao!

Peddeckoe se conmovió. Se quitó lentamente toda la ropa y cogió el bastón mágico. Hacía aquella ceremonia todas las mañanas, durante tres largas horas, y acababa convertido en un polo. El agua de la cascada era fría, casi helada. Sentía punzadas como agujas, pero el ritual así lo indicaba: tenía que caminar cien pasos bajo el chorro, golpeando rítmicamente con el bastón y recitando la canción mágica. Era la forma de llamar la atención de los *arutams*.

Resignadamente, con el móvil en una mano y el bastón en la otra, se adentró en la peligrosa cascada. Un resbalón podía ser mortal, y corría el riesgo de que lo aplastara alguno de los troncos que arrastraba la corriente.

—¡Anaconditas mías! ¿Estáis ahí?

—Sí, papaíto.

—Muy bien. Papá está debajo de la cascada. ¿Oís el ruido del agua?

—¡Sí!

—Pues ahora empiezo: tao, tao, tao...

El indio, masticando un chicle, lo miraba con extrañeza. Aquel blanco estaba más zumbado de lo que él había creído al principio.

—¡Papá! ¡Es más bonito cuando te castañetean los dientes! Papá, haz «brrr».

Pero en aquellos momentos Peddeckoe no pudo hacer nada porque tropezó en una piedra y perdió el equilibrio. Cayó de bruces, y el móvil salió disparado y cuando lo halló en el suelo comprobó que había perdido la cobertura.

Tras secarse y vestirse, Peddeckoe fue a tomar un sorbo de agua de tabaco y se sentó con las piernas cruzadas y la espalda recta en actitud de meditar. Tenía que estar en plenitud de facultades mentales y acumular energías. Necesitaba toda su fuerza para atraer a un *arutam*. Si un jíbaro podía hacerlo, él también.

S ALIERON al alba, cuando las estrellas palidecían y la selva despertaba, dejando sus huellas sobre la tierra húmeda. Se dirigían hacia las cascadas sagradas, donde habitaban los *arutams*, a más de una jornada de marcha del poblado. Las cascadas, situadas en la cordillera del Cutucú, se precipitaban al abismo en forma de lluvia pulverizada y daban vida a los ríos de corriente rápida, junto a los cuales los jíbaros habían construido sus casas. Eran los mismos ríos que, unos kilómetros más abajo, se ensanchaban perezosamente hasta morir en el Amazonas y cuyo inmenso caudal alimentaba incansable el océano Atlántico.

Al pasar bajo las hojas empapadas de rocío, cesaba el alboroto de la selva. Todos temían a los guerreros jíbaros. De madrugada temblaron bajo el aire frío que provenía de poniente, de las nieves perpetuas de la cordillera andina. Después, el sol, implacable, no los abandonó en toda la larga jornada. La expedición avanzaba con rapidez. Nada podía frenar el paso ágil de los jíbaros. Se internaban en la espesura sin preocuparse por las espinas de los matorrales, los hormigueros o los ríos de corriente rápida, corrían movidos por la ira, puesto que nunca antes un extranjero blanco había osado acercarse a un *arutam*. Los indígenas recorrían los senderos serpenteando con habilidad y bebían sin detenerse largos sorbos de cerveza de mandioca. Iban provistos de calabazas preparadas para unas cuantas jornadas de caza.

Otilia, exhausta, se esforzaba por mantener el ritmo que imponían los nativos. El vértigo de la persecución se había apoderado de casi todos. La selva, como una sucesión de decorados, pasaba desdibujada ante sus ojos sin permitirle retener una sola imagen, un aroma, un murmullo. Todo giraba y giraba vertiginosamente como en un sueño, y sus pies se movían y movían constantemente. Otilia sentía una punzada intermitente en el costado derecho. Pero no podía interrumpir la carrera. Cuando el sol estuvo ya muy alto, se percató de que hacía rato que no sentía las piernas; corría mecánicamente. Tras ella, D. J. resoplaba cubierto de sudor. La marcha continuó sin concesiones hasta que los guerreros decidieron hacer una parada para comer frugalmente. Ya era mediodía.

Otilia, reventada, se dejó caer al suelo, convencida de que jamás podría volver a ponerse en pie. Tendida y con los ojos entreabiertos, percibía luces titilantes, el rumor confuso de la selva y voces lejanas. Sólo se rehízo tras comer la escasa ración de carne y mandioca que le correspondía y aprovechó un momento de descuido de D. J. para tomar algunas fotografías del espectacular paisaje y la singular expedición. Al sentarse de nuevo, Anarfiq se acurrucó a su lado con la cabeza baja. No probaba la comida. Sollozaba. Otilia no lo entendía.

—¿Qué te pasa, Anarfiq? ¿Estás muy cansado?

Ella también deseaba llorar cuando la abandonaban las fuerzas. Anarfiq negó con

la cabeza.

—Youq... Youq se marchará...

Otilia alzó la cabeza. No había visto nada, excepto sus pies y las huellas de los guerreros. El Hombre de las Islas, con un fulgor inusual, ascendía hacia el cielo como una columna de humo y emitía vibraciones. Otilia, que comenzaba a conocerlo, interpretó su desasosiego. El Youq deseaba continuar la marcha, no quería detenerse. Y tranquilizó al pequeño esquimal.

—No te preocupes, Anarfiq. Ya nos esperará. Seguro que no se va sin nosotros.

Pero Anarfiq, moviéndose rítmicamente hacia delante y hacia atrás, se lamentaba en una lengua extraña. Otilia se secó el sudor que la empapaba. Evidentemente, el esfuerzo había afectado a todos; también D. J. tenía mal aspecto. El único que parecía conservar la calma era Wifredo. Otilia le indicó con un gesto que se acercase.

—¿Por qué vamos tan deprisa? ¿Qué le pasa a todo el mundo?

Y señaló a los indios, que en aquellos momentos lanzaban gritos al viento.

Wifredo les dio una lección de etnografía.

—El Youq intenta ponerse en contacto con los espíritus de la selva; quiere comunicarles el peligro que corren. Es una capacidad comunicativa que ni el doctor Peddeckoe ni yo sospechábamos. —Otilia comprendió el motivo de las vibraciones—. De hecho, a medida que nos acercamos a las cascadas, adquiere más energía y se aleja de nosotros; es decir, su telepatía se orienta hacia las almas *arutam*. Él es el culpable de este ritmo. No sé si podremos soportarlo.

Otilia tomó aire y se incorporó. D. J. se había sentado a su lado mientras escuchaba las explicaciones de Wifredo.

—Entonces, quieres decir que Peddeckoe no ha capturado aún al *arutam* o que está a punto de intentarlo.

Wifredo asintió.

—Exactamente. También los jíbaros lo creen; por eso están comenzando sus gritos rituales de guerra. Ahora retan a sus enemigos para que se acobarden y huyan. Lo hacen siempre.

Otilia sintió un escalofrío y, mientras hablaban, el Youq se alzó como una estrella y se dirigió hacia la espesura. Los guerreros jíbaros lo divisaron y gesticularon hablando a gritos. Dejaron la comida, cogieron las armas y se lanzaron tras él. Wifredo reaccionó:

—¡Rápido o los perderemos!

Otilia se levantó vacilante y juró que jamás participaría en una maratón. Las horas siguientes fueron las peores. Cada paso representaba un dolor tan intenso que las lágrimas le resbalaban por las mejillas, pero apretaba los puños y seguía adelante.

Al anoecer iniciaron la dura ascensión. Durante la aproximación a las montañas habían caminado entre bosques brumosos que morían al pie de abruptos barrancos que se erguían, imponentes, hasta los altiplanos en que se hallaban las cascadas sagradas. Allí, el agua bajaba con tanta fuerza de la cima que se evaporaba antes de

llegar a tierra. Para alcanzar las cascadas tenían que salvar un desnivel de centenares de metros.

Pronto se libraron del bochorno y de los insectos y toparon con la roca desnuda. A sus pies, el viento acariciaba las copas de los árboles, que se mecían como un mar verde. En el horizonte moría lentamente el sol. Otilia había olvidado la fatiga, los arañazos, las picaduras y la sed, y escalaba la montaña empujada por una fuerza desconocida. La acuciaba el deseo de coronar la cima, de llegar a tiempo, de ver un *arutam*. Anarfiq le cogió una mano. Estaba frío como el hielo y tenía los ojos tristes. Otilia, rebotante de euforia, le presionó los dedos para animarlo.

—Enseguida llegamos. Mira, ellos ya oyen a los *arutams*.

El Youq impregnaba de claridad las oscuras cabezas de los guerreros, pero Anarfiq los contemplaba con pena.

Otilia no sabía exactamente cómo iban a impedir los jíbaros la maniobra de Peddeckoe. Wifredo, por su parte, tenía fe en el poder de los espíritus y en el valor de los guerreros. Era ya de noche cuando la silenciosa expedición se encaramaba por el tortuoso sendero que serpenteaba junto al río, allí donde el agua había horadado la roca formando cañones inaccesibles. Después de dos interminables horas, Otilia se impacientó. Había caído la noche y nadie se detenía. Quería sentarse, comer, beber un poco. Acusaba el desánimo que la altura y la falta de oxígeno provocan. Si no llegaban pronto, desfallecería. Wifredo les indicó un punto en la oscuridad: señalaba hacia arriba. Encima de sus cabezas resonaba el rumor de la caída: se encontraban ya cerca de su meta.

Un paso más, y otro. Los pies le pesaban como el plomo. Jamás conseguiría llegar a la cima; moriría extenuada. Su cuerpo ya no le pertenecía. Sería tan fácil tenderse y cerrar los ojos. Simplemente, cerrar los ojos y abandonarse a la noche plácida, sin brisa, acariciada por el frágil resplandor de la luna menguante. Otilia se detuvo y levantó la cabeza al cielo, cuajado de estrellas. El Youq, fosforescente en la oscuridad, guiaba los pasos de los jíbaros. A sus espaldas, los indígenas subían canturreando al unísono una tonada grave. Otilia sintió un soplo frío en su nuca. Una ráfaga gélida azotó los árboles, silbó entre los collados y se alejó rocas arriba.

Los indios se quedaron paralizados, inmóviles, como estatuas de sal recortadas en el precipicio sin asomo de apariencia humana. El Hombre de las Islas se fragmentó en mil pedazos y emitió un lamento profundo.

—Grita al espíritu de las cascadas. —Silabeó Wifredo.

D. J. señaló al cielo. La luz plateada de las estrellas, tan intensa unas horas antes, se había desvanecido; la Luna había desaparecido, oculta tras una fría sombra. Se encontraban a oscuras, rodeados de tinieblas.

Otilia, con la piel de gallina, tuvo la tentación de asirse a la mano de D. J., pero se reprimió. Los indios olfateaban el aire como cazadores en busca de su presa. Wifredo habló con voz queda:

—El *arutam* está cerca. Ahora tomarán *maikua* para poder verlo.

—Yo también quiero —rogó Otilia en un susurro, dispuesta a vivir la experiencia completa.

—Podrías morir.

—¿Y ellos?

—La han tomado mil veces, tú no estás habituada.

—Quiero ver a un *arutam* —dijo resoluta—. He venido hasta aquí para verlos y no me marcharé sin haberlos visto.

Wifredo asintió y le ofreció una cantimplora.

—Bebe una gota, paladéala lentamente y notarás el efecto.

Otilia le obedeció y, al ingerir el extraño líquido, se sintió llena de una fuerza insospechada.

—¿Y la cascada? ¿Falta mucho todavía?

La oscuridad era absoluta. Wifredo forzó la vista.

—Ya estamos; unos metros más y podremos ver el salto de agua. ¡Venga, ánimo! Los jíbaros ya están llegando.

Efectivamente, la mayoría de los jíbaros habían alcanzado la cascada sagrada, y algunos caían al suelo y sufrían convulsiones bajo el efecto de la *maikua*.

De pronto, Otilia sintió cómo el suelo temblaba bajo sus pies. Ahora ya podía oír el rumor del agua que rebotaba contra la roca, pero apenas podía avanzar. Un seísmo cada vez más fuerte sacudía la montaña, y lo único que cabía era intentar mantenerse de pie. Segundos después, el cielo estalló en mil relámpagos, y los truenos ensordecieron la noche. Otilia se apoyó en D. J. Aunque le costara reconocerlo, tenía miedo. Encima de sus cabezas, allí donde el agua sagrada se unía a la roca, el Youq, irreal e incandescente, brillaba entre las tinieblas.

Los jíbaros habían llegado al altiplano e iniciaban el ritual para atraer a los *arutams*. El ambiente estaba cargado de energía. Y en lo alto se destacaba nítidamente una silueta conocida. Otilia gritó.

—¡Peddeckoe!

Pero Wifredo, con los cabellos electrizados, la retuvo y avisó a D. J. con voz de alarma:

—¡No subáis! ¡Vámonos! ¡Rápido! Estamos entrando en un campo energético muy intenso. Cuando los jíbaros convoquen al *arutam* al unísono, no podremos soportarlo. Huyamos antes de morir achicharrados.

Obligó a retroceder a Anarfiq, que se resistía porque quería reunirse con el Youq. Apenas les dio tiempo a descender unos metros y refugiarse tras unas rocas, cuando Otilia sacó su cámara con manos temblorosas y comenzó a tomar fotografías compulsivamente.

En ese mismo momento se produjo algo que a partir de entonces iba a formar parte de las leyendas y que los presentes nunca podrían olvidar. Los árboles del bosque, situados en el epicentro del terremoto, se agitaron sobrecogidos por el estruendo de los truenos.

La selva enloqueció, las bestias huyeron aterrorizadas por el destello de los relámpagos y en lo alto de las cascadas no quedó más ser vivo que Peddeckoe y los indios. Una gran sombra blanca, fosforescente y viva, arrasó las copas de los árboles y cubrió las aguas del río. La pálida sombra desprendía una energía desconocida que abrasaba las pupilas y hería los tímpanos de los seres vivos. El Hombre de las Islas consumía sus últimas fuerzas convocando a todos los *arutams* del bosque y obtuvo respuesta. Unas inmensas bolas de fuego avanzaron con la velocidad de un alud hacia el claro que se abría frente a la cascada. Eran los primeros *arutams* que respondían a la llamada del espíritu de los hielos.

Tras el esfuerzo, el Youq, exhausto y sin energía, se desintegraba. El fuego de los *arutams* arrasaba la vegetación e iluminaba al espíritu agonizante. El Hombre de las Islas resistió unos segundos y finalmente desapareció, engullido por las bolas de fuego, pero antes emitió un sonido estridente; era su despedida, el último aliento del espíritu que se fundía con la sombra a la que pertenecía.

Anarfiq lanzó un grito y quiso correr hacia él, pero D. J. lo sujetó con fuerza.

—¡Youq! ¡Youq!

Segundos después, un polvo fosforescente se dispersó como una ráfaga por la selva y se posó sobre las hojas. La intensa claridad de las minúsculas partículas cegó a Otilia. A su lado, Anarfiq lloraba al amigo desaparecido.

PEDDECKOE, apostado tras un tronco para resistir el embate del fuerte viento que precede la llegada del *arutam*, se tapó los oídos aullando de dolor. Buscó a tientas los mandos de los circuitos y conectó los focos. Una luz cegadora iluminó media montaña. Peddeckoe, en el centro, manipulaba el campo magnético. Las baterías trabajaban en la oscuridad. Toda la parafernalia del doctor Carter estaba lista para recibir al *arutam*. Peddeckoe permanecía inmóvil. Su guía le había asegurado que si el *arutam* aparecía en forma de bola de fuego, se detendría a unos metros de él. Pero allí no había una bola, sino muchas. Dos gigantescas anacondas entrelazadas surgieron de la espesura y se lanzaron hacia él con los ojos vidriosos y la boca abierta, dispuestas a devorarlo. Peddeckoe, aterrorizado, apenas tuvo tiempo de entrever la recortada silueta de dos jaguares de pupilas amarillentas a punto de saltar sobre su cuello.

El grito de Peddeckoe se oyó a través de las cascadas, y Otilia lo identificó a pesar de la tormenta. Los indios contemplaban amedrentados la más grandiosa cita de *arutams* jamás relatada. Peddeckoe resistió el embate de los *arutams* aferrado a su mando, pero la energía de los espíritus superaba la energía del Departamento de Física, diseñada para retenerlos. Entonces, presa del pánico, retrocedió hasta los límites del campo magnético con los mandos en la mano. Si no podía retener un *arutam*, lo destruiría. Aumentaría la potencia del campo y acabaría con ellos antes de que ellos acabaran con él. Y de pronto, sintió que una mano le atenazaba la muñeca y le impedía accionar la palanca. Creyó que era un indio, pero oyó que lo increpaba en su propia lengua:

—Ni se le ocurra. Sabe que los destruiría.

Era D. J., con los ojos inyectados en sangre, que le lanzó un puñetazo certero, le arrancó el mando de las manos y se dirigió resuelto hacia el complejo ordenador. Peddeckoe, humillado y tratando de ponerse en pie, gritó desde el suelo.

—Fuera de aquí, está atentando contra la ciencia y el progreso.

—Váyase a la mierda —respondió D. J. tras desprogramar con cuatro golpes de tecla el tinglado.

—¡No! —gimió Peddeckoe demasiado tarde.

El claro iluminado por miles de vatios se sumió en la oscuridad. Ya no quedaba nada de su campo magnético ni de las ondas para aprisionar a los *arutams*. Peddeckoe se mesó los cabellos.

—Hemos regresado al oscurantismo.

D. J. lo tomó por un brazo y lo intentó arrastrar fuera del lugar. Los indios, cantando y tocando sus tambores, convocaban nuevamente a los *arutams*.

—Vámonos de aquí antes de que los *arutams* lo dejen convertido en puré.

Pero Peddeckoe, en un alarde de heroísmo, se desembarazó de D. J. y lo echó.

—Déjeme. Déjeme a mí solo con los *arutams*. No les tengo miedo. Los capturaré por el método tradicional, como los jíbaros. Yo también he tomado *maikua* y he practicado el tau tau.

D. J. lo dejó por inútil. A su alrededor, el círculo se iba estrechando, aumentaba el número de *arutams* y la potencia de sus vibraciones zarandeaba las montañas.

—Si quiere desaparecer en las fauces de un jaguar, es su capricho. Yo me largo.

D. J. había vengado con creces a su amigo Omar y desapareció del campo visual de Peddeckoe en unos pocos segundos.

Peddeckoe miró a derecha e izquierda. Los indios, enardecidos por la *maikua* y los tambores, cantaban rítmicamente, sin miedo, para apropiarse de sus *arutams*. Él haría lo mismo. Y comenzó la danza. Pero una cadencia sorda, ultraterrena, le martilleó las sienes y, aunque se tapó los oídos con las dos manos, percibió el poder de aquel sonido como una amenaza ineludible. Levantó los ojos y no vio nada. Pero sabía que estaban allá, que lo observaban, que eran muchos. Y, de pronto, perdió el valor. Se acurrucó y escondió la cabeza entre los brazos, en un gesto de absoluta indefensión, en el preciso momento en que una bola de fuego se internó en el trágico escenario.

Otilia se desesperó. Tras fotografiar el sorprendente enfrentamiento entre Peddeckoe y D. J., la cima se había sumido en la oscuridad y no veía nada. Se levantó con su cámara para captar alguna imagen. Resuelta a todo y embriagada por la *maikua*, sus pies la llevaron hasta lo alto de la cima. Y allí, coronando la noche, los vio. Eran centenares de ellos, terroríficos, en ninguna de sus pesadillas podría haber soñado con un espectáculo más horroroso. Sus pupilas amarillentas estaban vivas, sus fauces hambrientas gemían con sonidos reales y estaban prestos a saltar sobre ella. Cabezas de fuego, jaguares furiosos, anacondas monstruosas. Y, sin embargo, Otilia, envalentonada por la *maikua*, no sintió miedo, alzó su cámara y disparó. El *flash* iluminó por unos instantes el lugar sagrado y desencadenó una explosión. La inmensa energía acumulada durante horas se desbordó y provocó un cataclismo que arrancó de cuajo los árboles más próximos. Los *arutams*, furiosos, irrumpieron en tropel en el escenario y cayeron sobre Peddeckoe, que, incapaz de defenderse, los esperaba acurrucado y sobrecogido.

Otilia apretó de nuevo el botón de su cámara para inmortalizar a un par de anacondas entrelazadas que serpenteaban en dirección a ella. Y en ese mismo instante algo le cayó encima y la lanzó al suelo. Apenas pudo emitir un grito. Sintió una mano en su boca oprimiéndola y una voz en su oído que susurraba.

—Estate quieta y no te muevas.

Otilia se debatió bajo el cuerpo de D. J., que la aprisionaba y le impedía continuar con su reportaje. Le mordió con saña y jadeó.

—¡Déjame! ¡Déjame!

—¿Estás loca? Morirías.

De repente, resonó sobre sus cabezas un estruendo semejante a la explosión de mil toneladas de dinamita. Era un cataclismo que se prolongó por espacio de minutos que parecieron horas. Sonó como una gran traca pirotécnica que llenó el bosque de relámpagos, truenos, gritos y zumbidos. La tierra tembló y el fuerte viento arrancó los pocos árboles que quedaban. A pocos metros de donde se refugiaban, las rocas de la montaña se desprendieron y cayeron en alud por el precipicio. Otilia temblaba bajo el cuerpo de D. J. temiendo que en cualquier momento el suelo se abriese bajo ellos y los enguliese.

Poco a poco los *arutams* fueron desapareciendo hasta que no quedó ninguno. Luego, el viento amainó, cesaron los truenos y los relámpagos y se abrió el cielo.

D. J. se incorporó, comprobó que Otilia estuviese bien y salió a la carrera para socorrer a Anarfiq y a Wifredo, que habían quedado atrapados por un árbol caído.

Otilia se alzó mareada, se puso en pie y, al mirar a su alrededor, contuvo la respiración.

La luna menguante iluminaba el claro. Las últimas centellas de los circuitos se fundieron. Un indio gimió, los demás yacían sin sentido aferrados a sus *arutams* invisibles que les acompañarían por siempre. Los fragmentos dispersos de los aparatos de precisión enviados desde California eran los testigos mudos de la tragedia; la única evidencia de la presencia de Peddeckoe. No había quedado nada más. Peddeckoe había sido fulminado por los *arutams*.

Otilia estaba anonadada. Caminaba en círculos, perdida, desconcertada. Hasta que tomó una decisión. Sacó la cámara de su bolso. Se dirigió tambaleándose hacia el precipicio por donde se despeñaba el agua y se asomó al borde. El vértigo le hizo flaquear, pero sin dudar ni un instante, tomó la cámara con ambas manos y la lanzó con fuerza al abismo.

Al darse la vuelta, se topó con D. J., que la contemplaba sorprendido, y se abrazó a él sollozando. D. J. la consoló como solía hacerlo. La meció en sus brazos y le acarició el cabello hasta que la calmó.

—¿Por qué lo has hecho?

Otilia movió la cabeza y le señaló a los indios derrumbados.

—Ellos han venido a proteger a sus espíritus. Tú te has jugado la vida peleando con Peddeckoe para que no los destruyese y el Youq se ha sacrificado para salvarlos. Y yo... yo...

Estalló en sollozos.

—Yo quería publicar un reportaje estúpido para que mi padre me felicitase y para hacerme famosa.

D. J. le secó las lágrimas.

—Pues ya no va a poder ser.

Otilia levantó la cara temblorosa.

—¿Nadie me creería sin fotos, verdad?

D. J. asintió con la cabeza y Otilia gimió.

—Soy una pésima periodista.

D. J. la besó. Fue un beso dulce, largo, entrañable.

—Te equivocas. Eres una periodista con principios.

Wifredo llegó jadeando y la felicitó a su vez.

—Gracias, Otilia. Ha sido un gesto que nunca olvidaré. Nadie debe saber nada de esto. Nadie debe saber que los *arutams* y el Youq existen.

Otilia respiró hondo y se supo liberada. Sintió que sin su cámara, sin su bloc de notas, sin su lápiz de memoria y sin su reportaje su aventura había valido igualmente la pena. Unos minutos después Anarfiq se refugió en sus brazos desolado por la pérdida de su amigo. Otilia lo acogió cariñosamente y juntos emprendieron el regreso.

Volvieron a territorio *Shuar* contagiados por la embriaguez del triunfo que se había apoderado de los indígenas. Sólo la sombra de tristeza en los ojos de Anarfiq empañaba la alegría colectiva.

Durante tres días y tres noches, comieron y durmieron bajo la mirada vigilante de Suamak, que los alimentó con mandioca, cerveza y carne, y los acunó amorosamente cuando sufrieron pesadillas. Una vez recuperadas las fuerzas, Otilia habló de partir enseguida. Pero Wifredo les rogó que permanecieran hasta la celebración de su boda.

No podían negarse, así pues, aplazaron la marcha dos días.

E AQUETL día de la ceremonia nupcial, Wifredo y D. J. salieron muy temprano de caza, tal como prescribe el ritual jíbaro. A su vuelta, Suamak cocinaría las piezas abatidas, le serviría la comida y lo aceptaría públicamente como marido. Por la noche, dormirían juntos en la misma hamaca.

D. J. caminaba alerta con su rifle a punto: tenía que estar preparado para cualquier eventualidad. Detrás de él, Wifredo saltaba, excitado como un niño, y no dejaba de hablar:

—¿Te das cuenta de que al fin se ha cumplido mi destino? En realidad, yo siempre he sido un jíbaro. Quiero decir, que todo ha sido una casualidad, una broma: yo no tenía que haber nacido en California. Pero los desastres del azar se solucionan tarde o temprano.

D. J. se detuvo, apuntó, disparó, recogió el ave y la guardó en el zurrón. Unos metros más allá, Wifredo lo esperaba charlando como una cotorra.

—Estos días he pensado mucho y he llegado a la conclusión de que el doctor Peddeckoe es la persona que más me ha ayudado a encontrarme a mí mismo.

D. J. se sorprendió.

—Sí, porque, si no hubiera sido por él y por sus manías, jamás habría venido a esta selva. Y, si no me hubiera tratado con tan poca consideración, nunca habría abandonado la civilización occidental.

D. J. le mandó callar poniéndole el dedo en los labios:

—Chiiist. Me ha parecido oír un ruido.

Pero Wifredo, eufórico, no estaba dispuesto a cerrar la boca.

—Claro que no todo el mérito es del doctor Peddeckoe; también contribuyó Wilson, que pidió su comisión de servicios un año antes. Pero la gran suerte fue que el imbécil de McGorth se presentase al concurso y lo ganase —rió entre dientes—: Ja, ja, ja. ¿Te imaginas dónde estaría yo ahora? Pues seguramente tosiendo detrás de una mesa cubierta de papeles amarillentos y preparando unas clases aburridas para un grupo de estudiantes desagradecidos que bostezarían en cuanto me vieran.

Wifredo se paró y se golpeó el pecho con los puños.

—¿Me ves? ¡Mírame bien! Estoy sano, tengo buena cara, como a todas horas, la cerveza no me marea y cada vez tengo mejor punte...

No consiguió acabar la frase puesto que un furioso pécarí macho herido embistió a Wifredo de frente, lo alcanzó de lleno y lo lanzó por los aires. Al caer de bruces, sus gafas se partieron en mil pedazos. Pero Wifredo se levantó de un salto y, con un grito salvaje, se lanzó en persecución de la bestia.

D. J. salió tras él con dificultades y oyó unos gruñidos escalofriantes. Wifredo había acorralado al macho. ¡Debía de estar loco! Se escuchó un ruido sordo y D. J.,

temiéndose lo peor, se abrió paso entre los matorrales y descubrió al pécarí muerto, con una flecha envenenada clavada en la gruesa piel del cuello. Wifredo saltaba de emoción.

—¡Lo he matado yo solo!

D. J. no podía creerlo.

—Pero, pero si no llevabas gafas. ¿Cómo demonios lo has conseguido?

Wifredo se palpó la cara con las manos.

—¡Anda, pues es verdad! Mejor. Aquí no las necesito: eran un engorro y sin ellas veo mejor.

D. J. cada vez entendía menos cosas. Wifredo era por naturaleza un jíbaro que llevaba equivocadamente unas gafas de seis dioptrías y que había perdido miserablemente veintitantos años de su vida hasta encontrar su rincón en el mundo. El Youq era un espíritu de los hielos llegado por azar a las selvas amazónicas, donde se transformó en un espíritu de luz y finalmente desapareció, para convertirse, según decían los jíbaros, en un *arutam*. Anarfiq, un esquimal mestizo que sobrevivía en los muelles de Nuuk, le había comunicado el día anterior que no pensaba partir con él y Otilia; deseaba quedarse en la selva amazónica, vivir como un jíbaro e iniciarse para poder reclamar un *arutam*. Los guerreros le habían asegurado que el Youq, transformado en alma *arutam*, se reuniría con él y jamás se separaría de su lado. D. J. estaba un poco asustado. Últimamente, todo lo que sucedía a su alrededor carecía de lógica. El mundo entero se había vuelto loco. ¿Se le habría contagiado?

D. J. ayudó a Wifredo a cargar el pécarí muerto. Había sido una gran cacería. Para Suamak sería una dicha poder cocinar aquella carne para su marido.

Los dos amigos resoplaban bajo el peso del animal muerto. Sudaban sin decirse nada. Sabían que al día siguiente D. J. partiría con Otilia río abajo y no volverían a verse.

D. J. pensó que probablemente Wifredo sería un perfecto cazador, con una casa, dos o tres mujeres y muchos hijos. ¿Y Anarfiq? Anarfiq siempre había pensado que los occidentales hacían cosas estúpidas y se complicaban la vida. Estaba seguro de que tanto le daba ser un jíbaro como un escocés. Lo más probable era que esperase pacientemente el día de la iniciación y el reencuentro con su amigo Youq.

D. J. distinguió la silueta de la casa y oyó los gritos de los niños. ¿Y él? ¿Qué tipo de vida le esperaba a él?

UN hombre con la ropa destrozada y quemada, el cuerpo magullado y el terror reflejado en el rostro yacía sin conocimiento a centenas de metros de la cascada sagrada.

Deliraba en sueños y se removía inquieto. Huía de algún peligro que le provocaba sufrimientos indescriptibles. Posiblemente rememoraba en su subconsciente los momentos terribles del encuentro con los espíritus.

Algunas bestias, atraídas por la curiosidad, se acercaron a él, lo husmearon, pero salieron huyendo asustadas por sus gritos. El hombre se empapaba bajo la lluvia del atardecer. Por las noches, los insectos le atacaban sin piedad, y por la mañana las aves picoteaban los bichos que se escondían entre sus cabellos.

Llevaba cinco días y cinco noches debatiéndose entre la vida y la muerte. En diversas ocasiones, su corazón había flaqueado peligrosamente, pero su cuerpo, dotado de un gran vigor, superó la crisis y finalmente despertó. Advirtió que estaba sucio, hambriento y sediento. Tenía el cuerpo cubierto de insectos, asaeteado por las picaduras y lleno de heridas y rasguños. Era un milagro que aún estuviera vivo. Miró a su alrededor para intentar situarse, hacerse alguna idea de dónde había ido a parar; pero su debilidad le impedía levantarse. Apoyándose en los codos, se arrastró hasta un riachuelo de aguas turbias y bebió hasta reventar. Luego se sintió mejor. Al sentarse, creyó ver un destello. Efectivamente, unos metros más allá brillaba un objeto metálico. Recuperó la esperanza. Tal vez... ¡¡¡Sí!!! Era su móvil. El único contacto que le quedaba con el mundo de los vivos, con la civilización, con su familia... Manipuló las teclas en un intento desesperado de aprovechar los últimos estertores de luz.

Fue una tarea ardua, la cobertura era muy débil, pero al oír la voz de sus hijas, sus ojos se humedecieron de lágrimas y su voz enronqueció por la emoción.

—Pirañitas mías, soy yo, papá.

—¡Hola, papi!

Las oía pelearse para hablar con él. Peddeckoe se acercó el aparato al oído y entrecerró los ojos. Podía verlas a las tres, con sus ojos abiertos, con sus boquitas risueñas.

—Papá, ¿cuándo nos traerás el *arutam*?

—¿Lo tienes ya, papuchi?

—Cántanos la canción del *arutam*, tam, tam.

Peddeckoe reprimió un suspiro.

—No puede ser, bonitas. El *arutam* era malo y os habría hecho daño. Se habría comido a mis niñas.

—¡Oh!

—Y si no nos traes un *arutam*, ¿qué nos traerás?

—Eso, ¿qué nos traerás? Ya teníamos una jaula para meter el *arutam* y le habíamos hecho vestiditos.

—Papá, yo quiero un monstruo. ¡Nos lo habías prometido!

Peddeckoe estaba desolado.

—Tranquilas, no os pongáis nerviosas. Papá no os llevará un *arutam* porque es un monstruo muy feo y os daría miedo por las noches; pero, en cambio, os llevará...

Del otro lado no llegaba ni un suspiro. Las tres niñas contenían la respiración, esperando conocer el regalo de su padre.

Peddeckoe echó una ojeada a su alrededor para inspirarse. Desde donde se hallaba, sólo divisaba árboles, rocas y un pedacito de cielo cuajado de estrellas. De pronto, inspirado, se reanimó.

—Papá os llevará un precioso habitante de los espacios siderales.

Las tres niñas aplaudieron la idea.

—¡Yupiii! ¡Papá nos traerá un extraterrestre!

Peddeckoe volvió a observar las estrellas. Seguro que el espacio estaba lleno de habitantes extraños; podría descubrir una fauna muy variada. Tras su encontronazo con D. J. y su derrota y desprestigio científico, su futuro profesional era incierto. Sólo tenía dos salidas: hacer callar a D. J. y a Wifredo o intentar la huida hacia delante. Se rascó la cabeza: se le estaba ocurriendo una idea fenomenal. Sería el fundador de una ciencia nueva, y aquí no cabrían plagios, estrategias, plazas ni antigüedades. Sería el único, el genuino, el mejor.

Se dedicaría a la antropología galáctica.

Sonrió de oreja a oreja y se levantó vacilante, con la radio en la mano a guisa de trofeo. Los ojos le brillaban con una intensidad especial. Él, el gran Peddeckoe, sería el primer especialista en antropología galáctica. El sueño de toda una vida: viajar por el espacio.

—¡Muy bien, estrellitas! Escuchadme. Ahora papá os cantará la canción del astronauta. Una, dos y...

PARTIERON con el alba, soñolientos y tristes. Navegaron en silencio durante todo el día bajo un sol abrasador. Sabían que estaban solos. Por primera vez desde hacía semanas, compartían una intimidad y la saboreaban calladamente.

Por la noche, Otilia, descalza y con una camisa ligera, remaba bajo la sombra de la luna nueva. A ratos, se detenía y contemplaba cómo las oscuras aguas crecían en caudal y fuerza a medida que descendían. El río los devolvía a la civilización. Delicadamente, sumergió una mano en la corriente y sintió el frío gélido de lo desconocido. Un suave estremecimiento le recorrió el brazo. ¡Qué lejos quedaban el hotel de Nuuk, los altramuces de su compañera, el paraguas del místico y los mensajes de su padre en su móvil! Todo había comenzado en tierras groenlandesas, en una noche mágica. Desde entonces, había recorrido un largo camino a través del océano y la jungla y había vivido una historia maravillosa. Alzó la mano mojada. Por un instante había sentido miedo. Le inquietaba el lodo tenebroso. Le inquietaba el futuro. Le inquietaba la felicidad conseguida. Sonrió sola en la oscuridad. Finalmente, y a pesar de todo, había hecho realidad su sueño.

En el fondo de la embarcación, D. J. descansaba de la dura travesía. Otilia dejó resbalar los remos, se agachó junto a él y comenzó a hacerle cosquillas hasta que D. J., con los ojos cerrados, la atrapó por la muñeca.

—Tramposo, estabas despierto.

Tuvo que callar porque D. J. la había arrastrado al fondo de la barca, junto a él, y la ahogaba con sus besos. Otilia suspiró y se abandonó nuevamente a la locura del amor.

La canoa fue descendiendo, arrastrada por la corriente, río abajo. Mecidos por las aguas, D. J. y Otilia descansaban sin prisas, definitivamente juntos. D. J. encendió un cigarrillo y Otilia se recostó sobre su pecho. Podía oír sus latidos.

—Sabes. Ya sé qué artículo escribiré al regresar.

—¿Ah sí?

—Uno acerca del infanticidio femenino. ¿Qué te parece?

D. J. dio una calada a su cigarrillo.

—Una buena idea. Lo bordarás.

Otilia suspiró.

—¿De verdad crees que seré una periodista con principios?

D. J. se puso repentinamente serio.

—Naturalmente.

Otilia se giró melosa hacia él.

—Me gustaría saber tu historia.

D. J. le guiñó un ojo.

—Si de verdad quieres saberla, tendrás que prometerme dos cosas.

—De acuerdo.

—¿Firmarás tu declaración en Manaos?

—Con mi mejor letra.

—¿Me pagarás?

—Hasta el último euro. Mi abuela era muy, muy rica.

D. J. frunció la nariz.

—Supongo que no pretendes publicarla.

—Tengo principios. Ya lo sabes —respondió Otilia con una sonrisa—. Anda, explícame.

D. J. le sonrió con picardía.

—Hay tiempo para eso. Mucho tiempo.

Y le tomó la cara tiernamente con las manos y, acercando sus labios a los de ella, la besó.



Maite Carranza (Barcelona, 1958) es escritora, guionista televisiva y profesora del Máster de Escritura de Guiones de la Universidad Autónoma de Barcelona. Licenciada en Antropología cultural en 1980, trabajó durante varios años dando clases de literatura en un instituto de Bachillerato. En 1987 publicó su primera novela.

Desde 1991 ha simultaneado su dedicación a la literatura infantil y juvenil (sus obras han merecido los premios Serra D'Or, Folch i Torres y Joaquim Ruyra) con la escritura de guiones de ficción para la televisión.

Muy conocida como autora de novelas juveniles, tanto a escala nacional como internacional (*La guerra de las brujas* se ha traducido a veinticinco lenguas), en 2010 obtuvo el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil con *Palabras envenenadas*. Con los títulos *Sin invierno* (1999) y *El fruto del baobab* (2013) da el salto a la literatura para adultos.